

JESUS Y LOS DISCIPULOS

Ya hemos hecho dos lecturas del evangelio de Marcos y hemos descubierto dos distribuciones posibles de su libro:

— una distribución **en función del espacio**, según el lugar geográfico donde se desarrolla la acción;

— una segunda distribución **en función del drama** que allí se desarrolla; hemos ido siguiendo su desenlace a través de dos grandes partes desde el comienzo del libro hasta la conclusión en la que un hombre, un pagano, reconoce a Jesucristo como hijo de Dios.

Vamos a seguir ahora una tercera distribución, más complicada, pero también más precisa, siguiendo las **relaciones que se establecen entre Jesús y los discípulos**, Jesús y la gente, Jesús y sus adversarios.

Efectivamente, se da en Marcos una relación muy estrecha entre Jesús y sus discípulos continuamente a su lado; pero esa relación se establece también

en función de las relaciones entre Jesús y la gente, Jesús y sus adversarios. Se tiene de esta forma un triángulo, unas relaciones complejas que se mantienen entre estos tres polos: la gente, los adversarios, los discípulos.

Desde este punto de vista, el conjunto del libro se puede organizar en seis etapas, que empiezan y terminan regularmente por medio de una escena en la que Jesús está solo con sus discípulos y prepara con ellos el futuro:

1. Desde la llamada de los cuatro primeros discípulos hasta la institución de los doce (1, 16-3, 12).
2. Desde la institución de los doce hasta su envío a misionar (3, 13-6, 6a).
3. Desde la misión de los doce hasta la profesión de fe de Pedro (6, 6b-8, 26).
4. Desde la profesión de fe de Pedro hasta los anuncios y la proximidad de la pasión (8, 27-10, 52).

5. El enfrentamiento en Jerusalén (11, 1-13, 57).

6. El cumplimiento de los anuncios de la pasión y de la resurrección (14, 1-16, 8).

Pero estas seis etapas no se presentan de la misma manera; las cuatro primeras preparan las dos finales, que transcurren por entero en Jerusalén; además, se juntan en parejas.

Desde el punto de vista del drama (la segunda lectura), el evangelio se divide en **dos grandes partes**, centradas en la profesión de fe de Pedro (8, 29).

Desde el punto de vista de la catequesis de los discípulos, hay que distinguir más bien **tres partes**:

— la **llamada de los discípulos** (1, 16-6, 6a). Llamados por Jesús, forman a su alrededor un grupo que toma poco a poco su propia fisonomía respecto

a los adversarios y respecto a la gente (1.^a y 2.^a etapa);

— la **formación de los discípulos** (6, 6b-10). Jesús se consagra a la formación de sus discípulos, introduciéndolos en la comprensión de su persona, de su obra y de su propia misión. Pero Marcos insiste también en la incompreensión de los discípulos: incompreensión de la persona y de la obra de Jesús, antes de la profesión de fe de Pedro, e incompreensión del camino que lleva a la gloria, después de ésta (3.^a y 4.^a etapa);

— la **revelación en Jerusalén** (11-16): 5.^a y 6.^a etapa.

El cuadro sinóptico que acompaña nos permitirá comparar estas tres distribuciones del evangelio de Marcos y ver cómo se completan mutuamente.

TRES DISTRIBUCIONES DEL LIBRO

1. SEGUN EL ESPACIO

1, 1-13 A orillas del Jordán.

A. MINISTERIO EN GALILEA Y MAS ALLA DE LAS FRONTERAS

1, 14 En **Cafarnaún** y fuera de Cafarnaún (1, 16-3, 35).

a

Las dos orillas del lago (4-5). Nazaret y aldeas vecinas (6, 1-13).

Las dos orillas del lago (6, 30-7, 23).

Territorios judíos y territorios paganos (7, 24-9, 29).

Travesía de Galilea y estancia en **Cafarnaún** a ocultas (9, 30-50).

9, 50

B. SUBIDA A JERUSALEN

10, 1-52.

C. EN JERUSALEN

11, 1 Ministerio y pasión de Jesús en Jerusalén.

a

16, 8 Anuncio de la reunión en Galilea.

2. SEGUN EL DESARROLLO DEL DRAMA

1, 1-13 La voz celestial llama a Jesús "mi hijo amado".

A. ¿QUIEN ES JESUS?

1, 14 La proximidad del reino de Dios manifestada por las palabras y los actos de poder de Jesús, pero la identidad de Jesús debe permanecer oculta;

a

los demonios saben, pero han de guardar silencio; los hombres se preguntan (1, 14-6, 6a).

Opiniones de la gente sobre Jesús;

los discípulos asociados a su misión son incapaces de comprenderlo (6, 6b-8, 26).

8, 26

B. JESUS SE REVELA

8, 27 Pedro dice: "Tú eres **el Cristo**" y la voz celestial: "Este es **mi hijo amado**".

Jesús dice: **El hijo del hombre** será rechazado, muerto y resucitará (8, 27-10, 52).

Fracaso del hijo de David en Jerusalén;

el hijo del dueño de la viña; el hijo de David (11-13).

Jesús se declara ante el sanedrín, **Cristo, hijo de Dios**.

Discusión sobre "el rey de los judíos".

Un pagano dice: "este hombre era **hijo de Dios**".

Desconcierto de las mujeres ante la revelación de la resurrección.

16, 8

3. SEGUN LAS RELACIONES PERSONALES

1, 1-13 Jesús y Juan bautista.

A. JESUS Y SUS DISCIPULOS, LA GENTE, LOS ADVERSARIOS

1.ª etapa: Presentación del triángulo de personajes

1, 14 Jesús y sus discípulos frente a la gente y los adversarios.

3, 6

2.ª etapa: ruptura con los adversarios y parientes de Jesús

3, 7 Los discípulos quedan apartados de la gente y se distinguen de los adversarios y de la gente.

6, 6

B. DIFERENCIA ENTRE JESUS Y SUS DISCIPULOS

3.ª etapa:

6, 6b Jesús y la falta de inteligencia de los discípulos sobre su propia misión y la de Jesús.

8, 26

4.ª etapa:

8, 27 Jesús y la falta de inteligencia de los discípulos sobre su propio camino y el de Jesús.

10, 52

C. JESUS Y LOS DISCIPULOS FRENTE A SUS ADVERSARIOS EN JERUSALEN

5.ª etapa:

11, 1 El enfrentamiento de Jesús con sus adversarios en Jerusalén.

13, 37

6.ª etapa:

14, 1 Jesús prepara a sus discípulos para el drama de la pasión (14, 1-42).

a

Jesús solo ante los jueces y verdugos (14, 43-15, 41).

Las mujeres y el sepulcro de Jesús (15, 42-16, 8).

16, 8

1.ª ETAPA

DESDE LA LLAMADA DE LOS CUATRO PRIMEROS DISCIPULOS HASTA LA INSTITUCION DE LOS DOCE (1, 16-3, 12)

Esta etapa comienza bruscamente con una escena de vocación.

La llamada de los cuatro primeros discípulos (1, 16-20)

Es bien conocida la historia. A las orillas del lago, Simón y Andrés, más tarde Santiago y Juan aparecen preparando las redes para pescar. Jesús los llama... *"y ellos le siguieron"*. Un relato demasiado seco y sorprendente. Antes, no tenemos más que un título general para resumir el ministerio de Jesús en Galilea: *"Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea y proclamaba la buena nueva de Dios: 'El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la buena nueva'"* (1, 14-15).

Después de este título general, el primer relato en el que se ve a Jesús en contacto con las gentes, en una escena muy concreta, es esta llamada a los cuatro discípulos. Se percibe claramente que **el lugar de este episodio no está impuesto por razones de orden biográfico**. ¿Cómo conocían aquellos

hombres a Jesús? Un desconocido se encuentra con ellos y les dice: "¡Seguidme!", y ellos le siguen... Es algo inconcebible psicológica e históricamente. No es verosímil que el primer acto del ministerio público de Jesús haya sido el de llamar a los cuatro. Si este episodio ocupa el lugar inicial, es por un motivo distinto del de escribir una biografía en donde las cosas se van narrando tal como sucedieron en la realidad de la vida.

Lucas, por otra parte, lo ha visto con claridad cuando deja esta escena para más tarde: Jesús se presenta primero a la gente; más tarde, en medio de la gente, se destacan algunas personas y él las llama. Lucas es el evangelista que demuestra mayor esfuerzo en hacer las cosas verosímiles desde el punto de vista psicológico.

El orden de Marcos obedece a otras preocupaciones, que iremos descubriendo poco a poco.

Inmediatamente después de esta escena, veréis cómo **ellos** penetran en Cafarnaún (1, 21). Así, pues, **Jesús va acompañado entonces por sus discípulos. Esa es la imagen de Jesús en Marcos**: Podéis suponer siempre que los discípulos están con él. No habrá más que una excepción, per-

fectamente comprensible: cuando Jesús envía a los doce a misionar. Pero es curioso comprobar cómo entonces Marcos no tiene nada que contar sobre Jesús. Cuando los discípulos salen a misionar, el relato se detiene y Marcos se pone a referirnos la opinión de Herodes sobre Jesús y a relatarnos el asesinato de Juan bautista. Y el relato se reanuda con el regreso de los doce.

Finalmente, la única vez en que Jesús aparece solo es en Getsemaní. **Para su pasión, Jesús está solo**; los discípulos han huido. Esta visión de Jesús solo resulta entonces dramática.

Desde el comienzo, por tanto, Jesús está siempre con sus discípulos y Marcos no puede decir nada de él si los discípulos no están a su lado. Esto explica perfectamente que la llamada de los cuatro figure en la cabeza del relato. Se trata de una elección deliberada del autor.

A continuación, por consiguiente, Jesús, seguido de los cuatro discípulos, entra en acción. Es lo que se ha dado en llamar “la jornada de Cafarnaún”. Este relato merece un estudio más largo, que os permitirá seguramente ejercitaros personalmente en la lectura de un texto.

“La jornada de Cafarnaún” (1, 21-39)

El día de sábado, Jesús y sus discípulos entran en Cafarnaún (1, 21). Luego, se habla del “atardecer” (1, 32). Finalmente, el último episodio tiene lugar “de madrugada” (1, 35-39). Así, este conjunto se sitúa en una unidad de tiempo y de lugar.

Podrías empezar por un **ejercicio de lectura espontánea**, sin pretensiones, por una lectura amena, como si fuera la primera vez que lo leéis, subrayando todo lo que os extrañaría si no estuvierais habituados. Después de esa lectura y de haberla comprendido bien, fijaos en lo que más se os ha grabado, en lo que más os ha impresionado de ese “reportaje” (¿será acaso un reportaje?) ¿Qué es lo que Marcos ha recalorado de forma especial? ¿Qué es lo que habéis subrayado en

el texto? No tengáis miedo de hacer una lectura subjetivista, en la que os comprometáis a vosotros mismos, en la que os proyectéis en el texto (desde luego, sin añadir nada, ya que partís únicamente del texto).

Luego, **buscad la unidad de ese trozo**: ¿hay realmente una unidad? ¿No sólo de lugar y de tiempo, sino una unidad de lo que se revela en Jesús (cómo concibe su misión)? ¿Qué es lo que anuncia esta jornada, tal como nos la cuenta Marcos?...

Podréis entonces **comparar vuestra lectura** con la que se os propone en las páginas siguientes. Podréis también confrontarla con un tipo particular de lectura, como el que propone el **Leccionario dominical**, donde se relaciona a Mc 1, 21-28 con Dt 18, 15-20, y a Mc 1, 29-39 con Job 7, 1-7: estas relaciones nos ofrecen una perspectiva, una iluminación, pero que no es más que una luz entre otras varias.

Jesús anuncia el evangelio (1, 14-39)

A) DIVERSAS MIRADAS SOBRE EL TEXTO

La “jornada de Cafarnaún” no se sostiene por sí sola; está señalando algo que ocurrió antes (“entran en Cafarnaún”: luego Jesús no está solo; se recuerda la vocación de los discípulos) y se abre a un “después” (“vayamos a otra parte”: 1, 38). De hecho, la unidad comienza en el versículo 14.

El espacio

Empecemos por las observaciones más claras, las que definen el espacio en el que se desarrolla la acción. Se obtiene entonces el siguiente cuadro:

Predicaba en Galilea (14).
A la orilla del mar (16, 19).
Entran en la ciudad (21).
Entran en la sinagoga (21).
Salen de la sinagoga (29).
Entran en la casa (29).
Reunión en la puerta de la ciudad (la plaza pública) (33).
Sale de la ciudad hacia el desierto (35).
Va a otra parte, a las aldeas cercanas (38).
Fue predicando por toda Galilea (39).

Se cierra así el ciclo. Lo que ocurre en Cafarnaún, en el centro y especialmente en la sinagoga, es un ejemplo de lo que ocurre en un espacio más amplio (toda la Galilea). En Cafarnaún enseña y expulsa a un demonio. Es lo que hace también en toda la Galilea, lo que puede producirse por todos los sitios por donde pasa Jesús. Según Marcos, se podría multiplicar indefinidamente lo que ha descrito en Cafarnaún, centro de la misión.

Esta oposición mayor Cafarnaún/Galilea entera va acompañada de otras oposiciones:

- la sinagoga, lugar de la oración pública,
- la casa, lugar de la vida privada,
- la puerta de la ciudad, lugar de la vida pública.

De esta forma, Marcos engloba todo el espacio imaginable, religioso y profano, privado y público. Es una manera de señalar que **la acción de Jesús interesa al ser humano por entero**, en todas sus dimensiones.

Está también la oposición ciudad/desierto. La ciudad es el lugar de la acción, el desierto es el de la oración solitaria. Pero el desierto hace de lugar de tránsito para “ir a otra parte”. No hay exclusivismo para la misión; la misión está siempre más allá; pero es el desierto, la soledad, lo que sirve para lanzar la misión.

De este modo, las indicaciones de lugar no son “inocentes”; tienen un significado. ¿Se trata de una composición literaria de Marcos o corresponden a una realidad? Las dos cosas; se refieren a una realidad, pero se trata de una composición literaria, ya que es un texto. El espíritu ha ejercido también su actividad, ha subrayado, unificado y organizado ciertos hechos entre otros varios. Ha hecho de la unidad espacial el símbolo de otra unidad.

El evangelio

Hay otro principio unificador que aparece en los versículos 14 y 39: la **proclamación del evangelio**. La palabra “evangelio” se encuentra en el ver-

sículo 14 ligada a la palabra “predicar”. Lo que se predica, en Marcos, es siempre el evangelio (tanto si esta palabra aparece explícitamente como si está implícita). En el versículo 39, encontramos simplemente “predicando” (se sobrentiende: el evangelio). Así, pues, Galilea es el espacio para el evangelio.

¿Qué significa “predicar el evangelio”? ¿Qué ocurre cuando se muestra a Jesús en acción? Dos cosas: Jesús realiza

- una enseñanza,
- actos de poder: curaciones y exorcismos.¹

Estos dos aspectos están sintetizados en el versículo 27 en una pregunta: “¿*Qué es esto? Una doctrina nueva, expuesta con autoridad. Manda a los espíritus inmundos y le obedecen*”. La enseñanza de Jesús y su poder son una misma y única demostración de lo que es Jesús. Esta misma agrupación vuelve a aparecer en el versículo 39: “*Recorrió toda Galilea predicando en sus sinagogas y expulsando los demonios*”.

Tenemos, pues, una noción muy activa del evangelio. **La autoridad de Jesús se manifiesta de dos maneras: enseñando y expulsando los demonios**. Hay que relacionar esto con lo que se dice en el versículo 14: “*El reino de Dios está cerca*”. En Jesús se ve que Dios está actuando. Dios reina, actúa como un rey. Proclamar el evangelio es demostrar por medio de la palabra que Dios actúa en los acontecimientos.

El poder de Jesús se manifiesta en la sinagoga, luego en la casa, finalmente en la puerta de la ciudad: se comprende todo el espacio urbano. Se ejerce expulsando a los demonios y curando a los enfermos. ¿Hay que distinguir concretamente entre enfermos y endemoniados? Aquí, por lo menos,

¹ No queda sitio para estudiar los relatos de las curaciones que tuvieron lugar en Cafarnaún. Puede verse X. Léon-Dufour, La curación de la suegra de Simón Pedro (1, 29-31) en Estudios de Evangelio, 119-143; G. Gaide, Guérison d'un lépreux (1, 40-45); *Assemblées du Seigneur* 37 (1971) 53-61; *Id.*, Le paralytique pardonné et guéri; *Assemblées du Seigneur* 38 (1970) 79-88.

Marcos los sitúa en la misma categoría. En la sinagoga, se trata de un endemoniado; en la casa, de una persona enferma. Pero esta enferma tiene fiebre y la curación consiste en expulsar la fiebre. Se trata de la influencia nefasta de un demonio que se va cuando Jesús lo echa. Tenemos que recordar aquí aquella vieja creencia, que atestigua incluso el evangelio de Lucas, del que se sabe que era médico (Col 4, 14). En el versículo 32, los enfermos y los endemoniados llevados a la puerta de la ciudad están asociados dentro de la misma categoría.

Publicidad y secreto

El anuncio del evangelio (enseñanza y actos de poder) tiene como resultado la **popularidad** de Jesús: "bien pronto su fama se extendió por todas partes" (1, 28); "la ciudad entera estaba agolpada" (1, 32); "todos te buscan" (1, 37). La publicidad de la acción de Jesús queda indicada al principio: "*marchó Jesús a Galilea y proclamaba la buena nueva*" (1, 14), y al fin: "*recorrió toda Galilea predicando*" (1, 39).

Pero, como contrapunto, está la consigna de silencio: "*Jesús le conminó: ¡Cállate!*" (1, 25). Jesús se marchó al desierto (1, 35), el desierto de la oración, pero también el desierto de huida de la gente. Y cuando ésta le busca, Jesús no vuelve a ella, sino que se va a otra parte. Se da un contraste, muy estudiado ciertamente, entre popularidad y secreto. La popularidad se expresa bajo la forma de una pregunta: "¿Qué es esto?". En efecto, Jesús es visible, habla como nadie ha hablado. Pero todavía no hay respuesta para esta pregunta; hay que guardar secreto.

B) LEER EL TEXTO HOY

Así, pues, hay varios temas que constituyen la unidad del texto: el espacio, el anuncio del evange-

lio, la publicidad y el secreto... Si queremos profundizar en ellos, se puede estudiar uno de esos temas, buscar sus correlaciones con los demás, viendo cómo una indicación está pidiendo otra.

Por ejemplo, **las indicaciones relativas al espacio** tienen un profundo significado. Se dirá: Jesús se inserta en la vida religiosa de su tiempo (la sinagoga). Es verdad. Pero no se encierra dentro de ella; va también a la gente y se inserta en la vida profana. En Marcos, sólo se presenta a Jesús en la sinagoga en tres ocasiones. La tercera vez es en Nazaret y allí se le cierra la puerta (6, 2). A partir de aquel momento, Marcos no nos presenta ya nunca a Jesús en la sinagoga. El evangelio no se queda encerrado en el mundo "religioso".

Tenemos así un criterio seguro para actualizar la palabra de Dios. Partimos del punto central del pasaje en que dice Jesús: "El reino de Dios está cerca" (1, 14). Esto se manifiesta en la palabra y en la acción de Jesús; pero se manifiesta en todas partes: en privado, en público, en la vida religiosa, en la profana. Lo mismo ocurre hoy; la intervención de Dios se ejerce en todos los sectores de la vida y tenemos que dar testimonio de ello con nuestra palabra. Anunciar el evangelio será demostrar cómo libera Dios del mal a los hombres de hoy.

También **se puede estudiar la autoridad de Jesús en su enseñanza**, preguntarse en qué consiste la novedad de su enseñanza. ¿Es acaso por su contenido? Marcos no habla de ello, sino que insiste en el poder de su palabra. La enseñanza es nueva porque está llena de autoridad. Es lo contrario que la de los escribas, que sólo tienen una autoridad profesional: son profesionales de la escritura, de la interpretación de la ley, transmitiendo una tradición que no hacen más que repetir. Por el contrario, Jesús habla sin título alguno; su autoridad proviene de algo distinto de su cualidad profesional, es una **autoridad que viene de arriba**. La gente se da cuenta de ello y le pregunta: "¿Con qué autoridad haces esto?" (cf. 2, 10; 2, 28). Hoy sabemos muy bien que, al lado de los que tienen una autoridad

basada en su competencia profesional, están aquellos cuya palabra se impone con cierta evidencia porque suena como un testimonio auténtico. Si tenemos una función de enseñanza en la iglesia, podemos preguntarnos: ¿somos unos escribas que repiten una lección bien aprendida, o somos testigos? Pero interviene otro elemento, o sea, la autoridad soberana de Cristo, ante la cual tenemos siempre que borrarlos a nosotros mismos, porque tanto nosotros como nuestros oyentes hemos de someternos a esa autoridad, de la que no somos más que servidores.²

Una cuestión difícil: la presencia de los demonios

Los demonios aparecen ya en este pasaje. Tienen incluso una forma de presencia realmente extraña. Saben que Jesús es el Cristo. Casi nos entran ganas de poseer su ciencia; ¡si pudiéramos saber tanto como ellos! Pero es una impresión falsa: si el demonio habla, es para echar la zancadilla; quiere revelar la identidad de Jesús para que fracase su misión. Por eso Jesús le manda callar. La clave de este “secreto mesiánico” no se nos da aquí todavía, pero pronto la tendremos; en resumen, antes de la pasión de Jesús se corría el riesgo de engañarse diciendo que Jesús era “el Cristo” o “el hijo de Dios”. Cuando Pedro le llame de ese modo (8, 29), Jesús tendrá que invitarle a un discernimiento: “Tus pensamientos ¿son los de Dios o son los de los hombres?”. De hecho, en tiempos de Jesús, había muchos individuos que se presentaban como “cristos” y había muchas maneras de comprender el título de “hijo de Dios”. Por eso habla el demonio.

A los demonios se les llama **espíritus inmundos**. En nuestro lenguaje, se tiene la tendencia a pensar inmediatamente en la impureza sexual. Pero no se trata de eso. En el lenguaje bíblico, “inmundo” o “impuro” quiere decir “contrario a lo sagrado”. Está el Dios santo; y todo lo que es incompatible

con él es designado con la palabra “impuro”. Los demonios forman parte de las fuerzas de oposición a la santidad divina; por eso Jesús expulsa a los espíritus inmundos. En compensación, están las cosas santas. Sólo Dios es santo, pero su santidad se difunde por todo lo que le pertenece, por todo lo que le está consagrado. Y esto se realiza de una manera total en Jesús. Por eso, el demonio lo llama “**el santo de Dios**” (1, 24). Y como se da una oposición absoluta entre el mal y la santidad divina, la venida de Jesús, del santo de Dios, hace estallar la guerra. Es el desorden, la batalla, el terror, el pánico. Jesús no es solamente el médico que viene a traernos el remedio. Su venida desencadena la erupción del mal;³ la publicación del evangelio suscitará las persecuciones. Se vislumbra en Marcos una **concepción dramática de la encarnación**. La encarnación no es una aventura bonita y barata...

Después de esta “jornada de Cafarnaún”, vuelve a comenzar en 2, 13 una escena de vocación semejante a la de los cuatro primeros discípulos.

La llamada de Leví (2, 13-14)

Jesús se encuentra en la orilla del mar; de pasada, ve a Leví sentado en el despacho de impuestos. Le dice: “Sígueme”; Leví se levanta y le sigue.

Vemos luego a Jesús en casa de Leví; muchos publicanos y pecadores están sentados a la mesa con Jesús y sus discípulos (2, 15-17). Es **la primera**

² Puede verse también el comentario de G. Gaide, *Les deux “maisons”* (Mc 3, 20-35): *Assemblées du Seigneur* 41 (1972) 39-53.

³ En el evangelio, los demonios no intervienen nunca más que bajo el aspecto de su influencia sobre los hombres, por ejemplo la enfermedad, excepto en el caso de la tentación en el desierto. Jesús viene a acabar con la influencia diabólica sobre el mundo; por eso se le muestra curando a los endemoniados. Hoy evidentemente se tomarían más precauciones para identificar al demonio en los epilépticos, paranoicos, esquizofrénicos, etcétera. Pero aquellos eran otros tiempos.

mención de “Jesús con sus discípulos”. Se nos presentan como solidarios frente a las objeciones de los adversarios, que hacen su aparición en este capítulo segundo.

Jesús y sus discípulos solidarios frente a los adversarios (2, 15-3, 6)

Acaba de tener lugar la primera discusión (2, 1-10); los adversarios atacan personalmente a Jesús por haber perdonado los pecados del parálítico. A partir del versículo 15, se enfrentan con Jesús, aunque la objeción se les hace a los discípulos: “¿Qué? ¿Es que come y bebe con los publicanos y pecadores?” Y es Jesús el que les responde. Luego atacan a los discípulos, aunque presentan su objeción a Jesús: “¿Por qué, mientras los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan, tus discípulos no ayunan?” (2, 18-22). Esta última objeción se refiere al hecho de que los discípulos, al pasar por un campo sembrado de trigo un día de sábado, habían desgranado algunas espigas.

En todos estos episodios resalta de forma evidente la solidaridad de Jesús y sus discípulos frente a los adversarios.

Los adversarios hacen pues su aparición en el capítulo 2 para atacar a Jesús y a los discípulos. En 3, 6, se les ve fomentando un complot contra Jesús. Las cosas van demasiado aprisa; los fariseos se reúnen enseguida en consejo con los herodianos para acabar con Jesús.

En 1, 14-45, teníamos sencillamente, como fondo del cuadro, a Jesús con sus discípulos y la popularidad de Jesús.

En 2-3, 6, aparecen los adversarios; la gente casi no se presenta, aunque se la menciona en 2, 13.

Ya **está formado el triángulo: Jesús y sus discípulos —la gente— los adversarios**. La presentación de los personajes es muy rápida en contra de lo que se podría esperar; es inconcebible que los fariseos, tras unas cuantas controversias, pensarán

Lectura cristiana de los evangelios

Cuando leemos el evangelio, es importante descubrir en nosotros mismos las aspiraciones profundas que llevamos dentro de nosotros, a las que responde precisamente el Cristo del evangelio. El evangelio exige de nosotros cierto tipo de comportamiento. Pero, ¿por qué nos exige que obremos de ese modo? ¿Cuál es la raíz del comportamiento que se nos exige? Por ejemplo: Jesús va a comer a casa de Leví; acoge a los pecadores; hay allí una revelación de Dios, de lo que él es, y Dios quiere vivir en nosotros. Nosotros también queremos que Dios viva en nosotros. Hay una parte de nosotros mismos que está profundamente de acuerdo, cuando vemos que Jesús no juzga a aquellos con los que se junta, que no establece ninguna diferencia entre los hombres. Es preciso que encontremos el camino de una comprensión que nos permite interiorizar, descubrir la llamada y la presencia de Dios en nosotros mismos. Y esto es lo que nos permite la persona de Jesús. El evangelio abre fácilmente la puerta de nuestro corazón.

enseguida en matar a Jesús; es inconcebible, anti-histórico, pero precisamente por eso resulta interesante. Si es anti-histórico, es que hay otra razón, lo mismo que cuando la vocación de los discípulos.

Hacia la segunda etapa (3, 7-19)

Tras esta rápida presentación del triángulo de personajes, nos encontramos con un pasaje realmente central: “Jesús se retiró con sus discípulos a orillas del mar, y le siguió una gran muchedumbre

de Galilea. También de Judea, de Jerusalén, de Iudumea, del otro lado del Jordán, de la región de Tiro y Sidón, una gran muchedumbre, al oír lo que hacía, acudió a él. Entonces, a causa de la multitud, dijo a sus discípulos que le prepararan una barca, para que no le oprimieran, pues, habiendo curado a muchos, cuantos padecían dolencias se le echaban encima para tocarle. Y los espíritus inmundos, al verle, caían a sus pies y gritaban: 'Tú eres el hijo de Dios'. Pero él les mandaba enérgicamente que no le descubrieran'' (3, 7-12).

Así, pues, tenemos aquí una visión panorámica sobre

- **Jesús y la gente**, que acude de todas partes;
- **Jesús, hijo de Dios, reconocido por los demonios**, a los que impone silencio;

– **Jesús y sus discípulos**, solidarios; le acompañan, se encargan de preparar la barca, están con Jesús en sus relaciones con la gente.

Sigue luego una segunda escena: *“Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron donde él. Instituyó doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios. Instituyó a los doce y puso a Simón el nombre de Pedro...”* (3, 13-19).

Vemos aquí un **contraste** entre **Jesús y los discípulos**, por un lado, y **la gente**, por otro. Este contraste se muestra incluso en el espacio: la escena con la gente tiene lugar a orillas del mar, la de los doce en el monte. Con este episodio, entramos en la segunda etapa del evangelio; el trozo 3, 7-19 es un pasaje intermedio entre las dos etapas

2.ª ETAPA | DESDE LA INSTITUCION DE LOS DOCE HASTA SU MISION (3, 13-6, 6a)

En la primera etapa (1, 14-3, 12), veíamos que se había constituido ya el triángulo: Jesús y sus discípulos por una parte, la gente y los adversarios por otra. A partir de 3, 13-19, el grupo de los discípulos adquiere mayor consistencia, al instituir Jesús a los “doce”.

Comparad esos dos textos: la llamada de los cuatro primeros discípulos (1, 16-20) y la institución de los doce (3, 13-19). En el primero, hay un anuncio de lo que aquí se hace: *“Haré de vosotros pescadores de hombres”*; esto es, os haré participar de mi misión, de mi actividad de agrupador de hombres por medio de la predicación del reino de Dios. Y aquí

llama a los doce para que estén con él y para enviarlos a proclamar el evangelio con el poder de expulsar a los demonios, esto es, para lo que él mismo hace. Acordaos de la escena de Cafarnaún: Jesús predica o enseña y echa los demonios. Por tanto, **los doce quedan instituidos para estar con Jesús y hacer lo que él hace**. Con esta escena, se da realmente un paso adelante en el desarrollo del libro.

Ahora veremos cómo **Jesús y sus discípulos** se van distinguiendo, por una parte, de los **adversarios**, y por otra, **de la gente**. Es el aspecto nuevo de esta etapa. Empecemos por los adversarios.

a) El grupo Jesús-discípulos-gente frente a los adversarios (3, 20-35)

Estos adversarios son de dos clases: **los parientes de Jesús**, que intentan hacerse con él, y **los escribas** que bajan de Jerusalén. Una alianza curiosa.

Primero, sus parientes. *“Vuelve a casa. Se aglomera otra vez la muchedumbre de modo que ni siquiera podían comer. Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: ‘Está fuera de sí’ ”* (3, 20-21). “Hacerse cargo de él”: se trata de encerrarlo otra vez dentro del reducto tribal. Ese es el proyecto de sus parientes.

Viene luego el **ataque de los escribas que bajan de Jerusalén**: *“Está poseído por Beelzebul y por el príncipe de los demonios expulsa a los demonios”*. Jesús arregla las cuentas con ellos con una rápida controversia; les demuestra que blasfeman contra el espíritu, lo cual es un pecado imperdonable (3, 23-30).

Entretanto sus parientes quieren ejecutar su proyecto: *“Llegan su madre y sus hermanos y, quedándose fuera, le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: ‘Oye, tu*

madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan'. El les responde: '¿Quién es mi madre y mis hermanos?...'" Jesús toma distancias frente a sus familiares (3, 31-33).

Ante sus adversarios: amenazas de exclusión porque blasfeman contra el espíritu. Ante sus parientes: distanciamiento... "¿Quién es mi madre...?"

"... Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: 'Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre'" (3, 34-35).

No se dice aquí que Jesús dirigiera su mirada a

los discípulos. Todavía no se ha hecho la distinción entre los discípulos y la gente, pero queda ya clara la diferencia entre discípulos y familiares. Su verdadera familia es la gente en la medida en que está a su alrededor en una actitud de escucha: "En la medida en que uno cumple la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre". Esta palabra recae sobre los discípulos mezclados con la gente. Se da un distanciamiento por una parte entre discípulos y gente, en la medida en que aquéllos escuchan a Jesús y cumplen la voluntad de Dios, y por otra parte los adversarios y los parientes.

b) Jesús y sus discípulos frente a la gente (4-5, 43)

En el capítulo 4, se presenta una novedad: **la distinción entre los discípulos y la gente**. Hasta ahora teníamos el grupo Jesús-discípulos-gente en oposición al grupo adversarios-parientes; ahora vamos a ver a Jesús y los discípulos respecto a la gente.

Marcos nos presenta esto a través de dos episodios: la enseñanza de las parábolas (4, 1-34) y luego una serie de milagros pensando en los discípulos (4, 35-5, 43).

LAS PARABOLAS (4, 1-34)

En el capítulo de las parábolas hay una doble enseñanza: una a la gente (**parábolas propiamente dichas**) y otra en particular a los discípulos (**explicación de las parábolas**).

La enseñanza en parábolas

Esta distinción entre las dos enseñanzas explica aquella escena tan curiosa: la gente oprime a Jesús, éste sube a una barca —toma sus distancias— y desde la barca habla a la gente que se ha quedado en la orilla (4, 1-9). "*Cuando quedó a solas* —continúa Marcos en el versículo 10—, *los que le seguían a una con los doce le preguntaron sobre las parábolas*". ¿Dónde estaban?; al final del capítulo, Marcos lo indica: "*Ese día, al atardecer, les dice: 'Pasemos a la otra orilla'. Despíden a la gente y le llevan en la barca, como estaba*" (4, 35). Jesús se encontraba todavía en la barca; mantenía ciertas distancias; sólo fue necesario empezar a navegar a la otra orilla. Así, el conjunto del capítulo deja en claro el escenario.

Pues bien, a partir del versículo 10, se observa un cambio de escena que no sabemos dónde situar, sin que Marcos por otra parte se preocupe de hacerlo.

Escribe: *“Cuando Jesús quedó a solas...”*. Se apartó, pero ¿dónde y cuándo? Poco le importa a Marcos; lo coloca, sin preocuparse del escenario, donde lo necesita, para articular bien la parábola del sembrador y su explicación. Esta última se dirige sólo a los discípulos; se necesita por tanto un aparte; y Marcos lo pone allí. Existe un arte de la narración, pero Marcos lo rompe sin escrúpulos. Sería preciso respetar el marco espacial, pero él no lo hace, ya que para él lo principal es el empeño en señalar que se trata de dos enseñanzas distintas.

¿Dónde acaba este aparte? Desde 4, 11, Jesús se dirige a los discípulos, hasta el final de la explicación. Luego, en el versículo 21, leemos: *“Les decía también”*. ¿A quiénes? A los discípulos que acaba de mencionar. Lo mismo en el versículo 24. Luego, sin más advertencia, en el versículo 26, *“también decía: ‘El reino de Dios es como un hombre que echa el grano en la tierra...’”*. “Decía”, pero no “les decía”. Esto tiene que ir dirigido a la gente, ya que se trata ahora de las parábolas de la semilla que crece por sí sola y del grano de mostaza, parábolas que acaban con esta conclusión: *“Y les anunciaba la palabra con muchas parábolas como éstas, según podían entenderle; no les hablaba sin parábolas —por tanto se trata aquí de la gente—; pero a sus propios discípulos se lo explicaba todo en privado” (4, 33-34)*.

La cosa está clara: el punto de vista de Marcos sobre las parábolas es hacernos comprender que **hay dos enseñanzas**. ¿Por qué? Nos lo explica él mismo en los versículos 10 al 13.

¿Por qué dos enseñanzas?

“Cuando quedó a solas, los que le seguían a una con los doce le preguntaron sobre las parábolas —obsérvese el plural; hasta ahora sólo había expuesto una parábola, la del sembrador—. El les dijo: ‘A vosotros se os ha dado el misterio del reino de Dios, pero a los que están fuera todo se les presenta en

parábolas, para que por mucho que miren no vean, por mucho que oigan no entiendan, no sea que se conviertan y se les perdone” (4, 10-12).

Es algo muy duro de escuchar para nuestros oídos modernos. Hay sobre todo dos puntos que nos chocan: el **“para que no entiendan”** y la discriminación a priori que parece establecer Jesús entre sus discípulos y los “que están fuera”.

Una teología algo ruda de la libertad y de la gracia

Ese “para que” les ha parecido tan duro a Mateo y a Lucas que se las han arreglado para ponerle bemoles. Los dos han suprimido la última frase “no sea que se conviertan...”, y Mateo, en vez de **“para que por mucho que miren no vean”**, ha escrito **“porque, al mirar...”**: puesto que, de hecho, no ven, no se les puede ofrecer el secreto de las parábolas.

Pero, ¿cómo comprender en Marcos ese “para que”? No resulta nada fácil y los especialistas no están de acuerdo en la solución. Voy a dar la explicación que me parece mejor, aunque sin garantizar que sea la exacta.

Marcos utiliza en esta ocasión un **material arcaico** que se deriva probablemente de las comunidades judeo-cristianas. En efecto, la cita de Isaías (“por mucho que miren...”) no corresponde ni al texto de la biblia hebrea ni a la traducción de los Setenta; pues bien, los evangelistas que escriben en griego para unos lectores griegos citan habitualmente esta traducción. La cita se asemeja aquí mucho más al texto del tárgum palestiniense, esto es, a la versión aramea de las escrituras que se usaba en Palestina en la época de Jesús. Por tanto, Marcos utiliza probablemente un material que le viene de una comunidad cristiana de Palestina. Esto significa que, para comprender este texto, **hay que situarse en la mentalidad judía** formada por la biblia y no dejarnos llevar por nuestra mentalidad.

Ahora bien, un hombre de la biblia no se siente impresionado ante un secreto que se le oculta para que no lo comprenda; para él, se trata de un lenguaje, de una manera de expresarse. Nada de lo que acontece, incluso al pecador, es extraño al plan de Dios. En esa mentalidad, **no se distingue** el “porque” del “para que”, no se pone ninguna diferencia (¿es que es posible ponerla?) **entre lo que corresponde a Dios y lo que procede de la opción libre del hombre.** Es lo que ocurrió con el endurecimiento del faraón cuando la salida de Egipto. Se podrá decir del mismo modo “el faraón endureció su corazón” que “Dios endureció el corazón del faraón”. El que el faraón endureciera su corazón no quiere decir que lo haya hecho solo, sin que aquello entre en el plan de Dios; el que Dios endureciera el corazón del faraón tampoco quiere decir que Dios lo haya hecho solo y que el faraón no fuera libre para ello.

Quizá haya en este lenguaje una verdad teológica muy profunda: la afirmación de que **no es posible catalogar en nuestras acciones la parte de Dios y la parte del hombre;** no se trata de dos fuerzas que actúen en el mismo nivel y que sea posible descomponer. Esa sería una teología demasiado ruda de la libertad y de la gracia. Nos hemos hecho “humanistas” y creemos que actuamos solos, hasta el momento en que ya no podemos dar un paso y viene entonces Dios en nuestra ayuda. Un Dios “tapagujeros” de nuestras faltas y de nuestras insuficiencias. Pero ese Dios, en la actualidad, está ya muerto.

Puede ser que los hebreos, con su forma un tanto grosera de expresar la colaboración entre Dios y el hombre, estuvieran más cerca de la verdad que nosotros. En cuanto al fondo del problema, no es asunto nuestro resolverlo. Creemos que “Dios juzgará a los vivos y a los muertos”, que ese juicio sólo puede ser hecho por Dios. Y no nos corresponde a nosotros pesar la parte de méritos y de deméritos del hombre, de la acción o de la no-acción de Dios. Entonces, dejemos ese asunto.

Por tanto, si se acepta que todo esto está expre-

sado con una mentalidad distinta de la nuestra y que esa mentalidad, lo mismo que la nuestra, puede tener sus razones y sus límites, me parece que habrá desaparecido el gran escándalo de las palabras de Jesús.

La frontera pasa por el corazón de cada uno de nosotros

¿Cómo comprender aquello de que “*a vosotros se os ha dado el misterio del reino de Dios, pero a los que están fuera todo se les presenta en parábolas*” (esto es, en enigma) (4, 11)?

“A vosotros se os ha dado el misterio del reino de Dios” quiere decir: “Habéis recibido una revelación” vosotros, esto es, todos los que rodeaban a Jesús, junto con los doce. Y como han recibido una revelación, Jesús podrá intentar explicarles las parábolas. “Esta clave, les dice Jesús, la tenéis ya vosotros, pero es menester que yo os enseñe a servirlos de ella”. Para “los de fuera”, todo es enigma; no pueden comprender porque no tienen la clave de lo que pasa en la vida de Jesús y en su enseñanza. Para ellos, todo queda en parábolas, en cosas que quizá sean bonitas de escuchar, pero que no son historias de las que tengan la clave.

Esta clave es el secreto del reino de Dios. Lo cual supone que la acción de Dios no resulta legible para el ojo a simple vista, que se necesita una iluminación especial para percibirla en los signos en que se manifiesta.

Las parábolas, en esta perspectiva, **son un intento de encaminar hacia el secreto del reino de Dios, pero sin que se manifieste por ello el verdadero secreto.** Los que no lo han recibido se quedan con la parábola en la mitad del camino.

¿Quiénes son “**los de fuera**”? ¿A primera vista, parece que se trata de la gente, en oposición a los discípulos. Y así es como se les interpreta de ordinario. Pero no es posible: en el conjunto del evangelio

le Marcos, se ve que Jesús tiene necesidad de la gente que la llama de vez en cuando para decirle ciertas cosas e incluso para tomarla como testigo. La gente no es echada afuera pura y simplemente. En Marcos, es inconcebible que se pronuncie ese juicio sobre la gente, como si Jesús dijera: "No sirve de nada hablarle. Si en definitiva le hablo con mis parábolas, es para endurecerla en su error". La gente, en Marcos, no se muestra nunca hostil a Jesús, a no ser en Jerusalén; aunque aquí incluso habría que distinguir: por una parte, no es la gente de Galilea, y por otra, esa gente, incluso en Jerusalén, es favorable a Jesús hasta que empiezan a maniobrarla los sumos sacerdotes. Marcos les echa claramente las culpas de este cambio de la gente a los sumos sacerdotes.

Hasta este momento, la gente de Marcos es una especie de masa mal definida, que está más bien al lado de los que simpatizan con Jesús: busca a Jesús, corre tras él, desea tocarle y Jesús hace milagros en su favor. No son ni mucho menos gente "echada afuera", como si Jesús hubiera dicho: "Ya lo sabéis; está ya echada la suerte de toda esa gente a la que hablo; si les dirijo la palabra, es para que se solucionen las cosas cuanto antes...".

Sin embargo, es así como muchos especialistas comprenden el texto. Se trata aquí de una cuestión de método. De hecho, hay en este texto ciertas señales que podrán ir en este sentido. Entonces, algunos aíslan este pasaje y en este caso "los de fuera" son la gente; personalmente yo prefiero conservar el retrato de la gente tal como aparece en todo el contexto del evangelio de Marcos y opto por este gran contexto en vez del pasaje concreto.

Así, ¿qué es lo que designan "**los de fuera**"? No se trata de un gesto de Jesús para señalar a "esas" personas físicas, sino de una expresión teológica: "**las (gentes) que están fuera**", **los que quedan fuera de la fe**. Y no son necesariamente unas personas con las que está hablando Jesús; pueden estar también lejos. Un poco más adelante dirá Jesús a sus discípulos: "¡Tened cuidado! También

vosotros tenéis ojos para no ver y oídos para no escuchar"; esto es: "también vosotros estáis a punto de convertirlos en 'los de fuera'; ahora estáis dentro, pero tened cuidado, no sea que os comportéis como los de fuera". Es que **la frontera entre "los de dentro" y "los de fuera" pasa por el corazón de cada uno de nosotros**. Los discípulos (entonces, como hoy) han recibido una clave para comprender: el secreto del reino de Dios. Pero es preciso que la utilicen.

Y se ve claramente que los discípulos no acaban de hacerlo: "*¿No habéis comprendido esta parábola?*" -les dice Jesús—. *¿Cómo vais a comprender entonces las parábolas?*

Distanciamiento entre Jesús y sus discípulos

Es la primera vez, en el evangelio de Marcos, que se subraya la **falta de inteligencia de los discípulos**. Así es como se inaugura el debate entre Jesús y sus discípulos. El drama que se percibe en este libro se desarrolla entre todos los personajes. Aquí empieza a asomar cierto distanciamiento entre Jesús y los discípulos. Hasta ahora, se mostraban perfectamente solidarios frente a los adversarios. Ahora que ya se diferencian claramente de la gente, empieza a abrirse una zanja entre ellos y Jesús.

Este tema de la falta de inteligencia de los discípulos que aquí se inaugura volverá a aparecer con frecuencia a continuación. Y Marcos nos dejará, en este punto, en medio de la incertidumbre: no se sabrá cómo se resolvió aquella crisis. Nos señalará la incompreensión de los discípulos, pero no nos dirá que acabaron comprendiendo algún día. Se mantiene el suspense dramático y de esta forma nos damos cuenta de que nos afecta también a nosotros.

Se podrían estudiar cada una de las parábolas en detalle, pero quizá sea más importante ver el punto de vista de conjunto de Marcos sobre ellas.⁴

CUATRO MILAGROS PARA LA ENSEÑANZA DE LOS DISCIPULOS (4, 35-5, 43)

Inmediatamente después de las parábolas, vienen cuatro relatos para hablarnos de los actos extraordinarios realizados por Jesús: **la tempestad calmada, el endemoniado de Gerasa, la curación de una hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo** (4, 35-5).

Estas acciones se sitúan todas ellas en el curso de un viaje. Para ir a los gerasenos, hay que atravesar el lago; durante la travesía, tiene lugar la tempestad; en la otra orilla, en tierra pagana, Jesús cura al endemoniado; vuelve luego a territorio judío; Jairo llama a Jesús al lado de su hija; en el camino se sitúa el episodio de la hemorroísa y, al llegar a casa de Jairo, Jesús resucita a la niña.

Una curiosa acumulación de hechos durante este trayecto. En Marcos, siempre estamos en movimiento; se tiene la impresión de que Jesús está siempre con prisas, como si no tuviese un minuto que perder, hasta el punto de que estos episodios se encadenan curiosamente con las parábolas dentro de la misma jornada.

El encadenamiento es ante todo local: ya, durante las parábolas, la barca se mantenía a distancia de la gente, a distancia de la orilla judía. Pero también encadenamiento temporal: *"aquel día, al atardecer"*, escribe Marcos. Una vez que ha sentado esta afirmación, parece como si se olvidara de ella y se guarda de decirnos la hora en que ocurren todas estas cosas. ¿Fue por la noche cuando aplacó la tempestad? ¿Y el episodio en el territorio de los gerasenos? ¡Es imposible! Y luego, al regreso, la hija de Jairo...

El desarrollo de todos estos hechos es bastante inverosímil desde el punto de vista histórico. Por tanto, es que Marcos tiene otra razón para querer presentárnoslos dentro de una misma jornada. ¿Qué razón es ésta?

Quizá obtengamos la respuesta si advertimos que **los testigos de estas cuatro acciones son los discípulos**. No se trata de milagros para la gente, sino para ellos.

Es evidente en el caso de la **tempestad**. Inmediatamente antes, Marcos escribe: *"A sus propios discípulos se lo explicaba todo en privado. Ese día, al atardecer, les dice: 'Pasemos a la otra orilla'..."* (4, 34-35). Hay otras personas distintas de los doce, pero son las gentes que rodean a Jesús.

También son ellos los que le acompañan cuando la **curación del endemoniado**, a la otra orilla del lago. No está allí la gente. La gente se les unirá luego, atraída por la historia de los cerdos; no ha visto nada de lo sucedido, sino que comprueba únicamente los resultados; se llenará de miedo y suplicará a Jesús que se marche. Por tanto, la gente no asiste al milagro, no participa de él.

Al volver, ya en la orilla judía del lago, una turba numerosa se reúne en torno a Jesús (5, 21). Jesús estaba allí, a la orilla del mar, cuando *"llega uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo y, al verle, cae a sus pies..."* (5, 22).

Jesús le acompaña a su casa y en el camino **una mujer**, en secreto, se acerca por detrás a tocar sus

⁴ Sobre las parábolas la literatura es inmensa. Señalemos, por lo menos: A. George, Nova et vetera: la méthode des paraboles: *Assemblées du Seigneur*, 1.^a serie, 15 (1965) 31-44 (el padre George resume aquí de una forma excelente y fácil un artículo erudito del Supplément au Dictionnaire de la Bible); *Id.*, Lecture de l'évangile selon saint Luc. *Profac*, 64 p. (de las parábolas se trata en las pp.43-54; podría ser el complemento ideal de este cuaderno sobre Marcos y una buena preparación para comprender el mensaje de Lucas); J. Dupont, La parabole du Semeur: *Cahiers Bibliques de Foi et Vie* 5 (3-25); *Id.*, Deux paraboles du Royaume: *Assemblées du Seigneur*, 2.^a serie, 42 (1970) 50-59 (se comentan sólo dos parábolas de Marcos recogidas por la liturgia).

vestidos. Jesús pregunta: “¿Quién ha tocado mis vestidos?” Los discípulos se extrañan: “Estás viendo que la gente te oprime y tú preguntas...”. Por tanto, la gente está allí. Sin embargo, asistimos a continuación a una conversación entre Jesús y la mujer curada como si no hubiera allí nadie que los escuchase. La gente está allí, pero como ausente; no participa. No puede decirse que se trate de un milagro público, ya que solamente Jesús y la mujer saben lo que ha pasado, ya que se trataba de una enfermedad oculta.

Llegan a casa de Jairo. La gente está allí, junto con las plañideras. Pero Jesús manda salir a todo el mundo; solamente se quedan con él los padres de la niña, así como Pedro, Santiago y Juan. Ni siquiera están allí todos los discípulos.

Nos encontramos, por tanto, con una **serie de actos de poder dirigidos a la atención de los discípulos**.

¿Qué es lo que entonces había que comprender en estos cuatro milagros? Puesto que no podemos estudiarlos todos, contentémonos con tomar un episodio bastante difícil y poco comentado: la historia de la hemorroísa y de la hija de Jairo.⁵

Dos milagros entremezclados (5, 21-43)

El relato de la curación de la hemorroísa está metido dentro del de la resurrección de la hija de Jairo. Después de haber estudiado cada uno de estos relatos en sí mismo, nos preguntaremos por qué estos dos milagros están tan estrechamente unidos. Finalmente, los situaremos dentro del contexto de conjunto del evangelio.⁶

Podría empezarse por un estudio personal del texto, planteándose por ejemplo estas cuestiones:

1. **La curación de la hemorroísa:** ¿podría bastar con el relato de los versículos 25-29?; ¿qué añaden los versículos 30-34?; ¿en qué sentido esos versículos obligan a reconsiderar el hecho narrado en 25-29?

2. **La resurrección de la hija de Jairo:** ¿qué es lo que cambia entre los versículos 22-24 y 35-36?; ¿en qué favorece la inserción de los versículos 25-34 el paso de una perspectiva a la otra?

3. **¿Por qué el secreto** en 5, 37-43 y no en 5, 18-20?

4. **En el contexto de 4, 35-5, 43:**

— ¿qué es lo que relaciona a 4, 35-41 con 5, 1-20?

— ¿qué es lo que los discípulos tienen que aprender en 4, 35-5, 20?; ¿y en 5, 21-43?

1. La curación de la hemorroísa

El episodio se compone de dos partes fáciles de distinguir: un relato corto de milagro y luego un diálogo entre Jesús y la mujer.

Un milagro clásico

El relato del milagro podría bastarse a sí mismo. Pertenece al género de “milagro obtenido”, tal como podrían contarse otros muchos, según Mc 3, 10: “*habiendo curado a muchos, cuantos padecían dolencias se echaban encima para tocarle*”. Este pequeño relato se parece a los relatos de origen pagano, que traducen la creencia en una especie de fuerza de orden físico de que está dotado el taumaturgo. Nos cuesta trabajo representarnos a Jesús cargado de una energía milagrosa que se propaga de su persona a sus vestidos; pero esto no les extrañaba a los lectores de Marcos. Este detalle será utilizado en este relato en un sentido particular: si la mujer no hace más que tocar el vestido de una forma disimulada, es porque tiene interés en ocultarse;

⁵ Para el relato de la tempestad sosegada, véase X. Léon-Dufour, Estudios de evangelio, 145-177; P. Lamarche: *Assemblées du Seigneur 43 (1969) 42-53. Sobre el episodio tan extraño, pero tan lleno de enseñanzas, del poseso de Gerasa, véase P. Lamarche, Le possédé de Gerasa: Nouvelle Revue Théologique (1968) 581-597.*

⁶ Se puede ver el comentario de J. Potin en *Assemblées du Seigneur 44 (1969) 38-47.*

siente vergüenza de su enfermedad que, por otra parte, la pone en situación de impureza legal. Este detalle tiene su importancia para el diálogo que habrá de seguirse luego, como veremos en seguida. Igualmente, la mención de los muchos médicos que, a pesar del dinero que había gastado con ellos, no supieron hacer otra cosa más que empeorar su enfermedad, no debe cargarse únicamente a una idea maliciosa de Marcos, sino que subraya **el poder de Jesús** frente al fracaso de los médicos.

Este es el interés que tiene el relato para quienes lo cuentan. Con todo rigor, el relato podría detenerse aquí.

Una curación robada

La segunda parte del relato (5, 30-34) da un alcance muy diferente a lo que precede. Jesús tiene conciencia de haber realizado una curación. Tampoco aquí estamos lejos de los textos paganos que refieren la acción de los taumaturgos célebres. Aquí es el narrador el que se expresa; no cabe imaginarse a Jesús narrando sus propios sentimientos; en este género literario el narrador subraya habitualmente que el autor del milagro tiene conciencia de la fuerza que se desprende de él.

Pero aquí Jesús desea absolutamente hacer salir del anonimato a la mujer que se le ha acercado a hurtadillas. La obliga a darse a conocer; entra con ella en una relación personal. La mujer, *“atemorizada y temblorosa, se postró ante él y le contó toda la verdad”* (5, 33). La mujer se siente cogida en falta. ¿Es acaso por haber infringido una ley del Levítico, el haber tocado a alguien a pesar de su estado de impureza legal (Lev 15, 25)? Es posible esta explicación a nivel del relato tradicional que reproduce Marcos. Sin embargo, Marcos no parece interesarse por este aspecto de la conducta de la hemorroísa, ya que no se toma la molestia de explicar esta costumbre judía en atención a sus lectores paganos. Queda en pie el hecho de que la mujer siente miedo cuando Jesús le pide que se dé a conocer. Ha robado su curación; ¿la perderá acaso ahora? Ese es el proble-

ma que aquí se trata: una **curación robada** no cabe en el espíritu evangélico. Será preciso que **se le vuelva a dar la salud al término de un proceso de fe**. Cuando Jesús le dice: *“Queda curada de tu enfermedad”*, la cosa nos parece extraña, ya que la curación tuvo lugar anteriormente, pero no hay ninguna incoherencia, ya que su curación se le devuelve ahora en la fe. El espíritu de este texto es parecido al del **sacrificio de Isaac** (Gén 22): Abrahán ha aceptado sacrificar a su hijo y cuando se le devuelve en virtud de su acto de fe, lo vuelve a engendrar en cierto modo en esa misma fe. Aquí, la mujer, al confiarse a Jesús, se ha desprendido de una fe todavía primitiva, que tenía que ver no poco con la magia, y se ha encaminado hacia una fe plena, que es una **relación personal con Jesús salvador**.

El texto de Marcos emplea dos palabras para indicar lo que Jesús concede a la mujer: queda **“salvada”** y **“curada”**. La palabra **“salvar”**, en el griego evangélico, se emplea con frecuencia para indicar la curación (que es lo que busca la mujer: si llego a tocar por lo menos sus vestidos, quedaré curada: 5, 28). Pero va mucho más allá, en la perspectiva de los cristianos después de pascua que refieren este episodio. Para ellos, la salvación es una realidad mucho más plena que la simple curación. Los milagros que cuentan los cristianos después de pascua son para ellos otros tantos ejemplos de lo que es la salvación por la fe; descubren entonces el poder de la fe para realizar su propia salvación. Esas mismas palabras de Jesús: *“tu fe te ha salvado”*, se repetirán cuando Jesús cure al ciego de Jericó (10, 52); al quedar curado, ese ciego se convierte en símbolo del discípulo iluminado por Cristo, que acepta seguirle por el camino de la pasión. Aquí, la mujer recibe más de lo que buscaba.

2. La resurrección de la hija de Jairo

Entretanto ha muerto la hija de Jairo. Jairo tenía ya una fe muy fuerte, puesto que su hija estaba *“a*

punto de morir" (5, 23) y pedía a Jesús que la curara. Está a las puertas de la muerte, sin que puedan ya nada los medios humanos. Y resulta que muere. La fe de Jairo queda entonces sometida a la prueba por la incredulidad de aquellos que le anuncian el triste suceso, pero el propio Jesús viene en ayuda de su fe: "*No temas; solamente ten fe*". Lo que había pedido Jairo queda superado; necesita una fe mayor.

Cuando Jesús entra con Pedro, Santiago y Juan y los padres de la niña, no solamente se ha constatado ya su muerte, sino que la están llorando: "*Observa el alboroto, unos que lloraban y otros que daban grandes alaridos*" (5, 38). Por tanto, las gentes se muestran totalmente indiferentes a la presencia de Jesús. Solamente el padre tiene fe en él. Jesús dice: "*La niña no ha muerto; está dormida*". Se trata para él de una manera de echar el velo sobre lo que va a ocurrir, de hacer secreto el milagro; pero para el lector la cosa tiene otro sentido, ya que Marcos le advierte que no hay que engañarse, que efectivamente estaba muerta, ya que las gentes "*se burlaban de él*". El lector sabe también que **la muerte, cuando viene Jesús, no es muerte, sino sueño**. Para los hombres del Antiguo Testamento, como para los del mundo griego, la expresión "los durmientes" con que se designaba a los muertos no traducían todavía la fe en la resurrección. Fue solamente una manera pudorosa de velar la realidad. Para el lector cristiano, instruido en la resurrección de Jesús, la expresión se carga de sentido. Y es esta confianza en el despertar de su hija lo que se le pide a Jairo.

3. Un crescendo en la fe entre los dos milagros...

Pero entonces, ¿por qué la inserción de la curación de la hemorroísa? No sirve para describir el itinerario psicológico de Jairo, ya que no se le hace intervenir en el relato intermedio. Va destinada a

guiar la fe del lector. También el lector es invitado a **creer en el poder de resurrección de Jesús**. Ahora que se le ha contado la curación de la hemorroísa, se convierte él mismo en uno de los actores del drama. Cuando Jesús le dice a Jairo: "*No temas; solamente ten fe*", el lector siente deseos de añadir: "Ya verás, Jairo; si crees, todo saldrá bien". Comprende que la fe no solamente cura a los enfermos, sino que incluso mata a la muerte, que permite despertar a los muertos. El relato en su conjunto constituye una catequesis de la fe en la resurrección. Y como es lógico que no se le pide la fe a la pequeña, sino a su padre, el cristiano sabe que puede creer no solamente en su propia resurrección, sino en la de los muertos en general.

Así, pues, hay **un crescendo** en todo este relato: se pasa de la fe original de Jairo, que ha renunciado a todas las esperanzas humanas para confiar en Jesús, a la fe primitiva de la hemorroísa, guiada todavía por un cálculo interesado, a la segunda fe de esa mujer, impregnada totalmente en su relación personal con Jesús, para llegar finalmente a la fe plena de Jairo, fe en aquel que resucita a los muertos. Realmente es la fe lo que está en el centro de este doble episodio.

... una fe que hay que guardar secreta

Hay tres indicaciones que van en el sentido del secreto: Jesús "*no permitió que nadie fuera con él, a no ser Pedro, Santiago y Juan*"; "**echó fuera a todos**", y al final "*les insistió mucho en que nadie lo supiera*". Por tanto, es grande el interés de Jesús en que se guarde secreto. Sin embargo, entre estos detalles, no todos tienen el mismo origen. Nos daremos cuenta de ello si comparamos nuestro relato con los de los **milagros realizados por taumaturgos paganos**; se les muestra muchas veces realizando **sus curaciones lejos de la gente**. No es

precisamente para evitar hacerse publicidad, sino para indicar que la fuerza sobrenatural tiene que ejercerse en un espacio sagrado, lejos de las miradas indiscretas. Esta misma observación se encuentra en el relato de la resurrección hecha por Pedro de una mujer en Jope (Hech 9, 36-42): “Pedro echó fuera a todo el mundo y luego, de rodillas, se puso a rezar”. Por consiguiente, este detalle no tiene nada de extraño; en la tradición de que depende Marcos, tenía el mismo sentido que en los relatos paganos: preservar el espacio sagrado. Marcos, por su parte, lo pone al servicio de su teoría del secreto mesiánico.

Hay además otro rasgo que relaciona a nuestro relato con el modelo pagano al que estaban habituados los lectores: Jesús “tomó la mano de la niña”. Pues bien, los taumaturgos concedían mucha importancia **a los contactos físicos**. Hay incluso un elemento de parecido sumamente curioso: a los taumaturgos paganos les gustaban mucho las fórmulas mágicas pronunciadas en lengua extranjera; aquello formaba parte del ambiente extraño en que se realizaba la curación. Pues bien, en nuestro relato Marcos reproduce la palabra de Jesús pronunciada en arameo, con la que realiza el milagro: “*Talitá kum*”, que da a los oídos del lector griego la impresión de una fórmula extraña, no ya con sentido mágico –puesto que la traduce inmediatamente–, pero al menos con un eco maravilloso. No obstante, aunque se conformen con los modelos conocidos por los paganos, los relatos tradicionales cristianos se separan de ellos al insistir en la fe personal en Jesús que se les pide a los que se benefician de los milagros.

Hay, por el contrario, otra indicación que no corresponde a ningún modelo pagano, ya que el taumaturgo pagano quiere efectivamente la **publicidad posterior al milagro**. Pues bien, aquí Marcos nos dice que Jesús impone silencio. Esto resulta extraño; ¿cómo iba a ser posible ocultar aquella resurrección, después de haber empezado ya el duelo por aquella niña?; ¿acaso tendría que permanecer

recluida en su habitación el resto de su vida? Por consiguiente, la consigna de silencio no tiene que leerse a nivel del acontecimiento, sino a nivel del relato que hace Marcos del mismo, llamando la atención de su lector. Se trata de una manera de decirle: “¡Cuidado! Aquí Jesús se revela como hijo de Dios, pero no era todavía el momento de saberlo. Tú, lector, puedes ver aquí actuando su fuerza de resurrección, pero antes de la cruz no convenía que eso se supiera”. Pero, entonces, ¿por qué no hubo ninguna consigna de silencio cuando la expulsión de los endemoniados del poseso de Gerasa? Sencillamente, porque el exorcismo, por sí mismo, no es un signo mesiánico. Los judíos practicaban ampliamente el exorcismo, pero sin creer por ello que estuviera allí el mesías. Al contrario, la resurrección de los muertos es el signo mesiánico por excelencia, para el que Marcos tiene que aplicar la teoría del secreto.

4. Toda la jornada de las parábolas y de los milagros a la luz de la pascua

El episodio de la hija de Jairo queda puesto en estrecha relación con los dos milagros anteriores (la tempestad calmada y la curación del endemoniado) al desarrollarse en la misma jornada, sin falta de continuidad. Pero ¿cuál es el vínculo interno de estos relatos? El milagro de la tempestad calmada tuvo lugar en el camino que lleva al país de los gerasenos, esto es, en tierra pagana. Pues bien, resulta que el mar se agita para impedirle llegar; crea un peligro para disuadirle de que se dirija a los paganos. Pero Jesús interpela al mar, lo amenaza, lanza un grito de guerra y le dice: “*¡Silencio! ¡Cállate!*” Es interesante observar que nos encontramos exactamente con la misma reacción de Jesús cuando el exorcismo en la sinagoga de Cafarnaún (1, 25); no tiene nada de extraño, ya que en la tradición bíblica

el mar se presenta como una fuerza caótica, hostil a Dios; es, por consiguiente, el instrumento del demonio, que quiere impedir a Jesús ir a Gerasa, ya que esta tierra es pagana, el demonio se encuentra a gusto en ella y reivindica el derecho a permanecer allí. Pero Jesús será el vencedor de Satanás en su propio terreno, precisamente donde él pretende reinar.

¿Qué es lo que los discípulos tienen que aprender de todo esto? El lector se siente instruido al mismo tiempo que ellos: hay que **creer en Jesús ante todo y sobre todo**. Si han tenido miedo en la tempestad, es que no tenían fe, pero van descubriendo sucesivamente el poder de Jesús sobre el mar, su poder sobre el demonio, incluso donde éste se siente como en casa, y finalmente su poder sobre la propia muerte. El endemoniado, al desear seguir a Jesús, recibe el consejo de que se quede donde estaba, ya que también allí había tareas que realizar: *“Vete a tu casa, donde los tuyos, y cuéntales lo que el Señor ha hecho contigo y que ha tenido compasión de ti”* (5, 19). Hay, por consiguiente, una anticipación de la misión de la iglesia entre los paganos, que tienen que descubrir que el Señor (esto es, Dios) actúa también para ellos. Su poder de libera-

ción no tiene límites, pero, puesto que el endemoniado proclama “todo lo que Jesús ha hecho por él”, también el lector cristiano se complace en reconocer en “el Señor”, no ya a Dios, sino a Jesús, el hijo de Dios. Los discípulos se preguntaban: “¿Hasta dónde se puede creer en Jesús?”. Y sus actos les responden: “Jesús tiene el poder de **salvar incluso de la muerte, mediante la fe**”.

Se puede llegar más lejos todavía, observando el vínculo de estos relatos con la enseñanza en parábolas, ya que se indica que estos milagros tienen lugar aquella misma tarde de la “jornada de las parábolas” (cf. 4, 35). Se da un vínculo estrecho entre la enseñanza de Jesús y sus actos. Las parábolas ocultaban un secreto reservado a los discípulos y que ellos tenían que descubrir. Los actos de Jesús ocultan también un secreto: Jesús es el hijo de Dios, que tiene el poder de resucitar a los muertos. Pero todavía no tienen el derecho de decirlo.

De este modo, la catequesis de Marcos se coloca cada vez más bajo el signo de la pascua. Demuestra **la refracción de la luz de pascua sobre la vida de Jesús**. Pero esto no se revela todavía más que en secreto, para uso de los discípulos y del lector cristiano.

La ilusión referencial de los relatos

No tengamos miedo alguno de utilizar esta expresión bárbara, cuya misma extrañeza puede ayudarnos a recordar la lección que intenta traducir. Es de Roland Barthes. He aquí de qué se trata.

Cuando habláis en imperativo, cuando dais una orden, no podéis hacer olvidar que sois vosotros los que habláis a vuestro oyente. Los dos sois conscientes de la relación que existe entre vosotros en la palabra que intercambiáis.

No sucede lo mismo en un relato. El narrador tiende a hacer olvidar que él dice algo a sus oyentes. Lo cuento hoy, pero lo pongo todo en el pasado. Soy yo el que cuento, pero lo pongo todo en tercera persona. Sin embargo, yo tengo algo que decir a mi oyente o a mi lector. Pero, por el estilo que empleo, doy la ilusión de que me borro por completo.

Es lo que sucede en los evangelios. El narrador se dirige a unos oyentes o lectores y apela a su fe. Pero, mediante el juego de la tercera persona y el empleo del pasado, da la ilusión de remitir directamente al suceso. De pronto, sentimos la tendencia de quemar etapas, de no empezar por considerar el relato como relato, sino de trasladarnos inmediatamente al suceso, de imaginarnos por ejemplo una psicología de los personajes que no está ni mucho menos señalada en el texto.

Los estudios que aquí hacemos intentan ayudarnos a que dominéis ese reflejo. Esto no quiere decir que el texto no remita a unos acontecimientos, pero éstos están fuera de él y no pueden ser captados más que a través de él.

c) Jesús y sus discípulos frente a los parientes de Jesús (6, 1-6)

El episodio de la visita de Jesús a Nazaret (6, 1-6) está centrado en la falta de fe y constituye un contrapunto de lo que precede.

“Jesús se maravilló de su falta de fe” (6, 6). ¡Qué contraste con la serie de milagros que precede y que demuestra hasta dónde tiene que llegar la fe, esto es, hasta reconocer que Jesús tiene el poder de resucitar a los muertos!

Aquí, en Nazaret, en su patria, Jesús se encuentra frente a la falta de fe. *“No pudo hacer allí ningún milagro”*, a no ser que curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Esta imposibilidad va ligada a la falta de fe. No se trata de un vínculo psicológico, como si la confianza del enfermo condicionase el éxito de su curación. Fuera de un contexto de fe, un milagro se vería privado de toda significación y no sería posible hablar de milagro.

Jesús se ve sorprendido por esta incredulidad. Acordaos de su reacción cuando la tempestad: *“¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe?”* (4, 40). Jesús no logra comprender que no tengan fe. Por el contrario, Mateo y Lucas subrayarán la

extrañeza de Jesús “por encontrar tanta fe fuera de Israel” (Mt 8, 10; Lc 7, 9).

Jesús se encuentra aquí en su patria, en medio de sus parientes. Les decía: *“Un profeta sólo en su tierra, entre sus parientes y en su casa, carece de prestigio”* (6, 4). Se nota en san Marcos una insistencia especial, ya que sólo él habla de *“sus parientes”*. Volvemos a encontrar aquí, en Nazaret, aquel distanciamiento señalado más arriba: *“¿Quién es mi madre...?”* (3, 20-35). La separación es aquí más clara todavía, ya que entretanto Jesús se ha formado una nueva familia: los que escuchan la palabra de Dios, a quienes se nos presentaba en la escena anterior, sentados a su alrededor. Jesús y sus discípulos toman sus distancias de nuevo respecto a las gentes que “están fuera”, que no se comprometen con él.

Y todo esto se completa ahora. Allí se había dicho: *“Mis parientes son los que escuchan la palabra de Dios”* (3, 35); ahora demuestra que sus parientes son los que creen. Y esto refuerza la lección sobre la fe que se había dado por medio de los cuatro milagros precedentes.

3.ª ETAPA

DE LA MISION DE LOS DOCE A LA PROFESION DE FE DE PEDRO (6, 6b-8, 26)

a) La misión de los doce (6, 6b-13)

El relato de la misión de los doce corresponde al de su llamada, al comienzo de esta etapa (3, 13-19). Su institución estaba exigiendo su misión: *“Instituyó doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar los demonios”* (3, 14-15).

Los instituyó *“para estar con él”*: ya los hemos visto, en los capítulos precedentes, siguiéndole, participando de su actividad, aprovechándose de sus enseñanzas en parábolas y asistiendo a sus milagros.

Viene ahora la segunda parte del programa: los instituyó *“para enviarlos a predicar, con poder de expulsar los demonios”*. Así, pues, Marcos encadena el relato: *“Jesús recorría los pueblos del contorno enseñando. Y llamó a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos”* (6, 6-7).

1. Instrucciones con vistas a la misión

La forma del discurso de envío a misionar indica que Marcos demuestra cierta libertad al recoger las palabras de Jesús.

“Les ordenó que nada tomaran para el camino, fuera de un bastón; ni pan, ni alforja, ni dinero en la

faja, sino calzaos con sandalias y no vistáis dos túnicas”. Se pasa insensiblemente del estilo indirecto al estilo directo. Esto supone que Marcos recoge una tradición, pero que maneja libremente las palabras de Jesús; empieza por resumirlas; luego, poco a poco, pasa a la formulación directa: *“Les dijo: Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta marchar de allí. Si algún lugar no os recibe y no os escuchan, marchaos de allí sacudiendo el polvo de la planta de vuestros pies, en testimonio contra ellos”*.

Una misión difícil

Impresiona inmediatamente en este discurso el lugar que se le concede a la **falta de acogida**. Mateo nos ofrece este mismo discurso, pero en una versión más completa y más equilibrada, ya que se consideran sucesivamente las dos posibilidades de acogida y de repulsa (Mt 10, 5-16). Marcos apenas menciona la acogida: *“Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta marchar de allí”*; e inmediatamente dice: *“Si algún lugar no os recibe...”*. Se tiene la impresión de que la misión se lleva a cabo en medio de mil dificultades; se recoge sobre todo lo que Jesús dijo para el caso de una mala acogida. Esto supone que se ha hecho ya la experiencia: **la comunidad de Marcos** ha tenido que tropezar con no pocas dificultades en su actividad misionera.

Es para Marcos una manera de decir: “¡No os asustéis! Todo estaba previsto, Jesús pensó ya en esa mala acogida; no se imaginaba ni mucho menos que la misión iba a ser cosa fácil”. Esta insistencia resulta especialmente curiosa cuando se compara este texto con el de Mateo, que parece reproducir la cita tradicional de las palabras de Jesús mejor que este resumen de Marcos.

...que necesita “tropas ligeras”

Por otra parte, Marcos insiste en la disposición necesaria que han de tener estos misioneros: tienen que ser “tropas ligeras”. No han de llevar nada para el camino, excepto un bastón, ya que resulta necesario para caminar y es posible que haya que ir lejos; ni un trozo de pan, ni una alforja siquiera... Para seguir a Jesús, hay **una exigencia de ligereza, de pobreza**, que llega muy lejos. Después del episodio del rico, los discípulos le dicen: “*Nosotros lo hemos dejado todo para seguirte*”. Y Jesús presenta de nuevo entonces, con otras palabras, esta misma exigencia: por él y por el evangelio, uno puede verse obligado a dejar “*casa, hermanos, madre, hijos y hacienda...*” (10, 29-30). Este abandono de todo es **la consecuencia lógica de la decisión de seguir a Jesús y de consagrarse al evangelio**, de dar la vida por él.

Eso es, por tanto, lo que recoge Marcos: es preciso “ir ligeros” y hacerse a la idea de que la misión habrá de vivirse en condiciones difíciles.

Predicar y curar

Viene entonces la conclusión: “*Y, yéndose de allí, predicaron que se convirtieran; expulsaban a muchos demonios y ungián con aceite a muchos enfermos y los curaban*” (6, 12-13). Lo que hacen los discípulos es exactamente lo mismo que han visto hacer antes a Jesús. Volvemos a encontrarnos con los aspectos de la actividad en favor del evangelio:

● **proclaman el mensaje**; aquí Marcos concreta: “predicaron que se convirtieran”; acordaos del resumen de la predicación de Jesús en Galilea: “Proclamaba la buena nueva de Dios: el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; **convertíos y creed en la buena nueva**” (1, 14-15);

● **ofrecen los mismos signos**, expulsando a los demonios y curando a los enfermos. Solamente hay un detalle suplementario: la unción con aceite. Es probable que no se trate en este caso de un simple recuerdo de orden histórico (“sí, los discípulos curaban mediante la unción con aceite”), sino más bien de un dato en conformidad con el uso de las iglesias donde se practicaban semejantes unciones para curar a los enfermos (cf. Sant 5, 14). Esta práctica no es puramente gratuita; demuestra que se conservaba la impresión de que **el evangelio, predicado en nombre de Cristo, era atestiguado con signos**. No hay una predicación dirigida puramente al espíritu, a la inteligencia, y, al lado de ella, como algo distinto, unos signos que descienden al terreno de las enfermedades, de todos esos inconvenientes que supone una vida humana. No. Hay signos de liberación que se dan en ese terreno; el evangelio no concierne únicamente a las inteligencias o a las almas; en Marcos, la misión está caracterizada por estas dos acciones: predicar y echar los demonios o curar a los enfermos.

2. La virulencia del evangelio

Hoy discutimos mucho sobre el “poder” de los ministros. Es curioso; el único poder que se les da a los ministros, en Marcos, es un poder que nosotros no ejercemos, que es de orden carismático: el de echar a los demonios. Esta concepción del oficio de misionero, en Marcos, está en perfecta conformidad con la imagen que de él nos dan los Hechos de los apóstoles o las cartas de san Pablo. Este tenía la certidumbre de que hacía milagros en su camino, con su predicación del evangelio. A nosotros nos cuesta

mucho trabajo entrar en esta perspectiva. El milagro nos molesta... Nuestra actitud contrasta con la de las sectas, que hacen una buena consumición de milagros. Cuando leemos el evangelio, nos sentimos desfasados por preguntarnos: ¿no estarán las sectas más cerca de Marcos que nosotros?; ¿no representarán una reacción que tiende a establecer un equilibrio que hemos perdido nosotros? Se tiene la impresión de que lo que formaba una hermosa unidad en Marcos (palabras y actos) ha quedado ahora dividido: hay especialistas de la predicación y especialistas de los milagros, en detrimento de los unos y de los otros. Quizá sea enfermiza esa hambre excesiva de milagros (y san Juan mostrará claramente su reticencia ante ellos); pero, por otra parte, quizá no le prestemos suficientemente atención al hecho de que **la predicación del evangelio tiene que tener sus repercusiones en el equilibrio humano**. Sé muy bien que hemos sustituido la curación de los enfermos por el empeño de instaurar un mundo más justo y más fraternal. Es indudablemente legítimo buscar los signos de la inminencia del reino de Dios en nuestro mundo, en la mejoría de las condiciones de vida humana; pero con la condición de que no nos olvidemos de **la virulencia del evangelio, que es una fuerza de acción contra el reino del mal**.

Marcos, como los hombres de su época, veía a Satanás con unos rasgos que a nosotros nos parecen míticos. Tenemos que hacer una purificación de esas imágenes y no podemos aceptar pura y simplemente las expresiones de Marcos para definir nuestra misión; pero hay algo que no hemos de sacrificar en esta concepción dramática de la misión. Un misionero no es una persona que se pone a hacer la publicidad de un producto que se venderá, si es bueno; es alguien que parte para combatir contra unos adversarios. Y no puede estar seguro de ser bien acogido, aunque su producto sea bueno. Hay que contar siempre con la oposición en la misión.

Esta oposición no proviene únicamente de las personas que rechazan el mensaje por no haberlo comprendido. Quizá haya una fuerza de oposición más profunda, más difícil de señalar, en las resistencias que se ponen al evangelio; es lo que hoy llamaríamos "el pecado del mundo". No precisamente el pecado personal de aquel que se niega a creer. Este demuestra una actitud bastante común que compartimos nosotros mismos en ciertos sectores de nuestra vida. Muchas veces, aquel que se niega a creer, lo hace en nombre de cierta mentalidad; y de ese "pecado del mundo" participamos también nosotros.

b) Intermedio: Herodes, Jesús y Juan bautista o el ambiente dramático de la misión (6, 14-29)

Los discípulos han marchado a misionar; el escenario se queda vacío. Marcos lo llena con dos pasajes que forman una especie de intermedio, pero que cumplen con su función en el desarrollo del libro: la opinión de Herodes sobre Jesús y el martirio de Juan bautista (6, 14-30).

"Llegó a enterarse el rey Herodes..." Resulta bastante hábil por parte de Marcos colocar aquí

este pasaje: los doce han salido a misionar; por consiguiente, necesariamente se oye hablar de Jesús por todas partes. El tema de la popularidad de Jesús, esbozado ya en la primera sección, vuelve a aparecer en esta ocasión. Pero hay un progreso: al principio, las gentes venían a él porque hablaba con autoridad y hacía milagros. Ahora, las gentes forjan hipótesis sobre él, se plantean cuestiones e intentan

responder a ellas: unos ven en él a Juan bautista, otros a Elías, otros a un profeta más o menos como los demás...

También el rey Herodes tiene su propia opinión: "Juan el bautista ha resucitado de entre los muertos y por eso actúan en él fuerzas milagrosas". Buena ocasión para referir **el asesinato de Juan bautista**. Pero, ¿por qué aquí? Lucas ha escogido otra ocasión: acaba la predicación de Juan bautista con el relato de su muerte, concluyendo con Juan antes de pasar a Jesús. Aquí, la tradición sobre el bautista parece minar el terreno a la de Jesús.

Esta imposición se explica sin duda por **una identidad de atmósfera**. Acaba de recordarse que la misión no tiene el éxito asegurado. Por eso, entre la partida a misionar de los doce y su regreso viene

como anillo al dedo recordar el final trágico de Juan. Esto contribuye a crear el ambiente dramático: los discípulos parten sabiendo que la misión tendrán que vivirla en medio de persecuciones; el fracaso de Juan es una buena prueba de ello. Y cuando vuelva a aparecer el tema de las opiniones de la gente sobre Jesús, será para introducir de nuevo el anuncio de la pasión (8, 27-31). Entre Juan y Jesús empieza a esbozarse un paralelismo (cf. 9, 12-13; 11, 29-30).

Se da, por consiguiente, un vínculo muy sutil en la secuencia de los elementos del texto: la escena queda vacía al partir los doce a misionar; este intermedio trágico nos permite evocar el ambiente propio de la misión, el de Juan, el de Jesús, el de los enviados a Jesús.

c) La mesa puesta. Desde el regreso de los doce a la profesión de fe de Pedro (6, 30-8, 20)

A partir del regreso de los doce de su viaje misional, el relato va encadenando dos series de cinco episodios cada uno, que se corresponden entre sí. Empecemos dando una visión de conjunto.

Esta serie resulta aún más curiosa por el hecho de que en el evangelio de Juan vuelve a aparecer la misma sucesión de los tres primeros relatos (Jn 6). Parece, pues, que en la tradición se había formado

<p>a. 6, 30-44. Primera multiplicación de los panes.</p> <p>b. 6, 45-52. Los discípulos atraviesan el lago; Jesús les alcanza caminando sobre las aguas.</p> <p>c. 6, 53. A esta parte del lago: Genesaret. 6, 53-56. Descripción de conjunto de la actividad de Jesús en el país de Genesaret. (No hay correspondencia en la segunda serie). 7, 1-23. Algunos fariseos y escribas, llegados de Jerusalén, atacan a Jesús sobre problemas de pureza en los alimentos (7, 1-13). Esta larga discusión con ellos continúa más tarde con la gente (7, 14-15), y acaba con una enseñanza en particular a los discípulos que no habían comprendido lo que Jesús había dicho a la gente (7, 18-23).</p> <p>d. 7, 24. Saliendo de allí, Jesús va al país de Tiro y de Sidón. 7, 24-30. Conversación sobre el pan, suscitada por la petición de una pagana que desea la curación de su hija. ¿A quién hay que dar el pan? ¿Está acaso reservado a los judíos?, ¿o está la mesa puesta para todos?</p> <p>e. 7, 31-37. En territorio pagano, Jesús cura a un sordo-mudo.</p>	<p>a. 8, 1-9. Segunda multiplicación de los panes.</p> <p>b. 8, 10. Travesía del lago.</p> <p>c. 8, 10. En la región de Dalmanuta. 8, 11-12. Disputa de Jesús con los fariseos que piden un signo en el cielo para probarle.</p> <p>d. 8, 13. Dejando allí a los fariseos. Jesús vuelve a embarcarse hacia la otra orilla del lago. 8, 14-21. Discusión sobre el pan entre Jesús y los discípulos; les recuerda las dos multiplicaciones de los panes y la abundancia de las sobras.</p> <p>e. 8, 22-26. La curación de un ciego en Betsaida cierra esta serie de episodios.</p>
--	--

una especie de secuencia que comprendía al menos estos tres episodios. Las dos series de Marcos se encuentran también en Mateo. Y es curioso que Lucas (lo mismo que Juan) refiera solamente una multiplicación de los panes, pasando directamente de esta narración a la profesión de fe de Pedro (Lc 8, 10-21; compárese con Jn 6, 67-71). Esta emisión

por parte de Lucas sigue siendo un problema por aclarar.

En Marcos, este conjunto forma la **placa giratoria del libro**. Se presenta con una complejidad mayor que las secciones siguientes, sin duda porque su autor se sentía atado por unas series de episodios ya encadenados entre sí y meditados por la tra-

dición. Nos detendremos especialmente en las dos multiplicaciones de los panes, en el episodio de la sirofenicia y en la curación del sordomudo.

1. Primera multiplicación de los panes (6, 30-44)

La introducción a la primera multiplicación se desarrolla con cierta amplitud; merece una especial atención, ya que Marcos expone en ella algunas de sus ideas preferidas.

Jesús, los apóstoles y la gente ⁷ (6, 30-34)

“Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado. El entonces les dice: ‘Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco’. Pues los que iban y venían eran muchos, y no les quedaba tiempo ni para comer. Y se fueron en la barca, aparte, a un lugar solitario. Pero les vieron marcharse y muchos cayeron en la cuenta; y fueron allá corriendo, a pie, de todas las ciudades y llegaron antes que ellos. Y al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas que no tienen pastor, y se puso a instruirles extensamente” (6, 30-34).

Parece como si aquí Jesús y los discípulos se hubieran puesto a jugar al escondite con la gente. Pero en este juego no hay manera de ocultarse. Quieren huir de la gente, pero se ven obligados finalmente a ocuparse de ella: ahí está el nervio del relato. Vuelven de misionar, quieren descansar en un lugar tranquilo para evitar a los importunos que no les dejan siquiera tiempo para comer; se intenta buscar un escondrijo... ¡Es inútil! Son reconocidos y la gente se agolpa junto a ellos. Esto plantea no pocos pequeños problemas desde el punto de vista de la verosimilitud histórica y geográfica. En principio, resulta mucho más rápido recorrer la distancia

entre las dos orillas en barca, en vez de dar toda la vuelta a pie; sobre todo, si se piensa en que Marcos añade: *“fueron allá corriendo, a pie... y llegaron antes que ellos”*. Fue preciso además que funcionara el teléfono árabe, ya que acuden de todas partes... y llegan antes que los discípulos. Si se quiere ver en el mapa cómo pudo suceder aquello, no acaba de entrarnos en la cabeza. Marcos recompone el paisaje. Y no se le reprocha a un pintor el que nos presente un cuadro magnífico en donde no se reconozca a su pueblo natal, aunque no haya sido éste el que lo ha inspirado. Tampoco reprocharemos a Marcos el que se tome ciertas libertades, si es el Espíritu Santo el que le inspira. ¿Por qué el Espíritu Santo va a tener que inspirar solamente a personas con buenos conocimientos geográficos? Nos encontramos aquí con un cuadro reconstruido; y eso es lo que nos lo hace interesante.

Y ¿qué es lo que se subraya? Esto: **no pueden escaparse de la gente**; Jesús y sus discípulos se ven imposibilitados de sustraerse a ella; y cuando la gente está allí, **es preciso ocuparse de todos**. ¿El descanso? Lo dejarán para otra ocasión...

Jesús y sus “enviados”

Es ésta la única vez que, en Marcos, se designa a los discípulos con el nombre de **apóstoles**, esto es, **enviados**. En cuanto tales es como fueron enviados a misionar y están allí ahora para dar cuenta de su misión. Esa misión la resumen según los dos aspectos que ya conocemos y que caracterizan la actividad de Jesús: *“Le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado”*. **Jesús y los apóstoles están vinculados entre sí** como obreros de una misma tarea, que es la de Jesús.

Estos **enviados** o **apóstoles** son los doce. ¿Qué ha pasado entonces con los discípulos? Solemos

⁷ Véase con este título el comentario de este texto por J. Delorme: *Assemblées du Seigneur*, 2.ª serie, 47, 44-58.

tener en la cabeza una reconstrucción histórica heredada de las “vidas de Jesús”: en torno a Jesús están los doce, luego hay un grupo más amplio, el de los discípulos, y finalmente la gente. De hecho, hasta ahora, en Marcos, los discípulos eran “*los que rodeaban a Jesús con los doce*” (4, 11 y 33); pero, a partir de 6, 7, esta reconstrucción ya no funciona. No se nos dice que haya perdido algunos discípulos por el camino, pero la verdad es que ahora ese grupo queda reducido a los doce. Pero no es indiferente que Marcos los llame apóstoles, discípulos o los doce.

El retrato del apóstol

Marcos nos traza aquí un pequeño retrato del misionero evangélico. Y parece ser que lo hace a la luz de la experiencia misionera después de pascua.

El apóstol es todo lo **contrario a una persona ociosa**. En el texto que sigue se tiene la impresión de que los doce, al principio, están ociosos, viendo todas las cosas que hay que hacer, pero sin hacer nada. Ven que es tarde y dicen: “*El lugar está deshabitado y ya es hora avanzada; despídelos para que vayan a las aldeas y pueblos del contorno a comprarse de comer*”. Jesús les responde: “Dadles vosotros mismos de comer...; en vez de contar conmigo, mirad a ver qué es lo que podéis hacer vosotros...” —“¿Nos pides entonces que vayamos al pueblo a comprarles de comer? ¡Pero si se necesitan por lo menos 200 monedas de plata y no las tenemos!”. Se dan cuenta de lo que hay que hacer, pero no tienen medios para ello. “¿Y tú, Señor, qué es lo que vas a hacer? ¿Vas a despedirlos para que cada uno se las arregle como pueda?” —“¿Cuántos panes tenéis? Id a ver...” Ni siquiera se les había ocurrido preguntar si tenían algo. Después de haberlo comprobado, vuelven con el resultado: “Cinco panes y dos peces”. Entonces, Jesús les pone a trabajar; les manda que distribuyan a la gente.

Tenemos aquí evidentemente una lección para los misioneros, ya que esta narración ha sido relacionada con la misión por algún motivo. **Los misioneros no pueden negarse a la gente y siempre tienen algo que hacer por ella.**

Jesús y los apóstoles: una forma para Marcos de trazarnos un retrato del misionero cristiano; Jesús se los asocia para que prosigan su obra y los pone en acción para que se ocupen de la gente.

Jesús y la gente

Si nos fijamos ahora en las relaciones de Jesús con la gente, nos impresiona en primer lugar la reacción de Jesús: “*Sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas que no tienen pastor, y se puso a instruirles extensamente*”.

Cuando la segunda multiplicación, Jesús volvió a sentir compasión de la gente, pero el motivo no fue entonces el mismo: “*Me da lástima esta gente, porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer*” (8, 2). En aquella ocasión, el objeto de la compasión fue el hambre.

En Mateo, el objeto de la compasión de Jesús es bastante parecido: Jesús curó a muchos enfermos. Se trata, por tanto, de un sentimiento de misericordia por las necesidades físicas, que se traduce en milagros para devolver la salud.

Aquí, en Marcos, Jesús siente lástima de verlos desorganizados; no hay nadie que se ocupe de ellos y por eso están entregados a su propia iniciativa; **no componen un pueblo. Y esa compasión se traduce en la enseñanza**. He aquí la originalidad de Marcos respecto a los demás textos paralelos. Ya hemos encontrado en él esta misma insistencia: cuando Jesús se encuentra con la gente, es casi seguro que se pone a enseñar; incluso en cierta ocasión se nos dice: “*Vino la gente donde él y, como acostumbraba, les iba enseñando*” (10, 1). Esa es la imagen de Jesús que retiene Marcos: **el que enseña a la gente**.

Es conocido su interés por el servicio de la palabra. Y de esta forma se siguen precisando los rasgos del misionero cristiano: **el misionero está al servicio de la palabra**; tiene que proclamarla y enseñar a los demás.

La palabra que crea un pueblo

La relación que pone Marcos entre enseñanzas y constitución de un pueblo no es artificial. Nos encontramos ante un rebaño sin pastor, disperso y desunido; lo que va a hacer de ese rebaño un grupo organizado es la llamada que va a escuchar. La primera actividad para responder a las necesidades de esa gente es por tanto la enseñanza, **la palabra capaz de reunir, de agrupar**. Y luego el cuidado y la alimentación de ese pueblo.

El tema del PASTOR y sus resonancias

Esta imagen del pastor y del rebaño aparece con bastante frecuencia en el Antiguo Testamento. Recordemos algunos de los textos más significativos.

Ezequiel, al empezar el destierro de Babilonia (587-538 a. C.), juzga a los responsables que han conducido al pueblo hacia su ruina; han sido malos pastores que han dejado extraviarse al rebaño. Dios anuncia que va a ocuparse él personalmente de las ovejas: atenderá a las que están mal alimentadas, curará a las heridas, pondrá orden para impedir que las ovejas gordas opriman a las débiles. Ezequiel concluye: "Dios las llevará a pacer en buenos pastos". Se asocian de esta forma varios temas: el pastor cuida del rebaño, lo alimenta, le procura el descanso (Ez 34). Estos mismos temas se encuentran en el **salmo 23**: "Yavé es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta; hacia las

aguas de reposo me conduce... Tú preparas ante mí una mesa..."

Una vez más surgen estos mismos temas en el **recuerdo del Exodo**, cuando la salida de Egipto: Dios es el pastor que conduce a su pueblo (Ex 15, 13), que proporciona a su pueblo el pan y el agua, que lo alimenta milagrosamente en el desierto, que lo conduce hacia el descanso de la tierra prometida.

De esta forma, la figura del pastor asocia fácilmente los temas del descanso, del alimento y del jefe que conduce.⁸

Pues bien, estos tres temas se encuentran en el relato de Marcos:

1. En primer lugar, **el del descanso**. Pero aparece de forma inesperada, ya que de hecho no hay descanso. Al menos, para los misioneros. Cuando regresan de la misión, Jesús les dice: "*Venid aparte, a un lugar solitario, a descansar un poco*". Y cuando llegan..., es para trabajar a fin de procurar un poco de descanso a la gente. ¡Bonito humor el de Marcos! El descanso —les dice a los misioneros— es para los demás; o para más tarde. Quizá sea el descanso escatológico.⁹

2. **El tema del alimento** se desarrolla abundantemente. No es necesario insistir en él.

3. ¿Y **el tema del jefe mesiánico**, el del nuevo pastor? No se afirma explícitamente que Jesús sea este pastor, pero se nos dice que "*aquella gente era como un rebaño sin pastor*" y que Jesús hizo todo lo que tenía que hacer ese pastor según los textos del Antiguo Testamento. Por tanto, para Marcos se trata de una manera de presentar **a Jesús como el pastor de su pueblo**.

Se ha explotado muchas veces este milagro de los panes como una prueba de la divinidad de Jesús. Pero se ve claramente que no es ése el sentido que

⁸ Véase Ph. de Robert, *Le Berger d'Israël (Cahiers Théologiques, n.º 57)*. Delachaux et Niestlé, Neuchâtel.

⁹ Véase también su humor cuando Jesús promete a los que han dejado todo por seguirle: "*hermanos, hermanas, casas... las tendréis en abundancia, estad tranquilos; y de propina la persecución*" (10, 29-30).

desarrolla Marcos. Su relato quiere revelarnos que Jesús es el pastor de su pueblo, el nuevo Moisés y el nuevo David que lo condujeron antaño. Es un relato hecho —lo mismo que el de la cena pascual— para que la comunidad reunida en torno a la palabra y al pan¹⁰ pudiera identificar al pastor que la constituye en comunidad, que la alimenta, que se cuida de ella, esto es, a Jesús.

La palabra alimento

Aquí resulta nuevo el tema de la enseñanza. En todos los textos del Antiguo Testamento sobre el pastor se ve ciertamente a dicho pastor conduciendo a su pueblo al descanso, alimentándolo, pero sin que ejerza ninguna actividad docente.

Sin embargo, **la relación entre palabra y alimento** aparece en otras tradiciones: las de **la sabiduría**. Cuando el autor del libro de la Sabiduría habla del maná en el desierto, ve allí la palabra de Dios (Sab 16, 26 y ya antes en Dt 8, 2-3); la sabiduría se ofrece a sí misma como alimento (Prov 9, 1-16; Eclo 24). Juan, sobre todo, desarrollará estos temas en el discurso de Jesús sobre el pan de vida (Jn 6): Jesús se alimenta de la palabra de Dios; su alimento es cumplir la voluntad de su Padre y da a la gente su palabra como alimento. En este capítulo de Juan, el alimento es la fe antes de ser la eucaristía. Alimentarse del cuerpo de Jesús es creer en él.

Una comunidad que toma conciencia de lo que es

Resulta admirable la riqueza de este texto, lleno de referencias a toda una temática ampliamente explotada en los escritos del judaísmo y en los del cristianismo primitivo. Esto deja suponer que Marcos utiliza aquí una catequesis judeo-cristiana que, en una reunión de la comunidad, recogía el recuerdo de la multiplicación de los panes y deducía de allí todas sus relaciones con los milagros del desierto,

con el anuncio del nuevo pastor de Ezequiel, con el banquete de la sabiduría...

“Se puso a instruirles extensamente” (6, 34). Si intentamos rehacer la historia de la redacción de este texto, nos inclinamos a ver en este versículo un añadido de Marcos. Pero se trata de algo mucho más importante que una palabra añadida por aquí o por allá; Marcos recompone la escena recibida de la tradición poniendo en ella su propia nota. La forma con que Jesús expresa su compasión por la turba, “instruyéndola”, nos permite reconocer a Jesús como el pastor de su pueblo, aquel que constituye un pueblo nuevo por su enseñanza, por su palabra, y la continuación de la historia, el pan multiplicado, entra normalmente dentro de esta temática. La multiplicación de los panes no es solamente un milagro extraordinario, sino que es ante todo un signo, un símbolo. En ese hecho se ha percibido un sentido y se le ha explotado. Es **un símbolo de lo que hace una comunidad cuando se reúne para comer, para escuchar la palabra, en torno a su propio pastor, que es Cristo.**

Un pueblo bien ordenado

Se nos ha mostrado a la gente como un rebaño sin pastor (6, 34). Ahora Jesús les *“mandó que se acomodaran todos por grupos sobre la verde hierba* (obsérvese de pasada ese detalle: “la hierba verde” recuerda curiosamente a “la hierba fresca” del salmo 23); *y se acomodaron por grupos de cien y de cincuenta”* (6, 39). Así, pues, Jesús da órdenes a los discípulos para que organicen al pueblo. “Ciento” y “cincuenta”: si multiplicáis estas dos cifras, os dan cinco mil; ése es precisamente el número que se nos indica en el versículo 44: *“Los que comieron los*

¹⁰ *Las reuniones de la comunidad cristiana suponen no solamente el reparto del pan, sino también la instrucción de los fieles. Acordaos por ejemplo de la escena en que Pablo, en Tróade, enseña durante toda la noche antes de la fracción del pan (Hech 20, 7-12).*

panes fueron cinco mil hombres”, ¡ni uno más ni uno menos! Ese número no debe ser fruto del azar. Lucas, que tiene un poco más de sentido crítico, escribe “unos cinco mil”. En cuanto a Mateo, añade: “Cinco mil, sin contar las mujeres y los niños” (!).

Se ha explotado muchas veces este número para subrayar la grandeza del milagro. Marcos no lo excluye: la falta de proporción entre los cinco panes y los cinco mil hombres es bien clara. Pero quizá esas cifras tengan otro sentido. Dejando el Antiguo Testamento, podemos recurrir a la **literatura de los monjes de Qumrán**. Estos monjes se presentan como la comunidad del final de los tiempos que espera el mesías y, para ello, **organizan su comunidad para que el mesías pueda encontrarse con un pueblo bien ordenado**. Pues bien, inspirándose en la organización del pueblo en el desierto, cuando el Exodo (Ex 18, 21-25; Núm 31, 14; Dt 1, 15), así como en la de las guerras dirigidas por los macabeos (1 Mac 3, 55), ven al pueblo futuro estructurado en grupos de mil, ciento, cincuenta y diez personas. En el libro de Henoc, los ángeles están organizados según el mismo sistema.

Toda aquella gente fue pues ordenada por los discípulos según el esquema concebido tradicionalmente como ideal: **esa gente es ya el pueblo de Dios reunido por su pastor**, Jesús, que toma a los doce como colaboradores. Y de esta forma, este relato es también **una lección sobre el ministerio apostólico**: Jesús asocia a sus discípulos a su obra, los pone en acción, les ordena que organicen al pueblo y finalmente que recojan los restos.

Un banquete en el que hay sobras

Después de haberse saciado la gente, todavía recogen doce canastos con las sobras. Doce canastos; tantos como apóstoles.

Es importante este tema de las sobras; significa que el alimento distribuido es inagotable, que todavía se podría alimentar a muchos más, que es preciso recoger lo que sobra, puesto que hay otros con

hambre. Esta indicación de los doce canastos, al final, es la prueba de que la multiplicación se ha concebido como el símbolo de algo que hay que rehacer constantemente, de **un alimento que hay que poner a disposición de los demás. La mesa del Señor no es una mesa cerrada; es una mesa abierta a todos**. Y son los doce los encargados de tener siempre la mesa puesta para todos.

Tenemos ciertamente aquí una catequesis de la iglesia judeo-cristiana, que hizo la primerísima experiencia de la agrupación de Israel alrededor de su pastor. Esta iglesia se reconocía a sí misma en este relato, se descubría en él, viendo lo que era como si se tratase de un espejo. El evangelio tiene que seguir hoy sirviéndonos para eso: es un espejo que nos devuelve la imagen de lo que somos, o al menos de lo que deberíamos ser.

Un banquete eucarístico

La alusión a la eucaristía está muy clara en este relato. “*Jesús tomó los cinco panes y los dos peces y, levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los iba dando a los discípulos para que se los fueran sirviendo*” (6, 41). Es el mismo texto que en la última cena. De esta forma, **la comunidad reunida para el reparto del pan** recuerda el milagro de Jesús alimentando a la gente y encuentra allí la definición de lo que está llamada a ser: **el pueblo de Dios del final de los tiempos, reunido en torno al nuevo Moisés, mediante el ministerio apostólico**.

Así, pues, tenemos en este texto dos grandes líneas de interpretación:

● **una enseñanza sobre el ministerio apostólico**: vemos a Jesús formando a sus discípulos, enseñándoles su misión;

● **una enseñanza sobre el propio Jesús**, que se manifiesta como el pastor del nuevo pueblo, cuya misión consiste en reunir, instruir y alimentar a su pueblo.

2. Una nueva multiplicación de los panes (8, 1-9)

Los parecidos con el primer relato son demasiado evidentes para que sea necesario detallarlos; se trata exactamente de la misma secuencia de relatos.

Pero también se dan **algunas diferencias**. La más manifiesta es la de las **cifras**: aquí hay siete panes y siete espuelas de sobras y alrededor de cuatro mil personas. Estas pequeñas variantes son significativas. Más adelante, tocaremos el punto de la cifra siete; de momento, fijémonos en un detalle: para recoger los restos no se utilizan ahora cestos, como la primera vez, sino **espuelas**. El sentido es el mismo, pero este pequeño matiz de vocabulario podría ser muy bien una señal del terreno en que ha nacido la tradición: efectivamente, la palabra **espuela** es más griega que **canasto**, palabra utilizada sobre todo por los judíos. Digamos inmediatamente que hay diferentes señales que nos invitan a reconocer en la **primera multiplicación** (c. 6) **una tradición que ha madurado en terreno palestino, judeo-cristiano**, mientras que **la segunda ha madurado en un terreno pagano-cristiano**, pasando por la meditación de comunidades de origen pagano, en territorios de lengua griega. Esta hipótesis nos permite comprender casi todas las diferencias entre ambos relatos.

Quedan por explicar los parecidos. ¿Por qué dos narraciones tan semejantes? La respuesta más sencilla es la siguiente: en el origen de los dos relatos hay una sola tradición que se ha diversificado según los ambientes por donde ha pasado antes de llegar a Marcos. Este ha recogido las dos formas, creando de este modo un efecto de duplicación; probablemente, pensaba él mismo que se trataba de dos milagros distintos; véase la alusión que hace a ello más adelante (8, 18-20).

Leamos pues este segundo relato deteniéndonos en algunas de las diferencias más significativas.

¿Por qué se compadece Jesús?

El motivo por el que Jesús siente compasión de la gente es distinto. Tiene compasión de ella porque no tienen qué comer: *“Si los despidió en ayunas a sus casas, desfallecerán en el camino, y algunos de ellos han venido de lejos”*.

Los discípulos, intermediarios entre Jesús y la gente

El diálogo con los discípulos tampoco tiene aquí el mismo sentido. Jesús no los pone tan bruscamente en acción. *“Sus discípulos le respondieron: ‘¿Cómo podrá alguien saciar de pan a éstos aquí en el desierto?’ El les preguntó: ‘¿Cuántos panes tenéis?’ Ellos le respondieron: ‘Siete’*. Mirad cómo ahora Jesús no tiene necesidad de incitarlos diciendo: “En fin, a ver si hacéis algo... —No es posible hacer nada—. Sí, hombres; id a ver cuántos panes hay...”.

Luego ordena que la gente se acomode; la primera vez fue a los discípulos a quienes ordenó que los distribuyesen... Ahora se subraya menos la actividad de los discípulos, pero tienen la misma función de servir a la gente: *“Se los dio a sus discípulos para que los sirvieran y ellos los sirvieron a la gente”*. Así, pues, aparecen también aquí como intermediarios entre Jesús y la gente.

El banquete eucarístico

La relación con el banquete eucarístico se establece lo mismo que en el primer relato. *“Tomando los siete panes y dando gracias, los partió e iba dándolos a sus discípulos...”* Es una fórmula consagrada. Sin embargo, se conserva una pequeña diferencia de vocabulario, que es un nuevo signo del terreno distinto que acogió a ambos relatos. La primera vez, *“Jesús tomó los panes y pronunció sobre ellos la bendición”* (en griego **eulogein**); aquí se dice que *“dio gracias”* (en griego **eucharistein**). Pues bien, es curioso que se encuentran estas dos palabras en

los relatos de la cena. El Nuevo Testamento nos ha conservado cuatro narraciones de la misma relacionada por parejas: las de Pablo (1 Cor 11) y Lucas por una parte, las de Mateo y Marcos por otra. Pues bien, en Mateo-Marcos, Jesús, en la cena, pronuncia la bendición (**eulogein**) sobre el pan, mientras que, en Lucas-Pablo, da gracias (**eucharistein**). De forma que, desde el punto de vista del vocabulario, se tiene la misma relación entre los dos relatos de la multiplicación de los panes y las dos tradiciones de la última cena. Ahora bien, resulta que “**eucharistein-dar gracias**” es un griego mucho mejor que “**eulogein-pronunciar la bendición**”. Las dos palabras quieren designar el mismo rito judío de santificación de la comida. Se “bendice a Dios” quiere decir que se pronuncia una bendición: “¡Bendito sea Dios que nos da este pan!”.¹¹ “Pronunciar la bendición” se dice en griego **eulogein**; lo que pasa es que esta palabra no se emplea habitualmente en el vocabulario religioso griego; la bendición es un rito típicamente judío. Así **eulogein** es un griego propio de traductores, mientras que **eucharistein** pertenece al griego legítimo, tal como se utiliza en el vocabulario religioso. Se ve de este modo cómo el mismo rito judío ha sido designado de una forma literal (**eulogein**) y de una forma adaptada a la lengua griega (**eucharistein**). Semejante adaptación no ha podido hacerse más que en un ambiente griego. Nueva señal de que la segunda multiplicación nos llega de **un ambiente de espíritu griego**, mientras que el primer relato es una **tradicción que se expresó primeramente en arameo**. Pero en ambos casos nos encontramos con la misma referencia a la eucaristía; la comunidad de origen griego donde se narra la multiplicación de los panes piensa también en la eucaristía.

Los paganos:

“los que vienen de lejos”

Hay otro pequeño detalle que tiene también este mismo sentido. “*Si los despido en ayunas a sus*

casas, desfallecerán en el camino, y algunos de ellos han venido de lejos”. Estos términos nos hacen pensar en dos textos del Antiguo Testamento.

En primer lugar, en una escena bastante curiosa que se desarrolló durante la conquista por Josué de las montañas de Palestina, después de la caída de Jericó y de Ay (Jos 9, 6-9). Ante Josué y sus tropas se presenta una delegación para decirle: “Venimos de un país lejano —sus vestidos hechos jirones y las cortezas de pan seco y enmohecido que llevaban lo ponían de manifiesto—; hemos sabido que Dios está con vosotros; venimos a pedir vuestra protección”. Entonces, como vienen de lejos, como no hay por tanto peligro de dejarse contaminar por ellos a continuación —ya que nunca volverán a verlos probablemente—, se firma con ellos un tratado de paz en toda regla. Luego, cuando se ha firmado el tratado..., el relato no nos dice que aparecieron trajes de domingo bajo sus harapos, ni que en sus zurrones llevasen una cartera bien repleta, pero es lo mismo: se enteran de que son de Gabaón, esto es, de 4 a 5 kilómetros más allá. Utilizaron una bonita estrategia para conseguir una alianza con el Dios de Israel y con su pueblo. Y una vez que se había firmado el tratado, **los gabaonitas quedaron integrados en el pueblo de Dios, aunque no tenían derecho a ello**. Es una imagen bastante curiosa de la integración de los paganos en la iglesia. Y esas gentes decían: “Venimos **de lejos**”.

En el tercer Isaías, nos encontramos con la distinción entre “*los que están cerca*” y *los que son de “lejos”* (Is 60, 4). En la perspectiva del profeta, estos últimos designan a los judíos dispersos en los confines del mundo, que vuelven a reunirse con los demás cuando la restauración de Israel, en la nueva Jerusalén. Pero en la perspectiva de los cristianos de lengua griega esto significa **la anticipación de la reunión de los paganos en el único pueblo de**

¹¹ Este comienzo de la plegaria judía de bendición de la comida ha inspirado nuestro rito de ofertorio: “*Bendito seas, Señor..., por este pan que nos diste...*”.

Dios, compuesto de judíos y de paganos. Es una relectura cristiana del libro de Isaías.

Cuando nos encontramos con este mismo detalle en el capítulo 8 de Marcos, se nos ocurre pensar: cuando ellos contaban esta historia y hablaban de *“los que venían de lejos”*, esos antiguos paganos no podían por menos de pensar en ellos mismos, llegados con retraso y de lejos al pueblo del mesías de Israel. He aquí, pues, una nueva señal que vincula esta tradición a un ambiente de catequesis pagano-cristiana, griega.

¿Y los siete?

Finalmente, se plantea la cuestión: “¿Y los siete?”. Siete panes, siete canastos y no doce. Pues bien, resulta que “los siete” eran el pequeño grupo a cuyo alrededor se organizó **la comunidad de cristianos helenistas de Jerusalén**. La institución de esos siete fue un acontecimiento sumamente importante de los orígenes de la iglesia (Hech 6). Significó para ella un nuevo paso hacia adelante. **Los primeros que se dedicaron a la evangelización de los paganos fueron los siete**. Es verdad que en su relato de los Hechos, Lucas se esfuerza en señalar que el primero que bautizó a un pagano fue Pedro, en Cesarea (Hech 10-11). Pero aquél fue un hecho excepcional; fue necesaria una intervención del Espíritu Santo, una lucha a brazo partido entre el cielo y la tierra, para obtener que un pagano se bautizase. Y a Pedro le costó mucho trabajo conseguir que la iglesia de Jerusalén lo admitiera. Solamente un poco más adelante (Hech 11, 19-26), es cuando Lucas nos dice de pasada que los helenistas llegados de Antioquía se pusieron a predicar a los paganos y se llenaron de admiración al comprobar que estos paganos acogían la palabra. A partir de aquel momento, organizaron la misión entre los paganos. No fue Pedro el que organizó aquella misión, sino los siete. **Su institución fue en la iglesia primitiva una explosión de la estructura primitiva de una**

comunidad judeo-cristiana agrupada alrededor de los doce.

Entonces puede ser que este segundo relato transparente la reflexión de un ambiente de orientación helenística donde los siete tenían una gran importancia. Si no nos atrevemos a afirmarlo tajantemente, es porque el sentido simbólico de esta cifra podría explotarse en otras direcciones. En todo caso, es interesante que no aparezca aquí la cifra doce. En el nivel no ya de Marcos, sino de la tradición que él utiliza, no había por tanto ningún interés especial por los doce. Lo cual confirma que esta tradición no puede venir de la comunidad judeo-cristiana, sino de un ambiente pagano-cristiano.

¿Una sola multiplicación de los panes?

Un mismo acontecimiento, narrado en dos ambientes distintos, pudo muy bien dar origen a dos tradiciones lo suficientemente diversas para que Marcos pudiera recoger las dos, con toda la ilusión de poder producir un efecto de reduplicación.

Marcos piensa probablemente que hubo históricamente dos multiplicaciones de los panes. Después del segundo relato, Jesús recuerda a sus discípulos: “¿No os acordáis de cuando partí cinco panes para cinco mil?... ¿Y cuando repartí los siete panes entre cuatro mil?...” (8,18-20). Estas palabras suponen que hubo dos acontecimientos. Pero Marcos insiste no ya en el hecho de que hubo dos milagros, sino en el hecho de que, **a pesar de esa duplicidad, los discípulos no comprendieron**. El efecto de la reduplicación está aquí puesto al servicio de la falta de inteligencia de los discípulos.

El Espíritu Santo y la tradición evangélica

¿Se habría engañado Jesús al recordar a sus discípulos esos “dos” acontecimientos? Es necesario admitir que el redactor intervino en la formulación

de las palabras de Jesús. Esto no tiene nada de particular. ¿No nos ocurre a veces también a nosotros poner en labios de Jesús ciertas palabras que él realmente no dijo, para hacerle comprender a alguien el sentido de un pasaje evangélico? Repetimos las palabras de Jesús, pero a nuestro modo. **Cada uno de los evangelistas adaptó el mensaje a un auditorio concreto.** ¿Por qué Marcos no iba a usar la libertad que le concedía el espíritu? La tradición evangélica no ha sido concedida jamás como la repetición mecánica y literal de unas palabras registradas en una cinta magnética. El interés de la escritura no está en hacer una estricta restitución de lo que ocurrió. Son los historiadores los que intentan hacerlo, sin conseguirlo nunca. Con plena honradez frente a sus métodos, se ven muchas veces obligados a declarar: “No sabemos”. **Lo que tenemos que predicar nosotros no es la reconstrucción hecha por un historiador, sino el evangelio.** ¿Cuál es entonces el mensaje de Marcos en este lugar?

La mesa puesta para todos

“Mirad, nos dice Marcos, la mesa de Jesús está puesta para nosotros; lo que hizo por los judíos, puede también hacerlo por los paganos”. En efecto, la geografía de la segunda multiplicación de los panes no es la misma que en la primera. Observemos, en primer lugar, cómo se sitúa el relato dentro del contexto: “Por aquellos días”; una fórmula vaga para señalar que no había en la tradición ninguna indicación de fecha o de contexto. ¿Cuáles son “aquellos días”? *“Los días en que Jesús se marchó de la región de Tiro y vino de nuevo, por Sidón, al mar de Galilea, atravesando la Decápolis”* (7, 31), en pleno territorio pagano. En este contexto es donde Marcos narra la curación del sordomudo y luego la segunda multiplicación de los panes. Solamente más tarde, es cuando Jesús cambia de orilla del lago y se enfrenta con los fariseos, esto es, en territorio

judío. Si Marcos sitúa su segundo relato en tierra pagana, es para señalar que la mesa puesta por Jesús no excluye a los “que vienen de lejos”, a los paganos. **Marcos desea anticipar ya, en el propio ministerio de Jesús, la evangelización de los paganos.** Esto corresponde a su orientación misionera.

No se trata, pues, de una simple repetición: el relato da un paso más y la geografía de Marcos nos ayuda a percibirlo.

Nos encontramos también aquí con el interés de Marcos por **la formación de los apóstoles.** Jesús les enseña a abrir sus horizontes. Les enseña que **tienen a su disposición todo lo necesario para alimentar a la gente** y que no tienen derecho a arrinconarse en un sector particular. También ellos **tienen que ir a los paganos.**

La apertura a una misión universal es también la lección que se desprende de otras dos narraciones centradas en el tema del pan.

3. El pan de los hijos repartido a los paganos

Dos relatos evocan igualmente la misión a los paganos por medio de la imagen del pan compartido.

La fe de una pagana (7, 24-30)

Una mujer se acerca a Jesús para pedirle que cure a su hija. Marcos subraya que es pagana (7, 26). De ello concluye que Jesús ha ido efectivamente al territorio de Tiro (7, 24.31). Mateo, por su parte, se guarda mucho de sacar esta conclusión; puesto que Jesús no ha sido enviado “más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt 15, 24), nos dice que aquella mujer “había salido de su territorio” (Mt 15, 22).

El interés de este episodio radica en que nos ha conservado una **frase de Jesús sobre el pan**; Jesús acepta que “se comparta el pan de los hijos”, esto es, el pan reservado a los judíos, en provecho de los “perritos”, los paganos. Este hecho cobra toda su importancia si nos acordamos de que la gran discusión de la iglesia primitiva, que Pablo tuvo que mantener durante toda su vida, gira en torno a la cuestión de los alimentos. El mayor obstáculo para la fraternidad entre los cristianos de origen judío y los de origen pagano era que los primeros seguían observando las prescripciones alimenticias de la tradición rabínica. Por eso es interesante recoger este episodio en el que Jesús deja entender que **el pan** con que quiere saciar a las gentes, si es verdad que va destinado “primero” (7, 27) a Israel, lo cierto es que algún día **se distribuirá a todos**, incluso a los que vienen “de lejos” (8, 3).

La falta de inteligencia de los discípulos (8, 14-21)

Este mismo tema vuelve a aparecer en el diálogo entre Jesús y sus discípulos después de la segunda multiplicación de los panes. Jesús les dice que tengan cuidado con “*la levadura de los fariseos y la levadura de Herodes*”. La levadura era considerada como fuente de impureza y de corrupción (1 Cor 5, 6-7; Gál 5, 9) y simbolizaba para los rabinos las malas inclinaciones del hombre. Aquí designa las malas disposiciones de los fariseos que se niegan a creer y piden un signo extraordinario (8, 11-12) y las de Herodes que tiene una opinión tan aviesa de Jesús (6, 14-16). Los discípulos corren el peligro de compartir esas malas disposiciones si se hacen rebeldes a los esfuerzos de Jesús por manifestarles el sentido auténtico de la misión a que los quiere asociar.

De hecho, ellos no acaban de comprender y creen que Jesús les reprocha... que no hayan comido pan. Jesús les responde: “No habéis comprendido nada. Os andáis preguntando si tenéis pan

para vosotros, cuando acabáis de ver que lo tenéis para los demás. Acordaos de la multiplicación de los panes; incluso hubo de sobra; había muchos a los que alimentar y tuvisteis para todos...”.

Mientras Jesús acude a esta pedagogía para hacer comprender a sus discípulos cuál era su misión y la de ellos, Marcos nos lo muestra paseándose por un país pagano, como para abrirles ya (¡con cuántas dificultades!) a una misión universal. Parece como si Marcos reivindicase aquí la **autenticidad de la misión a los paganos**, frente a cierto judeo-cristianismo que le ponía dificultades. Demuestra cómo, mientras que el espacio judío se cierra a la predicación de Jesús, el mismo Jesús abre otro espacio, fuera de las fronteras del judaísmo.

Pero vamos a ver cuánto le costó a Jesús abrir el corazón de sus discípulos.

4. La curación del sordomudo (7, 31-37)

Se podría empezar por un estudio personal del texto, planteándose por ejemplo las siguientes cuestiones:

1. ¿Cuáles son los detalles que más nos extrañan a nosotros, pero que debieron parecer normales a los primeros lectores de Marcos?
2. ¿Qué sentido tiene el relato si comparamos el versículo 37 con Is 35, 3-6 y Gén 1, 31?
3. Comparar el versículo 36 con 1, 44; 5, 43 y 8, 26: ¿por qué Jesús pide secreto sólo para esos cuatro milagros? Buscar la respuesta en Mt 11, 2-5. Observar el progreso entre 7, 37 (¡detrás de 7, 36!) y 8, 29 (¡detrás de 8, 26!).
4. Comparar 7, 31-37 con 8, 22-26. ¿Cuál es el carácter de estas dos curaciones y la relación con Is 35, 3-6? Comparar con 6, 52; 7, 18 y 8, 17-18: ¿cuál es el sentido de estos dos relatos en semejante contexto?

Los relatos de milagros en el siglo I

¿Cómo se desarrolla la curación milagrosa? Se le pide a Jesús que “imponga la mano” al enfermo, y él “*le metió sus dedos en los oídos*”. Se trata de un

gesto taumatúrgico que establece un contacto físico con el enfermo. Los relatos de milagros helenísticos conocían un contacto de este tipo. En los ambientes cristianos se tiende a olvidarlo; Mateo, por ejemplo, no nos habla de ese contacto físico; basta con la palabra de Jesús. En este punto, nos sentimos en dependencia de Mateo y preferimos instintivamente su manera de contar los milagros de Jesús.

Jesús aparta al enfermo de la gente, “*a solas*”. Ya hemos visto antes esta técnica: el taumaturgo huye de las miradas indiscretas para manifestar que va a llevar a cabo un acontecimiento trascendental. Después de haber tocado los oídos del enfermo, Jesús con su saliva “*le tocó la lengua*”. Volvemos a encontrar la saliva en la curación del ciego de Betsaida (Mc 8, 23) y en la del ciego de nacimiento (Jn 9, 6). Es conocida como un medio de curación en los relatos de milagros paganos. Tácito nos cuenta cómo el emperador Vespasiano curó a un ciego humedeciendo con saliva sus órbitas.¹² Estos hechos demuestran con claridad que los relatos de milagros se arraigan en un ambiente concreto.

Jesús “*levantó los ojos al cielo*”. Aquí hay que recordar más bien la forma judía de referir los milagros realizados por los rabinos. Este gesto indica que es el poder divino el que va a realizar el milagro. Nos encontramos con este gesto en la primera multiplicación de los panes (6, 41).

Jesús “*dio un gemido*”. Este gemido no es un testimonio de compasión por el enfermo, sino un movimiento profundo de llamada a Dios, con la conciencia de una tarea difícil, de una dura oposición que vencer. Lo mismo ocurre en la curación del ciego de Betsaida; Jesús tendrá que actuar dos veces hasta conseguir que vea el ciego (8, 25). Este gemido se encuentra también en 8,12, cuando Jesús choca con la incredulidad de los fariseos. Está igualmente atestiguado en los relatos de milagros paganos.

Así, pues, **se describe a Jesús con los rasgos de un taumaturgo**, al estilo de otros muchos que había por aquella época. Este relato se relaciona con

los relatos helenistas de milagros. Ese Jesús nos desconcierta; ciertos libros de abundante éxito se empeñan en borrar esta imagen para presentarnos un Jesús más moderno, más racional. Pero ese retrato de Jesús está muy arraigado en las costumbres de aquel tiempo y no tenemos por qué sustituirlo con una imagen hecha por nosotros mismos. Seguramente quedaríamos desconcertados si viéramos una película tomada de la realidad, tal como Jesús fue de verdad. Nos extraña ese retrato de Jesús taumaturgo. Pero no les extrañaba a los primeros narradores y oyentes de este relato; al contrario, esto les permitía llegar a un conocimiento más profundo de Jesús.

¿Qué nos dice este milagro sobre Jesús?

En el versículo 37, el texto generaliza el alcance de este milagro citando al Antiguo Testamento: “*Todo lo ha hecho bien; también hace oír a los sordos y hablar a los mudos*”. El relato se aparta aquí del modelo helenista; esta generalización coloca a Jesús en un campo de visión más amplio. A los ojos de la comunidad primitiva que leía este texto, el relato permitía reconocer a Jesús por lo que es: su persona no es la de un taumaturgo cualquiera. Y la clave de la lectura cristiana tiene que buscarse en el Antiguo Testamento.

Efectivamente, se cita aquí al profeta Isaías, pero no según el texto hebreo, sino según el texto griego de los Setenta (traducción griega anterior a Jesús, utilizada por los judíos que vivían en ambientes paganos, y luego por los cristianos de origen pagano). Por consiguiente, el texto de Marcos no se ha formado en una comunidad palestinese, sino en

¹² Véase A. Duprez, *Guérisons paiennes et guérisons évangéliques: Cahiers bibliques “Foi et Vie” 9 (1970) 3-28, y el fascículo n.º 129 de “Aujourd’hui la Bible”.*

una comunidad helenista; esto explica igualmente que el relato se parezca a los relatos paganos. He aquí el texto de Is 35, 3-6 según la traducción de los Setenta: *“Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes. Decid a los de corazón intranquilo: ¡Animo, no temáis! Mirad que vuestro Dios viene vengador; es la recompensa de Dios, él vendrá y os salvará”*. Es un texto lleno de esperanza; se espera una salvación que viene de Dios. Pues bien, he aquí los signos de su llegada: *“Entonces, se despegarán los ojos de los ciegos y las orejas de los sordos se abrirán: saltará entonces el cojo como ciervo y la lengua del tartamudo lanzará gritos de júbilo”*. En el texto hebreo se emplea una palabra más común, el “mudo”, mientras que en el texto griego se trata de un “tartamudo”, palabra que en toda la biblia sólo se encuentra en dos ocasiones: en este texto de Isaías y en nuestro texto de Marcos. Por consiguiente, es cierto que Is 35, 3-6 se halla en el trasfondo de nuestro relato: Jesús realizó lo que anunciaba Isaías. En él ha venido ya la salvación. Con su obra, “Dios ha venido a traer la justicia y la salvación”. Podemos **reconocer en Jesús al salvador del final de los tiempos**. Y esto engendra la esperanza y la confianza; puesto que Dios ha empezado su obra salvífica, la proseguirá hasta su cumplimiento.

Quizá haya también una referencia al Génesis, pero más discreta, en las palabras *“Todo lo ha hecho bien”*. Puede tratarse de una alusión al relato de la creación: “Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien” (Gén 1, 31). Podría tratarse del **tema de la nueva creación**: en el judaísmo se esperaba para el final de los tiempos la restauración del esplendor del paraíso. De este modo, en Jesús se ha creado una nueva humanidad. Semejante visión de los milagros de Jesús supera con mucho la que los relatos helenistas ofrecían de los taumaturgos paganos, considerados como hombres en los que actúa una fuerza divina. No es simplemente a un hombre dotado de un poder divino lo que se contempla en Jesús, sino al **portador de la salvación definitiva de la humanidad**.

No hemos de extrañarnos de que en un ambiente pagano-cristiano semejantes alusiones al Antiguo Testamento puedan ser comprendidas por los lectores o los oyentes. Ya en el judaísmo había paganos simpatizantes a los que se llamaba “temerosos de Dios”. No se hacían circuncidar, pero escuchaban regularmente la predicación de las sinagogas. En cuanto a los cristianos venidos del paganismo, se les enseñaba el Antiguo Testamento como formando parte de la catequesis y se leía en la liturgia la ley y los profetas. No cabe duda de que Marcos sitúa adrede este milagro, que no estaba localizado ni fechado por la tradición, en el territorio pagano de la Decápolis. Esto permitía a los pagano-cristianos que lo leían identificarse con la gente que proclamaba las alabanzas de Jesús y reconocerse a sí mismos como beneficiarios de la salvación.

Manifestación mesiánica y secreto mesiánico

Pero podemos hacer también otro tipo de lectura. No ya, como en los dos párrafos precedentes, a nivel del ambiente de origen de los relatos, sino **a nivel de la redacción de Marcos**, del contexto global de su evangelio. Hay cuatro milagros, y cuatro solamente, para los que Jesús impuso la consigna de silencio: el leproso (1, 44), la niña muerta (5, 43), el sordomudo (7, 36) y el ciego de Betsaida (8, 26). Pues bien, se trata precisamente de los signos, junto con el anuncio a los pobres de la buena nueva, que Mateo presenta como prueba de que Jesús es el Cristo. *“Juan, en la cárcel, había oído hablar de las obras de Cristo (esto es, del mesías)”* (Mt 11, 2). Desea saber si Jesús es realmente el mesías que tenía que venir. Y Jesús le responde afirmativamente mencionando los signos que los judíos consideraban como signos mesiánicos, a partir de Isaías (26, 19; 29, 18-19; 35, 5-6): *“Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos*

oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la buena nueva" (Mt 11, 5). El anuncio de la buena nueva se refiere a Isaías 29, 19 y 61, 1. Pues bien, mientras que en Mateo estos milagros, en los que ven los cristianos la prueba de que Jesús es el mesías, se realizan abiertamente, en Marcos no hay derecho a hablar de ellos... Marcos no quiere que se pueda saber que Jesús es el mesías.

Sin embargo, en dos milagros (el del leproso y el del sordomudo) indica explícitamente que los agradecidos no cumplieron esta consigna de silencio y que todos se enteraron. Marcos lo señala sin duda por respeto a sus fuentes, pero también porque le interesa subrayar la popularidad de Jesús. En él se da un conflicto entre esas dos tendencias: desea manifestar, por un lado, que **en Jesús ha llegado el reino de Dios a nosotros**; mas, por otra parte, que **no conviene que la gente saque la conclusión de que Jesús es el mesías**, ya que este título es demasiado ambiguo y tiene que ser purificado, desmitologizado por la muerte en la cruz: el mesías es el crucificado. Se advertirá que, incluso cuando no se observa la consigna de silencio, la gente no consigue en Marcos deducir que Jesús sea el Cristo; admira sus obras, pero no le da el título que le corresponde; por consiguiente, queda a salvo la teoría del secreto mesiánico.

Observemos finalmente que se da una progresión entre la curación del sordomudo y la del ciego de Betsaida. Se ha roto la consigna de silencio de 7, 36 según el relato, pero la gente no saca ninguna conclusión sobre la persona de Jesús; lo único que hace es admirar su obra (7, 37). Por el contrario, no se rompe la consigna de silencio de 8, 26, pero los discípulos llegan a una conclusión sobre la persona de Jesús: "*Tú eres el Cristo*" (8, 29). No es la gente la que lo descubre, sino sólo los discípulos, y enseguida éstos reciben la orden de guardar silencio (8, 30). La confesión de fe de Pedro sirve en cierto modo de conclusión a la curación del ciego, en sustitución de las reacciones de la gente que se mencionan en otros relatos de milagros.

Falta de inteligencia e iluminación de los discípulos

Los dos milagros del sordomudo y del ciego de Betsaida están muy cercanos entre sí. Los dos se realizan mediante gestos y contactos y en ambos casos la curación parece difícil de obtener. Si recordamos que en la cita de Is 35, 5 los ciegos y los sordos se presentaban juntos, se concluirá fácilmente que estos dos milagros formaban parte al principio de una catequesis destinada a ilustrar el cumplimiento en Jesús de este anuncio mesiánico.

Marcos va más lejos. En el contexto de ambos relatos se les acusa a los discípulos de "*no ver*" y "*no oír*" (8, 18), lo cual es una forma de decir que no comprenden nada de los pensamientos de Dios (8, 21). Ya después del milagro de los panes declaraba Marcos que "*su mente estaba embotada*" (6, 52). Se trata de una expresión hebrea que quiere decir que estaban en una disposición tal que no podían comprender, que estaban cerrados a la comprensión de la voluntad divina. Este mismo término vuelve a aparecer en la enseñanza sobre la indisolubilidad del matrimonio (10, 5): Moisés os ha permitido dejar a vuestras mujeres "*teniendo en cuenta la dureza de vuestra cabeza*". En 7, 18, la expresión que se utiliza, algo diferente, equivale a lo mismo: "*¿También vosotros estáis sin inteligencia?*". En el lenguaje bíblico, los ojos, los oídos y el corazón o inteligencia van a la par. Los ojos permiten ver el acontecimiento, los oídos escuchan la palabra que se dice sobre el acontecimiento y el corazón permite comprender la voluntad de Dios.

Así, se les acusa a los discípulos a lo largo de toda esta sección (no hemos visto más que los textos principales) de no comprender. Parece como si se les asemejara a "los de fuera", a los que escuchan las parábolas sin comprender (4, 11-12). Pero mientras que Jesús les hace este reproche, **cura a un sordo y a un ciego**, lo cual se convierte en **signo de la curación espiritual de los discípulos**. De hecho, resultan capaces de decir: "**Tú eres el**

mesías". Pero su curación no es completa, ya que van a revelarse como totalmente cerrados a la nueva enseñanza que Jesús les va a dar sobre el "camino del hijo del hombre" (será la etapa siguiente). Jesús tropieza con sus oídos tapados y sus ojos cerrados; la dificultad que encuentra para curar físicamente a un sordomudo y a un ciego ilustra la dificultad de curar el corazón de los discípulos. Vemos, pues, cómo Marcos utiliza los materiales tradicionales (las prácticas taumatúrgicas) en un sentido completamente nuevo, dándoles un simbolismo.

Esto nos permite comprender la profundidad en que arraiga **la tradición litúrgica del bautismo**, concebido como una iluminación y que sigue utili-

zando el rito del *effatá*. Para su comprensión, hay que partir del texto de Isaías. En Isaías, la apertura de los oídos y de los ojos se comprendía de una manera metafórica, como un símbolo de la restauración mesiánica. Luego los cristianos la entendieron en sentido propio, viendo en las curaciones físicas hechas por Jesús la realización de aquellas promesas. Finalmente, Marcos ha vuelto a encontrar el sentido simbólico de Isaías, haciendo de los milagros los signos de una curación interior, en lo cual le ha seguido la liturgia cristiana posterior.¹³

¹³ Véase J. Delorme, Guérison d'un sourd-bègue: *Assemblées du Seigneur* 54 (1972) 33-44.

Sentido actual de los relatos de milagros

Nos damos cuenta actualmente de que los milagros de Jesús tienen que situarse dentro del contexto de una actividad taumatúrgica más general; entre los judíos y entre los paganos había también exorcistas y curanderos. Y resulta que las narraciones evangélicas de milagros están redactadas de una forma parecida a la de las narraciones paganas, que se utiliza el mismo esquema general de exposición y otros muchos elementos análogos (contactos, fórmulas secretas, separación de las gentes, etc.). Sin embargo, los relatos evangélicos son mucho más discretos que los relatos paganos y tienen todos ellos un sentido cristológico: nos dicen de la persona de Jesús algo distinto de lo que dicen de los taumaturgos los relatos paganos.

Y ¿qué es lo que nos dicen? No ya que Jesús sea Dios. El milagro por sí mismo no es un signo de la divinidad del que lo realiza (Elías, Eliseo, etc.). Por otra parte, a Jesús nunca se le llama Dios en el Nuevo Testamento, sino hijo de Dios; Jesús reivindica una relación única con el Padre, pero no se presenta jamás como Yavé que ha venido entre nosotros. Sucede a veces que el milagro realizado por Jesús es invocado en apoyo de la credibilidad de sus palabras, por ejemplo cuando se atribuye una autoridad divina para perdonar los pecados, pero es a su palabra a la que pide que crean. Por sí mismo, el milagro no lo prueba.

En la tradición evangélica, los milagros aparecen de dos maneras: en los relatos de milagros que, desde luego, no fueron contados por el propio Jesús, sino por los cristianos, y en las palabras de Jesús sobre los milagros, en las que se muestra a veces muy reservado. Jesús se niega a hacer milagros, se queja de que le pidan que los haga o de la inutilidad de los que ha hecho (Mc 8, 12; Mt 11, 6; 11, 21-24; Lc 11, 29-32; véase Jn 2, 23-25; 4, 48; 6, 26-27).

Nosotros no tenemos la misma mentalidad que los hombres del siglo I. Solamente a partir del siglo XIX, es cuando se ha empezado a pensar en la posibilidad de una explica-

ción racional de todo lo que ocurre en el mundo. Y nos hemos puesto a definir el milagro como una excepción de las leyes de la naturaleza. Esta definición se ha revelado demasiado corta. Y empeñarse en aplicarla a los milagros del evangelio es cometer un enorme anacronismo. Nadie se preocupaba de las "leyes de la naturaleza" en el siglo I. Nuestra mentalidad no es la misma, de forma que para nosotros los milagros del evangelio son más bien un objeto de fe que un signo para ayudarnos a creer. En todo caso, los relatos evangélicos son más propios para alimentar nuestra fe que para servirle de fundamento. Es cierto que ninguno de nosotros ha venido a la fe por haber podido constatar la realidad de los milagros evangélicos. Creemos en Jesús porque esto cambia nuestra vida, porque el anuncio hecho por la iglesia del Cristo resucitado da un sentido nuevo a todo lo que vivimos y suscita nuevos signos legibles para nuestra fe.

Jesús ejerció ciertamente una actividad taumatúrgica y aquello tuvo importancia para la fe en él hace 2.000 años. Pero hoy nuestra fe no se basa en los mismos signos de credibilidad. Y para leer con fruto los relatos de milagros, para descubrir la revelación que contienen sobre Jesús, es preciso haber progresado ya hacia él de otra manera, a través del testimonio de la iglesia de hoy. Los milagros de Cristo nos hacen comprender en verdad lo que él quiere realizar en el corazón de los creyentes. En este sentido es como los milagros resultan hoy importantes para nosotros.

Véase A. Duprez, *Les miracles évangéliques peuvent-ils avoir un sens aujourd'hui?*: Assemblées du Seigneur 54 (1972) 45-50 y el fascículo n.º 129 de *Aujourd'hui la Bible*; P. Ternant, a. *Milagro*, en X. Léon-Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*. Herder, Barcelona 1967. 467-473.

4.^a ETAPA

EL CAMINO DEL HIJO DEL HOMBRE DESDE LA PROFESION DE FE DE PEDRO HASTA LOS ANUNCIOS Y LA PROXIMIDAD DE LA PASION (8, 27-10, 52)

Con la profesión de fe de Pedro y el anuncio que hace Jesús de su pasión (8, 27-33), llegamos a una nueva sección del libro. En ella abundarán las enseñanzas de Jesús. La gente no desempeñará ya más que un papel muy restringido. El anuncio de la

pasión y de la resurrección por tres veces puede servirnos para distribuir este conjunto y dividirlo en tres partes. Cada una de estas veces, el anuncio de la pasión y de la resurrección introduce una catequesis dirigida a los discípulos.

a) La profesión de fe de Pedro y el primer anuncio de la pasión y de la resurrección (8, 27-9, 29)

Hemos llegado a un nuevo episodio eje en el libro de Marcos. Jesús está solo con los discípulos, lo mismo que en 3, 13-19 y en 6, 7-12. Se distingue fácilmente en este texto:

● **la doble pregunta de Jesús:** “¿Quién dicen los hombres que soy yo?”, y luego: “¿Y vosotros quién decís que soy?” Se ponen en contraste de esta forma las opiniones diversas de la gente (“eres Juan bautista..., Elías..., uno de los profetas...”) y la confesión de fe de los discípulos que tienen a Pedro de portavoz (“Tú eres el Cristo”). En cierto modo, todo lo que precede en el libro tiene aquí su conclusión y la etapa anterior desemboca naturalmente en ésta.

● **la enseñanza de Jesús sobre su persona:** “El hijo del hombre debía sufrir mucho...”; luego, la reprimenda de Jesús por parte de Pedro que merece a su vez el reproche del maestro: “Tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”.

1. “¿Quién soy yo?” (8, 27-33)

Es la primera vez que Jesús provoca a sus discípulos para que expresen claramente su parecer sobre él. Pedro lo hace en nombre de los demás.

Profesión de fe de Pedro (8, 27-30)

Pedro da aquí a Jesús el primero de los dos títulos que hemos encontrado en la confesión de fe cristiana del comienzo del libro: “Evangelio de Jesucristo, hijo de Dios”. Se trata, pues, de una etapa importante en este debate sobre la persona y la misión de Cristo, que constituye el evangelio de Marcos. Conviene tener en cuenta las opiniones de la gente; clasifican a Jesús, desde el punto de vista de la fe judía, entre los más grandes: Juan bautista, Elías, los pro-

fetas. Colocar a Jesús entre los profetas es decir que tiene una misión divina. Ver en él a Elías es hacer de él el mayor de los profetas, el que tiene que prece-der directamente al final de los tiempos, para res-taurarlo todo. Por consiguiente, las gentes han lle-gado a una conclusión importante, que no hay que minimizar. Pero la confesión de fe de Pedro va mucho más lejos y sólo los discípulos son capaces de dar ese paso: “¿Quién soy yo para vosotros, para los que me habéis acompañado desde el principio, para los que han recibido el misterio del reino de Dios?”. *“Tú eres el Cristo”*. Los profetas eran etapas a través de las cuales Dios conducía a la historia a su cumplimiento; pero Cristo es aquel por el que se da cumplimiento a la historia. Entonces, *“les mandó enérgicamente”* que a nadie hablaran acerca de él. **Ese título no revelará su verdad más que a través de la pasión y de la resurrección.**

Cuando nos encontramos con una consigna de silencio en Marcos, es señal de una revelación importante, pero que no hay que divulgar todavía. Habrá que aguardar hasta pascua para que encuentre todo su sentido. **Será preciso que Jesús pase por la muerte para que se manifieste su identidad.**

Un mesías que tiene que morir (8, 31-33)

Por eso Jesús empieza ahora a enseñar a los dis-cípulos lo que concierne a la pasión y a la resurrección del hijo del hombre. Pero no acaba de enten-derse esa enseñanza. Y no solamente por Pedro, que no es más que el portavoz de los discípulos; cuando Jesús reprende a Pedro, se vuelve hacia los discípulos. En la persona de Pedro, les recuerda su condición de discípulos: *“ir detrás”*. En vez de poner obstáculos en el camino (“Satanás”), tienen que seguir a Jesús por el camino que Dios les traza. Jesús denuncia en ellos la fuente de su oposición a sus enseñanzas: sus pensamientos son pensamien-tos humanos, no se colocan en la perspectiva de la

voluntad de Dios para definir la obra del mesías. El mesías que ellos esperan es un mesías humano, vis-to con ojos de hombres.

Así empieza el **debate central del libro**. Se trata nada menos que de **la interpretación correcta de la misión de Jesús según la concepción de Dios.**

“Hijo del hombre”

El título de hijo del hombre sustituye aquí al mesías. Esto no significa que Jesús prefiera el pri-mer título al segundo: “¿Decís que soy el mesías? No; yo soy el hijo del hombre”. Eso sería una inter-pretación falsa. El problema está en que el título de mesías es prematuro. No puede ser portador todavía de lo que la fe cristiana tiene que poner allí. Enton-ces Jesús se designa, según Marcos, con un título que no tiene ningún alcance especial para sus lecto-res. Evita los títulos cargados de sentido de la confe-sión de fe cristiana de su tiempo: Cristo, hijo de Dios. Para los lectores de Marcos, “hijo del hombre” es una designación arcaica de Jesús, que tiene cier-to aire más bien antiguo. Es un título que se emplea-ba al comienzo del cristianismo, cuando no había aún más que una comunidad judeo-cristiana. Pero en tiempos de Marcos esa designación había perdi-do ya mucho de su valor. Se la comprendía como la manera con que Jesús se designaba a sí mismo.

Al comienzo del cristianismo, los judeo-cristianos concibieron la obra de Jesús a partir de ese título de hijo del hombre. Para ellos, resultaba sumamente significativo, ya que se acordaban del hijo del hom-bre del libro de Daniel (7, 13-14). Se reconocía de esta manera **en el crucificado a aquel por quien iba a realizarse el juicio de los hombres**. Aquello iba demasiado lejos. Quedan todavía huellas de esa concepción primitiva en ciertos pasajes de los Hechos de los apóstoles (por ejemplo 3, 20-21; 7, 55-56; cf. también 1 Tes 1, 10; 4, 16-17). Pero lue-go, entre las comunidades cristianas helenísticas,

aquel título fue perdiendo interés y se vio suplantado por otros, sobre todo por el de “hijo de Dios”. Pablo influyó mucho en esta evolución. Más tarde todavía, los padres de la iglesia acabaron perdiendo todo su contenido e interpretaron ese título a partir de la manera griega de pensar; para ellos, el hijo del hombre equivale al hombre verdadero, al representante de la humanidad. Pero no era eso lo que interesaba en el título, tal como lo emplearon Jesús y los primeros cristianos de Jerusalén. Para ellos, lo que importaba era **el origen celestial del hijo del hombre y la obra divina que iba a realizar**.

Cuando se encuentra el título de hijo del hombre en la tradición sinóptica, conviene pensar por consiguiente en un arcaísmo de las palabras que se recogen; se trata en ese caso de una tradición que se remonta a los orígenes de la fe cristiana y muchas veces a las palabras mismas de Jesús.¹⁴

El camino doloroso hacia la gloria; anuncios de la pasión

Así, pues, este pasaje 8, 27-33 expone el punto central del debate que va a desarrollarse hasta la entrada de Jesús en Jerusalén. Esta sección acaba en 10, 52. Puede dividirse en torno a los tres anuncios de la pasión y de la resurrección (8, 30-33; 9, 30-32; 10, 32-34), de los que el último contiene muchos más detalles que los dos anteriores: Marcos señala el lugar donde va a ocurrir aquello —Jerusalén— y las afrentas que Jesús tendrá que sufrir: “*le entregarán a los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán*” (10, 34). Se da, por tanto, un crescendo a lo largo de esta sección.

El hecho de que se repita por tres veces esta misma enseñanza demuestra que es la que da el tono a esta sección. Los términos de estos anuncios son muy parecidos a las primeras confesiones de fe cristianas, a eso que se llama **el kerigma primitivo**, esto es, el resumen de lo que los cristianos decían cuando anunciaban a Jesús: “murió y resucitó”. En cada ocasión se menciona a la resurrección después

de la pasión. El título de “Cristo” supone la **gloria** de Jesús. Pedro lo proclamó a partir de los hechos que manifestaban su poder; ahora se insiste en el **camino** que lleva a la gloria del Cristo. La gloria está siempre presente, pero ¿cuál es el camino que conduce a ella? Es la pasión, la cruz, la repulsa, los ultrajes, la muerte ignominiosa, seguida de la resurrección.

En cada ocasión, **estos anuncios acaban con una enseñanza dirigida a los discípulos, íntimamente ligada al tema del seguimiento de Jesús**. No se da ningún cambio de escena entre 8, 31-33 y 8, 34-9, 1; del mismo modo, 9, 30-32 continúa con 9, 33-37; y 10, 32-40 forma un solo conjunto. Estas enseñanzas se dirigen a los que siguen a Jesús o desean seguirle; por consiguiente, el misterio de la pasión-resurrección no se enseña únicamente por sí mismo, como una revelación de la misión de Jesús, sino para anunciar a los discípulos la manera de seguirle. En ese camino que pasa por la pasión para conducir a la resurrección, Jesús no está solo; **no hay ningún otro camino más que éste, tanto para los discípulos como para él**. Así, pues, en esta sección es donde Marcos encierra la mayor parte de sus enseñanzas sobre la conducta práctica de los discípulos, sobre **las exigencias existenciales que supone la fe en Jesús crucificado y resucitado**.

Será importante en el curso de esta sección observar bien al auditorio de Jesús. La mayor parte de las veces Jesús está solo con sus discípulos, a los que excepcionalmente se les llama “los doce”. También de una forma excepcional interviene la gente (8, 34; 9, 14; 10, 1), bien sea para escuchar las enseñanzas junto con los discípulos, o bien porque Jesús reserva ciertas precisiones para los discípulos en la casa (10, 10). Más adelante, veremos el significado de estas diferencias.

¹⁴ Véase el Cuaderno “Evangile” n.º 16, El hijo del hombre, escrito por J. Delorme.

2. Primera instrucción de Jesús a los discípulos (8, 34-9, 1)

Se reúnen aquí, con vistas a la catequesis, algunas de las frases de Jesús que Mateo y Lucas sitúan en otros contextos (cf. Lc 14, 27; 17, 33; 12, 9) y que Jesús pronunció sin duda en momentos diversos.

La paradoja del evangelio

Marcos empieza con una frase incisiva, asestando un golpe al ánimo del lector: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”*. Luego, el tono se vuelve más persuasivo; se discute para demostrar que eso vale la pena. La primera frase puede parecer una tautología: *“Si alguno quiere venir en pos de mí..., sígame”*. Pero entre esos dos términos hay una precisión: antes de decidirte a ser mi discípulo, mira a quién tienes que imitar y demuestra que eres capaz de hacerlo. ¿Qué es lo que hay que hacer? Renunciar a sí mismo y tomar la cruz. Eso tiene una cara interior (renunciar a sí mismo) y una cara exterior (tomar la cruz); son dos aspectos de una misma decisión.

Fijaos cómo la gente es llamada al mismo tiempo que los discípulos para escuchar esta exigencia de Jesús (8, 34). Esto no significa que haya dos categorías de cristianos: los discípulos llamados a una mayor exigencia, y la masa. Las condiciones para ser discípulo de Jesús son proclamadas públicamente. Debe ser un hecho conocido para todos, el que los candidatos (y también los hay en la gente) a seguir a Jesús tienen que hacer profesión de seguirle tomando la cruz.

La continuación del discurso explica en qué consiste esto. Renunciar a sí mismo es negarse a salvar el pellejo a toda costa. **Tomar la cruz es aceptar perder la vida por causa de Jesús y del evangelio**. Es fácil de ver la situación concreta a que se alude: la de las persecuciones, que pueden llevar a los discípulos hasta el sacrificio de sus vidas, por fide-

dad a Jesús y al evangelio. Resulta peligroso seguir a Jesús; por tanto, hay que decidirse a ello con todo conocimiento de causa.

Pero una idea nueva introduce una inversión de valores: *“Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará”*. Si Jesús exige que se pierda la vida, es porque tiene poder de salvarla y ése es el único medio de salvarla. Por tanto, la perspectiva no es únicamente la de la pasión, sino la de la resurrección, tanto para los discípulos como para Jesús. Esto implica evidentemente una cuestión esencial: **¿quién es entonces Jesús** para hablar así?

Se vuelve enseguida a un nivel de razonamiento más humano, un razonamiento de sentido común: **“¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida?”**. Uno se lanza a una aventura extraordinaria, conquista el mundo entero..., pero deja allí su pellejo; ¿de qué le ha servido? Podéis pensar en Alejandro Magno, o en la *Tête d’Or*, de Claudel. El que ha perdido su vida, ¿qué puede dar por ella?, ¿con qué podrá pagar su devolución? ¡Es imposible! La vida es lo más precioso que se tiene. Entonces, ¡procurad no perderla! Pues bien, yo os doy un medio para salvarla, a saber, que la perdáis por el evangelio.

Esa es **la paradoja del evangelio**. Se pasa a un nivel distinto. Se estaba en un razonamiento muy humano y de pronto Jesús nos dice: **Para salvar la vida, el único medio es morir mártir**. Del mismo modo, para Cristo el único modo de tener su poder de Cristo es pasar por la cruz. Esa es verdaderamente la razón de Cristo, su dialéctica; se sitúa en un razonamiento sapiencial, en ese estilo tan concreto del Antiguo Testamento, y de pronto se pone en otro nivel.

Jesús, el juez del final de los tiempos

Encontráis a continuación la respuesta a la cuestión que se planteaba: “¿Quién es Jesús para tener

tales exigencias?” Se nos dice en el versículo 38, en donde se alude a una situación de persecución: *“Quien se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles”*.

Jesús es **el hijo del hombre escatológico, aquel de quien depende el juicio de cada uno de los hombres**. Volvemos a encontrarnos aquí con la fe arcaica de la comunidad primitiva, en donde la obra de Jesús se concibe en función del libro de Daniel. Así, pues, Jesús se atribuye un poder extraordinario, y esto sin dar ninguna prueba, ningún signo. **Hay que creerlo por su palabra**. Al mismo tiempo que arcaica, la cristología que se desprende de este pasaje es muy precisa, porque Jesús habla de **su Padre**. Es precisamente por ese poder extraordinario que Jesús reivindica como hijo del hombre por lo que han podido atribuirle los cristianos el título de hijo de Dios.

Este conjunto está, pues, muy bien construido, pero su lógica supone un contexto muy preciso: el de una catequesis postpascual en tiempos de persecución.

El final de los tiempos está cerca

Este trozo termina en 9, 1: *“Les decía también: Yo os aseguro que entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean venir con poder el reino de Dios”*. Esta frase resulta extraña para nosotros. El contexto favorece la siguiente interpretación: Jesús habla de la venida del hijo del hombre en la gloria de su Padre con los santos ángeles. La construcción misma (*“les decía también”*) demuestra que se ha recogido una palabra de Jesús procedente de otra parte para añadirla a lo que precede.

Por tanto, se trata en este contexto de la proximidad de la parusía; algunos pueden esperar ver el regreso de Cristo sin saborear la muerte. Esto nos

obliga a tomar en serio la espera de ciertos ambientes cristianos primitivos, espera que compartía el mismo Pablo (véanse las cartas a los tesalonicenses). Pero luego Pablo evolucionó hasta decir: *“Para mí, la vida es Cristo y la muerte una ganancia...; deseo partir y estar con Cristo”* (Flp 1, 22-23).

Jesús no fingió que era hombre

Nosotros hemos perdido la dimensión “tiempo”; nos hemos hecho irrealistas e intemporales. Nos hemos escandalizado de ver que no se ha dicho todo desde el principio, que ciertos aspectos de la revelación sólo se han ido descubriendo progresivamente, gracias a la experiencia espiritual de la primera y luego de la segunda generación cristiana. Sin embargo, es algo perfectamente normal: Jesús tenía que dirigirse a los hombres de su tiempo, en función de su espera. Lo anormal habría sido que hubiese hablado en su época para los que vivimos en el siglo XX. Se dirá que Jesús se ha engañado entonces. En primer lugar, ignoramos en qué circunstancias pronunció la frase que Marcos recoge en este contexto. Por otra parte, si habla en conformidad con las esperanzas de ciertos ambientes judíos que esperaban la venida inminente del reino de Dios, no es un engaño afirmar una esperanza cierta. La espera se afirma siempre en función del presente y su expresión se va modificando a medida que cambia la experiencia. De espera provisional en espera provisional, el hombre se va poniendo en camino y avanzando. Lo mismo ocurre con la fe (cf. Heb 11). Además, al afirmar la imposibilidad de fijar una fecha precisa para la venida del hijo del hombre (Mc 13, 32), el propio Jesús abría margen a la posibilidad de distinguir entre la certeza de la esperanza del reino de Dios y los posibles plazos de su cumplimiento. En todo caso, esto demuestra que **Jesús no fingió que era hombre**; el tiempo marca con su cuño las palabras que pronunció y que siguen siendo, a pesar de eso, la luz de nuestra fe y de nuestra esperanza.

Los diversos niveles de interpretación de las palabras de Jesús

Planteamos cuestiones falsas cuando nos olvidamos de que la condición humana es una condición de progreso. Releemos y adaptamos, en función de las condiciones del tiempo en que vivimos, lo que fue dicho por Jesús. Por ejemplo, aquella palabra suya: "Hay aquí algunos presentes que no morirán hasta haber visto venir el reino de Dios con poder", es citado por Mateo de la siguiente forma: "Entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean al hijo del hombre venir en su reino" (16, 28). Es posible que Mateo piense que esta venida se inauguró con la resurrección de Jesús (cf. Mt 26, 64 y 28, 18; en 13, 37-43 está presente el reino del hijo del hombre). Con la resurrección, empezó a realizarse el programa escatológico de Jesús. Pero esta forma de comprender la palabra de Jesús no es la de Marcos. ... De hecho, no podemos llegar hasta la palabra de Cristo más que a través de las comprensiones diferentes de quienes nos la refieren, a través de las interpretaciones que hacen de ella en función de los diversos problemas que se planteaban.

¿Cuál es entonces el verdadero Jesús? ¿El de Mateo, el de Marcos, el de Lucas, el de Juan? La crítica no puede decidir esta cuestión. Es preciso verlo todo junto, ya que la revelación se ha formulado en el tiempo. **Jesús habló para la gente de su tiempo**, no por táctica, sino por necesidad. Hemos de tener el coraje de reconocerlo: **Jesús, desde el punto de vista humano, es un hombre del pasado**, precisamente por eso fue por lo que tuvo que morir. Pero, después de su muerte, **la revelación ha continuado por medio de la resurrección, por el don del espíritu, por la**

difusión del evangelio, por la fundación de las iglesias. Las palabras de Jesús han sido leídas y releídas en función de un presente nuevo. En el cuarto evangelio se encuentra el principio que ilumina esta experiencia de las iglesias: "El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho... Mucho podría deciros aún, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa" (14, 26; 16, 12-13).

Se puede intentar una reconstrucción de lo que sucedió históricamente, con una gran parte de hipótesis. Desde ese punto de vista, no hay ninguna incoherencia entre la esperanza compartida por Jesús de una proximidad del reino de Dios y esa afirmación de que él "ignora el día y la hora". Lo espera para pronto, pero no sabe el momento preciso; por consiguiente, es preciso convertirse y actuar cuanto antes. Eso es lo que importaba que admitieran sus oyentes.

Más tarde fue en esa afirmación de la ignorancia del día y de la hora donde se apoyaron los cristianos. Pablo, por ejemplo, se aprovechó de ella para superar el bloqueo que comprobaba entre los cristianos. Algunos decían: "Ya está muy cerca; no vale la pena que hagamos nada". Pablo les responde: "¡No! ¡Vosotros no sabéis el momento!" (1 Tes 5, 1-3; 2 Tes 2, 1-3; 3, 11-12). Finalmente, gracias a esta ignorancia, se dio un paso más y se despojó la espera del reino de Dios de todo un andamiaje que tenía su origen en la escatología judía, pero que no pertenecía a la sustancia misma de la enseñanza de Cristo.

3. La gloria como término del camino doloroso; la transfiguración (9, 2-13).

En los relatos de la transfiguración, volvemos a encontrarnos con los tres testigos de la resurrección de la hija de Jairo: Pedro, Santiago y Juan. Volverán a estar luego en Getsemaní. Entre estos tres cuadros hay cierto parentesco. El primero manifiesta el poder de Jesús sobre la muerte; la transfiguración es una anticipación de la gloria de la resurrección; la agonía, en contraste total, demuestra la manera como avanza Jesús hacia su gloria, esto es, aceptando plenamente entrar en la voluntad de Dios. Es interesante percibir este vínculo para comprender el alcance de estos textos.

Una manifestación fugitiva

El interés de la transfiguración en la pedagogía de Marcos radica en el hecho de que la voz celestial que designa a Jesús como "*hijo amado*" se dirige no ya solamente a Jesús —como en el bautismo—, sino a los tres que están allí. Además, esta revelación va acompañada de la recomendación: "*Escuchadle*". De esta forma, la palabra del Padre viene a apoyar la enseñanza de Jesús sobre la pasión y la resurrección del hijo del hombre. En esta perspectiva, **la transfiguración aparece como una manifestación anticipada de la gloria del hijo del hombre**. Pero, como no se ha realizado todavía la pasión, esta manifestación no puede ser más que fugitiva. Es lo que subraya la reflexión de Pedro, al que le gustaría que durase aquella manifestación y que para eso propone construir tres tiendas, o mejor dicho, tres chozas. Pedro cree que "ya llegó" lo que se esperaba. Pero la nube no es más que provisional y pronto habrá que volver a la condición terrena, a la lucha; **hay que seguir el camino en la noche, detrás de Jesús**.

Las chozas hacen probablemente alusión a **la fiesta de los tabernáculos**, fiesta de otoño, en la que los judíos vivían durante ocho días en chozas hechas de ramaje, para recordar la marcha del pueblo por el desierto, esperando entrar en la tierra prometida. Aquella era por excelencia **la fiesta de la esperanza** para los judíos. Festejar los tabernáculos con Moisés y con Elías no podía ser más que un signo de la llegada inminente del reino de Dios. Pero Pedro tenía que volver a pisar tierra.

De este modo, la transfiguración restablece el equilibrio. Los anuncios de la pasión habían insistido en el sufrimiento, aunque sin olvidar la resurrección. La transfiguración insiste en la gloria, pero sin olvidar el camino que conduce hasta ella.

Un secreto: la falta de inteligencia de los discípulos

Pero esta visión y la revelación divina que han recibido tienen que guardarla en secreto hasta el día de la resurrección: "*Ellos observaron esta recomendación, discutiendo entre sí qué era eso de resucitar de entre los muertos*" (9, 10). Esto nos resulta extraño, ya que no se nos presenta a los discípulos como a aquellos saduceos que negaban la resurrección, sino como a personas que compartían la esperanza judía de la resurrección de los muertos. Pero lo que no comprenden es qué es lo que puede significar esto para el mesías, para el hijo del hombre. No les cabe en la cabeza que el mesías pueda conocer la muerte; aquello es lo que constituye para ellos un escándalo y la razón de su desconcierto.

Como Elías - Juan bautista, hay que pasar por la muerte

"*Y le preguntaban: ¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?*" Los discípulos se colocan entonces en el marco de la enseñanza judía tradicional. Están con el mesías y acaban de ver a Elías. Pero Elías ha desaparecido. ¿Cómo se dice

entonces que tiene que “venir primero”? Jesús les responde: “*Elías vendrá primero y restablecerá todo*” (Jesús no hace más que recoger aquí la enseñanza tradicional); pero añade una objeción: “*Mas, ¿cómo está escrito del hijo del hombre que sufrirá mucho y que será despreciado?*” Si Elías lo ha puesto todo en orden antes de la venida del hijo del hombre, ¿cómo es que éste tendrá que sufrir? Jesús añade: “*Pues bien, yo os digo que Elías ha venido ya y han hecho con él cuanto han querido, según estaba escrito de él*”. Elías ha venido, pero no como se le esperaba; se vio entregado a los malos tratos de sus enemigos. Jesús aquí no puede aludir más que a Juan Bautista (como señala Mateo), y se comprende por qué Marcos se tomó la molestia de narrar previamente el asesinato de Juan Bautista. En la catequesis de Jesús a sus discípulos y en la catequesis de Marcos a sus lectores, la transfiguración no es narrada por sí misma, sino para demostrar que hay que pasar por la cruz.

Habitualmente, las traducciones de este texto no permiten seguir de cerca la lógica de la argumentación de Jesús, que pone aquí en discusión la enseñanza judía tradicional. Se esperaba a un Elías victorioso y Jesús habla de Juan Bautista, asesinado por Herodes. Esta reinterpretación de la misión de Elías tiene que remontar necesariamente a Jesús; sólo él podía trastornar tan radicalmente las concepciones tradicionales. Nunca hubieran podido hacerlo los discípulos. Y Jesús quiere demostrar con ello que lo mismo habrá de ocurrir con **la llegada del reino de Dios**; no hay que esperarla en el triunfo, sino **más allá de la cruz**.

Una visión de los discípulos

No hay que comprender el acontecimiento de la transfiguración como lo hacen algunos, como si Jesús se hubiera aparecido excepcionalmente en esta ocasión con el cuerpo que convenía al hijo de Dios. Su razonamiento es el siguiente: habitualmen-

te, Jesús habría ejercido sobre sí mismo una especie de censura, impidiendo que apareciera externamente su divinidad. Pero esta vez se dejó ver tal como era en sí mismo. No es esto lo que nos dicen los textos. Según ellos, se trata de una **visión** de los discípulos. **Delante de ellos** se transfigura Jesús. Es desde su punto de vista como se efectúa el cambio, la “metamorfosis” de que nos habla el texto griego. También nos dice que se **les** aparecieron Moisés y Elías. Por tanto, el texto está escrito desde su punto de vista de videntes, lo cual no impide que se trate de una visión objetiva. Se subraya, por otra parte, que Pedro estaba en una especie de éxtasis: “*No sabía lo que decía, pues estaban espantados*”. En este contexto se trata de un espanto sagrado, que invade al hombre visitado por lo divino y separado de sus condiciones habituales de vida y de conocimiento. En cuanto a los vestidos blancos, su significación está muy clara para la mentalidad judía: es el signo de la gloria celestial, la que se manifestará cuando la venida del hijo del hombre “con las nubes del cielo”. Marcos se muestra, por otra parte, discreto, ya que no habla más que de los vestidos y no del rostro, como Mateo y Lucas.

Es una pena que la lectura litúrgica se detenga en el versículo 10, omitiendo la discusión sobre Elías (9, 11-13), ya que de esta forma queda falseada la perspectiva de Marcos. Si él refiere el acontecimiento, no es tanto para señalar que Jesús es un personaje celestial, como para inculcar enérgicamente su vida central: **no se va a la gloria más que entregando la vida**.¹⁵

4. La curación de un poseído (9, 14-29)

El relato de la curación de un niño poseído por el demonio opone el poder de Jesús a la impotencia de

¹⁵ Véase X. Léon-Dufour, *La transfiguración de Jesús, en Estudios de evangelio, 77-118*.

los discípulos, que no consiguen librar al endemoniado de su espíritu mudo. Cuando Jesús habla de una "generación incrédula", parece como si aludiera al mismo tiempo a la gente y a los discípulos. Por otro lado, es al padre del niño, y no a los discípulos, al que va a pedir una confesión pública de fe, diciéndole: *"Todo es posible para quien cree"*; en otras palabras (así es como hay que comprender el texto griego), todo es posible para Dios en favor del que cree. El poder de Dios responde siempre cuando está presente la fe.

Tenemos a continuación un diálogo entre Jesús y los discípulos, *"después de entrar en la casa"*. No es a los doce en cuanto tales a los que se dirige Jesús, sino a sus discípulos. Afirma que el poder de realizar milagros se les ha dado a todos ellos. Tienen que

saber que **su oración es más poderosa de lo que creen**. Jesús considera como normales las manifestaciones del poder de Dios concedidas a los discípulos, por causa de su oración hecha en la fe. Y esta oración, como es lógico, no es un monopolio de los doce, en cuanto que aseguran una función especial entre los discípulos de Jesús, sino que puede ser patrimonio del más sencillo de los fieles. Esta enseñanza sobre el poder de la oración y de la fe volverá de nuevo en el capítulo 11 (la higuera estéril). Podía estar ya presente en el relato de la tempestad calmada, cuando Jesús les reprochó a los discípulos que no tenían fe, esto es, que no habían calmado ellos mismos la tempestad, así como también en la multiplicación de los panes, cuando les dijo a los discípulos que "les dieran ellos mismos de comer".

b) El segundo anuncio de la pasión y la vida cristiana (9, 30-10, 31)

El segundo anuncio de la pasión va seguido, como el primero, por una charla con los discípulos.¹⁶

1. Anuncio de la pasión e instrucción a los discípulos (9, 30-50)

Instrucción a los "discípulos" (versículo 31), que en el versículo 35 se convierten en "los doce"; tendremos que buscar la causa de esta sustitución.

La conversación ha sido provocada por una discusión de los discípulos entre sí sobre el problema de saber quién era el más grande (9, 33-34), después de que Jesús acababa de anunciarles su pasión y su resurrección (9, 30-31). *"Pero ellos no*

entendían lo que les decía y tenían miedo de preguntarle" (9, 32). Les interesan más las cuestiones de la primacía. Es una buena prueba de su incompreensión ante Jesús.

Las palabras siguientes de Jesús parecen deshilvanadas. No hay ningún vínculo lógico entre ellas. Tienen con frecuencia el aspecto de afirmaciones generales, breves e incisivas. Parece como si estuvieran **agrupadas según un procedimiento mnemotécnico**, corriente en las civilizaciones orales, que consiste en unir dos frases independientes mediante una palabra que se utiliza en las dos (procedimiento de "palabras-gancho").

¹⁶ Véase J. Delorme, *Jésus enseigne ses disciples: Assemblées du Seigneur 57 (1971) 53-62.*

Jesús habla de acoger a un niño en su **nombre** (9, 37). Esa palabra suscita el recuerdo de otro episodio en que se trata de expulsar a los demonios en su **nombre**. La palabra "nombre" vuelve a aparecer en el versículo 41 (esto sólo se aprecia en el original griego; literalmente, habría que leer: "...por el **nombre** de que sois de Cristo", esto es, por el nombre de cristianos que lleváis). Luego, en el versículo 42, la palabra **pequeño** se pone en oposición a la palabra **grande** del versículo 34. Más tarde, es la palabra **escándalo** la que relaciona a los versículos 42 y 43; a continuación, la palabra **fuego** en los versículos 48 y 49; finalmente, la palabra **sal** en los versículos 49 y 50. Por consiguiente, no hemos de buscar un encadenamiento lógico en el discurso, lo cual no impide que todas estas frases, dentro del contexto del libro, tengan entre sí cierta unidad que debemos buscar.

Se podría empezar por un estudio personal de este texto (9, 3-50) planteándose, por ejemplo, las cuestiones siguientes:

1. ¿Qué relación hay entre 36-37 y 35? Comparar el versículo 37 con Mt 10, 40. ¿Qué observáis y qué os sugiere la diferencia dentro del parecido?
2. ¿Qué relación veis entre los versículos 41 y 37? Comparad con Mt 10, 40-42.
3. ¿Hay algún vínculo entre los versículos 42 y 41? ¿De quién se habla?
4. ¿Qué pensáis del versículo 40? Comparadlo con Mt 12, 30. ¿Se iluminan los versículos 38-40 a partir del 35?
5. ¿Cuál es la relación entre los versículos 33-35 y la última frase del versículo 50? Buscad allí el horizonte de las frases comparadas en los versículos 36-50 y señalad su vínculo con los versículos 30-32.

El más grande y el niño (9, 33-37)

Caemos muchas veces en una trampa cuando pensamos que la respuesta a la cuestión de quién es el mayor es: "Hacedos pequeños como un niño". Esa es la interpretación de Mateo (Mt 18, 24), pero no la de Marcos. En Marcos, la respuesta a esta pregunta se nos da en el versículo 35: "*Si uno quiere ser el*

primero, sea el último de todos y el servidor de todos". Luego, rodeando de afecto a un niño, Jesús indica a los discípulos cómo hay que acogerlo, sencillamente. Pero, al mismo tiempo, afirma que el niño le representa a él, a Jesús, y que al acoger a un niño se le acoge a él y, con él, a aquel que lo ha enviado (9, 36-37). Así, pues, la relación es bastante compleja; Jesús es, en primer lugar, aquel que acoge; luego, aquel que es acogido en la persona del niño. Demuestra la grandeza eminente del más pequeño: al que yo acojo, acogedlo vosotros en mi nombre; al acogerlo a él, me acogéis a mí.

En Mt 10, 40, la frase sobre la acogida se dice no ya del niño, sino del enviado de Jesús, del misionero. Esto es perfectamente coherente, ya que el lenguaje de la acogida es el de la hospitalidad: se le ofrece hospedaje al enviado de Jesús. Pero en Marcos no acaba de verse bien qué es lo que significa en concreto "acoger a un niño". Algunos han pensado en los niños abandonados... En todo caso, se ve qué fácilmente en la tradición evangélica **se pasa del niño al discípulo**, y recíprocamente; se da entre ellos un gran parentesco.

El vínculo entre los versículos 35 y 36-37 supone, por consiguiente, una inversión de los valores. El primero es el último y el servidor de todos (versículo 35). Por otra parte, el niño es grande a los ojos de Dios; es preciso acogerlo en nombre de Jesús y vale la pena hacerse servidor suyo (9, 36-37). La lección no es pues moralizante como en Mateo, sino que se trata de **una revelación de la "dignidad eminente" del pequeño y de la grandeza del servidor**.

La acogida en nombre de Cristo (9, 41)

En el versículo 37, se trata para el discípulo de acoger a alguien. En el versículo 41, por el contrario, es el discípulo el que es acogido por otro. Pero en ambos casos es Cristo a quien se acoge. Jesús subraya ahora, por tanto, **la eminente dignidad del discípulo**, de aquel que representa a Cristo por llevar su nombre.

En Mateo (10, 40-42), esto se dice de una forma muy clara. Por otra parte, no debería concluirse del contexto de Mateo (las consignas a los doce apóstoles) que esto concierne únicamente a los ministros de la iglesia, ya que a partir del versículo 17 Mateo extiende el discurso a la situación de todo cristiano, desde el momento en que es perseguido. Esto resulta con claridad, por ejemplo, en el versículo 32: *“Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos”*. Luego, lo que se dice de los doce en cuanto enviados en 10, 40 se amplía a otras categorías de discípulos en 10, 41-42. Jesús habla de la recompensa que se les ha prometido, esto es, del valor de su gesto a los ojos de Dios. Pues bien, lo que vale del misionero, del profeta y del justo, vale también del más pequeño de los creyentes: *“Todo aquel que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, por ser discípulo, os aseguro que no perderá su recompensa”* (10, 42).

Esto es lo que se pone en escena en la parábola del juicio final (Mt 25, 31-46): *“En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”*. **El discípulo más pequeño de Cristo representa a Cristo**. Es éste un tema profundo muy olvidado en nuestros días: **el cristiano es un signo de la presencia de Cristo**; Cristo se identifica con el más pequeño de los cristianos. Es ésta una responsabilidad exaltante para cada uno de nosotros. Este tema supone, desde luego, una sociedad en la que la pertenencia a Cristo se deja notar y causa impresión, una sociedad desconfiada respecto a los cristianos. Volvemos a encontrar aquí el contexto de las primeras persecuciones. El vaso de agua puede muy bien aludir a un gesto de piedad para con un cristiano despreciado y maltratado. También en Mateo 25, 31-46, todas las situaciones que se evocan (hambre, sed, destierro, pobreza, enfermedad, cárcel) convienen perfectamente a unos perseguidos. Por otra parte, fue ése el sentido que se le dio a este texto en el siglo III, cuando se les decía a los cristianos: vuestro martirio

no es inútil, ya que les permitís a los paganos que os socorren en la persecución que puedan salvarse.

El escándalo de los pequeños (9, 42-50)

En los versículos 41-42 se trata de los discípulos; primero, un comportamiento positivo (dar un vaso de agua), luego negativo (no escandalizar). No se trata de los niños, sino de los discípulos: *“esos pequeños que creen”*. Así, pues, entre los creyentes hay algunos a los que no se tiene en cuenta; escandalizar a uno de esos es tan grave a los ojos del Padre que ese acto es mucho más dañino para el que lo comete que si se le arrojase al mar llevando al cuello una de esas piedras de molino que arrastran los asnos. Se les llama “pequeños”, en el sentido de que se les menosprecia con frecuencia, o quizá porque son frágiles. Este último matiz, en todo caso, está presente en Mateo, que al escándalo y al desprecio del más pequeño de los creyentes opone la conducta del pastor que va en busca de la única oveja perdida y la voluntad del Padre de que no se pierda ninguno de esos pequeños (Mt 18, 12-14). Luego Mateo pasa sin transición alguna al caso del cristiano que cae en pecado (18, 15).

Cuando se lee este texto en la actualidad, hay que poner atención en no aplicarlo unilateralmente, diciendo por ejemplo que no hay que hacer ninguna innovación por miedo a chocar con los creyentes instalados en sus hábitos y que se sienten desconcertados ante los cambios actuales. Tienen ciertamente derecho a que se les aclare el sentido de esos cambios y a que se respete el ritmo de su fe, pero aquellos a los que no hay que escandalizar, esto es, conducir al mal y dejar que se pierdan, pueden ser también aquellos que sienten la tentación de abandonar la iglesia porque ésta no se reforma, o aquellos que están en el umbral de la fe y no pueden entrar porque los retiene fuera nuestro comportamiento.

La acción en nombre de Jesús (9, 38-40)

Entre la cuestión de la acogida a los niños y la de la acogida a los discípulos hay un pequeño pasaje, muy actual para nosotros, a pesar de las apariencias. Se trata de **la acción de Cristo fuera de las fronteras visibles de la iglesia**: uno que no es discípulo actúa sin embargo en nombre de Jesús. El caso que aquí se considera es el de un exorcista que, sin ser discípulo, se sirve del nombre de Jesús para echar a los demonios. Este caso debió ser frecuente en el siglo I. Pensad en los exorcistas judíos con los que se encuentra Pablo en Efeso y que conjuraban a los espíritus malignos "por Jesús a quien predica Pablo" (Hech 19, 13). Pero ese caso puede trasponerse muy bien a otros terrenos. ¿Qué hacer si alguien, sin ser discípulo, actúa en nombre de Cristo? Jesús responde: "¡No se lo impidáis!". Nadie puede actuar con el poder de Cristo para hablar mal de él a continuación. Observad **la relación entre la acción en nombre de Jesús y la palabra sobre Jesús**. Por tanto, hay posibilidad de la una y de la otra, incluso fuera de la pertenencia al grupo de los discípulos de Cristo. Pero, al mismo tiempo, la palabra sobre Jesús, la fe en Cristo, permite realizar el debido discernimiento.

La conclusión: *"El que no está contra nosotros, está por nosotros"*, es profundamente optimista; sirve para condenar la acción de Juan, "el hijo del trueno", que se mostraba más bien sectario. Nos invita a tener confianza en la acción de Dios, en el sentido de la reflexión de Gamaliel: "Si esta obra (la de los cristianos) es de Dios, no conseguiréis destruirles" (Hech 5, 39). En Mt 12, 30, el significado es diferente: *"El que no está conmigo, está contra mí"*. Se trata, en este caso, de escoger; estamos en un momento decisivo y no podemos permanecer neutrales. Mateo habla de algo distinto de Marcos: estar por Jesús o contra Jesús (Mt) y estar por o contra el grupo de los discípulos (Mc) no es ni mucho menos el mismo problema.

El episodio de Mc 9, 38-40 se ilumina si lo relacionamos con el versículo 35. Jesús les pide a los

doce que sean servidores. La reacción de Juan y de los otros, por el contrario, es una reacción de dominadores, una afirmación de su voluntad de poder y de monopolio. Quieren acaparar el poder de Cristo. Los cristianos tienen siempre, como grupo, la tentación de dominar, siendo así que **la ley que da Cristo a la existencia de su grupo es la de servir**. Este texto sigue siendo actual en nuestro debate sobre la iglesia en medio del mundo. Y entonces se comprende por qué se pone aquí en escena a los doce.

Los doce en Marcos

Pongámonos en el lugar de los lectores de Marcos. Para ellos, no existían ya los doce. Algunos ya habían muerto; por lo menos, Santiago; probablemente, Pedro; seguramente, otros varios. De todas formas, ya no existían como grupo constituido. Después de Matías, ya no se había elegido a nadie para sustituir a los que morían, pero en el recuerdo cristiano seguían presentando cierto orden de grandeza: aquellos que habían sido escogidos especialmente por Jesús para vivir con él y colaborar en su obra, aquellos a cuyo alrededor se había ido estructurando luego la primera comunidad cristiana. Es probable que sea precisamente por su autoridad por lo que Marcos los saca aquí a escena para escuchar aquellas palabras que señalan la inversión de valores, el verdadero orden de las grandezas a los ojos de Dios. En esta sección, Marcos no los llama "los doce" más que aquí y en 10, 32 y 41, donde se afirma que el mayor tiene que hacerse el servidor de todos. En los demás lugares, se les llama "los discípulos", los que están en la escuela de Jesús y que constituyen el prototipo de la comunidad cristiana.

La vida de hermanos

El discurso que comenzaba en 33-35 a propósito de una disputa sobre la presidencia, acaba en el ver-

sículo 50 con esta invitación: “*Tened paz unos con otros*”. Entre estas dos sentencias tan parecidas se encuentra como “empaquetado” todo lo demás. A través de esa **invitación al servicio y a la paz fraterna**, es como hay que leer todo lo que está en medio. Se trata, pues, de una instrucción sobre la vida fraterna en las comunidades, y también respecto a los de fuera. Eso es lo que constituye su unidad. Así es como en Marcos hay que interpretar la sal como el símbolo de todas esas disposiciones que favorecen la paz en la comunidad: el espíritu de servicio, de atención a los demás, de estima de los demás, de renuncia a sí mismo y a la voluntad de grandeza y de poder.

Y todo esto viene después del segundo anuncio de la pasión y de la resurrección. Se da una coherencia perfecta entre lo que Jesús revela de su misión y lo que les pide a los doce que hagan. **La moral cristiana** no tiene que enseñarse nunca por sí misma, sino como **una participación en la manera de ser de Jesús**.

2. Problemas de vida cristiana (10, 1-31)

Nos encontramos aquí con una serie de enseñanzas, localizadas en Judea, al otro lado del Jordán, en el camino que lleva a Jesús a Jerusalén. Se tratan aquí varios problemas importantes para la vida de los cristianos, siempre a la luz de ese caminar de Jesús hacia su pasión y su resurrección.

La ley fundamental del matrimonio (10, 2-12)

Los fariseos intentan poner una trampa a Jesús y le preguntan sobre la indisolubilidad del matrimonio: “¿Está **permitido** al marido repudiar a la mujer?”. Jesús les pregunta si hay algún mandamiento de

Moisés, y ellos le responden que dio un **permiso**; en efecto, les costaría bastante trabajo encontrar semejante orden en la ley. En Mt 19, 7-9 los fariseos, por el contrario, hablan de un mandamiento de Moisés (dar un acta de repudio) y Jesús les responde que no se trata más que de un permiso provisional. Así, pues, en su respuesta Jesús recuerda que la frase que permite el divorcio está sometida a la que sirve de fundamento al matrimonio: la dispensa no deja abolida la ley fundamental de que “los dos no forman más que una sola carne”. Al contrario, ahora esa voluntad divina fundamental excluye la dispensa. Es lo que se les indica claramente a los discípulos, “en casa”, para el caso del marido lo mismo que para el de la mujer, a la que la ley romana concedía el derecho de repudiar a su marido (10, 10-12).

Aprender de los niños (10, 13-16)

Los discípulos acaban de reñir a los niños. Jesús se enfada y les da una enseñanza sobre la actitud que hay que tomar con los niños o mejor dicho sobre lo que los discípulos tienen que aprender de ellos.

La enseñanza de Marcos difiere aquí de la de Mateo. Para éste, se trata de hacerse pequeño como un niño para entrar en el reino de los cielos (Mt 18, 3-4). Es una lección de humildad. Para Marcos, se trata de **acoger** el reino de Dios como saben acoger los niños, ya que **el reino de Dios es un don que hay que saber recibir como un regalo de Dios**. El niño no pretende haber conquistado por la fuerza lo que recibe; se sabe dependiente de los otros. Tampoco son nuestras fuerzas las que nos permiten conquistar el reino de Dios. Volvemos a encontrarnos aquí, de una manera acentuada, con lo que se había anunciado al comienzo de Marcos: “El reino de Dios está cerca...; creed la buena nueva”. Creer la buena nueva es acoger el reino de Dios, no ya en el futuro, sino hoy mismo, ya que el reino de Dios está ya activo en el presente.

Los ricos y el reino de Dios (10, 17-31)

Se toca aquí un tercer problema, el de las riquezas. Un rico acude a Jesús. Jesús dialoga con él, luego lo mira con simpatía. Se trata de un afecto que empieza y que normalmente ha de ser duradero. Jesús lo trata con benevolencia; lo que viene a continuación es una prueba de su amor; primero una exigencia: “*Vete, vende lo que tienes y dáselo a los pobres*”; luego, una invitación para que sea su discípulo: “*Ven y sígueme*”. Es la misma fórmula que se emplea para la llamada de los cuatro primeros discípulos y para la vocación de Leví. Al contar esta historia, los primeros cristianos se identificaban a sí mismos como discípulos de Jesús; reconocían que habían recibido esa misma llamada al seguimiento de Jesús. Y descubrían en ella que la condición de discípulo supone que no se trata de verse guiado solamente por la ley; aquel rico había cumplido con la ley, pero le faltaba seguir a Jesús. Jesús lo aprecia y lo llama, pero le pone una condición previa para que sea su discípulo, la misma que en la primera instrucción: hay que renunciar a sí mismo. Esta regla general se aplica a la situación particular del rico: es preciso que renuncie a sus bienes, que son los que le impiden seguir a Jesús.

He aquí, pues, la historia de una vocación fallida de discípulo. No se nos dice que fuera una vocación de apóstol; Jesús le pidió que renunciara a sus bienes simplemente para que fuera discípulo suyo.¹⁷

Por eso Jesús se dirige a los discípulos (no a los doce) y ese ejemplo concreto se convierte en ocasión para darles una instrucción en dos partes:

● Jesús empieza insistiendo en **la dificultad de entrar en el reino para los que tienen riquezas y para todos en general**: “*¡Hijos! ¡Qué difícil es entrar en el reino de Dios!*” El caso de las riquezas no es más que la aplicación de una ley general. Jesús emplea una comparación francamente exagerada, la del camello que quiere pasar por el ojo de una aguja. Es un rasgo humorístico de Jesús, que no enseñaba ciertamente —como solemos hacer noso-

tros— de una manera aburrida. Quizá los actores de “*Godspell*” han sabido encontrar en ciertos momentos el tono de Jesús, mientras que nosotros proyectamos nuestras propias preocupaciones en un Jesús tremendamente serio y cejijunto. En todo caso, los discípulos se sienten totalmente desconcertados. El problema es absolutamente insoluble: “*¿Quién se podrá salvar?*” Pero Jesús eleva el nivel de la conversación: “*Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque todo es posible para Dios*”.

Tenemos la impresión de que Jesús no respondió a la cuestión, ya que no siempre sabemos lo que hay que hacer para salvarse. Pero no se trata de hacer nada. Aunque se hagan cosas extraordinarias, aunque entreguemos a los pobres todas nuestras riquezas, somos incapaces de entrar en el reino de Dios. Sólo Dios puede hacernos entrar en él. Lo único que está dentro de nuestras posibilidades es acogerlo exactamente lo mismo que hace un niño con el regalo del padre. Es lógico que al cristiano se le pida que se desprenda de las riquezas y de otras muchas cosas, pero eso no es más que un paso para la acogida, una condición previa para renacer, para ser rehechos de nuevo, para recibir la salvación que viene solamente de Dios.

● Entonces Pedro se siente feliz de poder decir a Jesús: “Nosotros lo hemos dejado todo; para nosotros, está resuelto el problema”. Y Jesús le responde de una forma muy positiva: “*Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones; y en el tiempo venidero, vida eterna*” (10, 29-30). De padres no se recibirá el céntuplo, porque la relación con el único Padre sigue siendo única. Además, se tendrán persecuciones. Marcos alude aquí ciertamente a una situación muy concreta, según la experiencia de la iglesia pri-

¹⁷ Véase S. Legasse, *L'appel du riche, en La pauvreté évangélique* (Col. “*Lire la Bible*”, 27). Cerf, Paris 1971, 65-91.

mitiva: “Es verdad que estáis padeciendo persecuciones, pero fijaos en la vida que habéis ganado: tenéis casas, existe entre vosotros la hospitalidad, tenéis nuevos vínculos afectivos, nuevos hermanos y hermanas. Y en el mundo venidero tendréis la vida eterna”.

Hay, por tanto, una alegre perspectiva, después de aquel comienzo tan angustioso: “¿Quién puede salvarse?”. Jesús responde: **No hay ningún medio para salvarse, pero tenéis todos los medios para ser salvos.** Es verdad que lo habéis dejado todo; pero no os creáis unos hombres excepcionales, admirables, porque habéis ganado mucho más.

El verdadero orden de valores (10, 31)

En el último versículo de esta sección, el 31, hay que observar bien la frase: “*Muchos primeros serán últimos* (los habrá) *y los últimos serán primeros* (¡desde luego!). Este sistema de distribución entre

primeros y últimos hace alusión a lo que precede: sois despreciados, se os considera como a los últimos, pero seréis los primeros en la vida eterna. Mientras que muchos primeros serán últimos, hay una manera de ser primero que es una seguridad de convertirse en último. Pero no se dice que todos los primeros serán últimos. Marcos matiza las cosas más que Mateo. La perspectiva es la de **una inversión de los valores.** Nuestro mundo falsea las cosas; por eso el orden actual no será mantenido en el mundo futuro. El juicio establecerá un nuevo orden de valores.

Este capítulo 10 forma una unidad, bajo la luz de la pasión y de la resurrección hacia la que Jesús conduce a sus discípulos. Incluso la regla de la indisolubilidad del matrimonio, que parece dura, tajante, sin apelación de ninguna clase, tiene que comprenderse en la nueva condición del discípulo. El discípulo puede comprender, ya que camina tras las huellas de Jesús, por el camino de la pasión, hacia el gozo que habrá de venir.

c) Tercer anuncio de la pasión, luz para los discípulos (10, 32-52)

1. Tercer anuncio de la pasión (10, 32-34)

El tercer anuncio de la pasión es más detallado que los dos anteriores; se dirige a los doce, debido al episodio que va a venir después. Supone la petición de los hijos de Zebedeo.

2. La petición de los hijos de Zebedeo (10, 35-45)

El objeto de la petición es conseguir un sitio a la derecha y a la izquierda de Cristo “en la gloria”. Volvemos a encontrarnos aquí con el contraste entre el anuncio de la pasión y la gloria que habrá de venir al

final. No olvidemos que toda la pedagogía de Jesús, tal como la presenta Marcos, consiste en hacer pasar a los discípulos del pensamiento de la gloria del mesías al del camino que conduce a ella, camino de sufrimiento y humillación. Los discípulos tienen una visión jerarquizada de la gloria; según ellos, hay puestos honoríficos, y nos encontramos con dos jóvenes que intentan "promocionarse". Dada la pedagogía de Jesús, la respuesta es evidente: hay que hacerles descubrir **las condiciones para llegar hasta la gloria.**

Esas condiciones están simbolizadas en dos imágenes: la del **cáliz** y la del **bautismo**. El cáliz es la imagen de algo que resulta "difícil de tragar"; también aparece en el Antiguo Testamento el cáliz de alegría, pero de ordinario se habla del cáliz de la amargura: Dios hará beber el cáliz de su ira. La imagen del bautismo, por su parte, es la de la "inmersión", con el riesgo que eso supone. Jesús les pregunta: ¿Podéis sumergiros vosotros bajo las aguas de esta angustia, esto es, compartir mi muerte?

Ellos dicen: "Sí que podemos". Marcos nos presenta por tanto a dos personajes que han comprendido muy bien hasta dónde quiere llevarlos Jesús. No olvidemos que, cuando Marcos escribió su evangelio, e incluso cuando se estaba formando la tradición de la que depende Marcos, uno de ellos, Santiago, ya había padecido el martirio (en el año 44, según las indicaciones de Hech 12, 2). Por consiguiente, la respuesta de Jesús no se presenta en un tono de reprimenda, sino como una simple negativa. La distribución de los asientos no corresponde a Jesús, sino al Padre (es lo que significa el empleo de la voz pasiva: "es para quienes está preparado... por el Padre"). Así, Jesús se niega a hacer suya esa concepción jerarquizada de la gloria.

Pero aquella petición tan ambiciosa repercute en la segunda parte del episodio: los otros diez se llenan de indignación, porque comparten la misma ambición que Santiago y Juan. Jesús empieza recordándoles lo que ocurría en la política de su tiempo. Es raro que Jesús hable de política, pero

aquí tenemos un caso. Hace de ella un rápido retrato, señalando cómo los jefes de las naciones, lo mismo que los "grandes" y los "notables", quieren ejercer su dominio. No se trata para Jesús de bajar a detalles, de poner ejemplos. Lo que le interesa es poner de relieve el contraste: "*No ha de ser así entre vosotros*". El verbo está en presente de indicativo, no ya en futuro, ni en imperativo, como si se tratara de expresar un deseo o un mandato. Podría hablarse de "presente constitucional": Jesús excluye categóricamente el modelo de poder que se ejerce en la política. No da solamente una ley entre otras varias, sino **la constitución misma de la comunidad de sus discípulos; en ella cada uno es el servidor de todos los demás.** Esto mismo se había dicho ya en 9, 35, que se presentaba como la regla basada en las enseñanzas de Jesús sobre la vida fraterna. Aquí, la insistencia es más enérgica todavía y la imagen del servidor se ve acentuada y rubricada por la del esclavo. Parece como si Marcos hubiera tenido una verdadera antipatía contra las ambiciones entre cristianos, contra las camarillas e influencias, contra la búsqueda de poder sobre los demás; esto nos hace suponer que en su tiempo no faltaban tampoco en la iglesia competiciones de ese tipo.

No se trata de subrayar aquí una inversión de la situación entre el momento actual y el mundo futuro, en el reino de los cielos, sino que se trata, para Marcos, de un orden para hoy. El que quiera ser grande "entre vosotros", que se haga —ahora— vuestro servidor y el esclavo de todos. Lo que no acaba de decir la palabra "servidor", lo dice plenamente el término de "esclavo", acentuando la dependencia del que sirve respecto a la persona servida. Pero en los dos términos tenemos a la vez la dependencia y el servicio que se hace: una dependencia que aprovecha al otro. Se da, por otra parte, una ampliación: no se trata solamente de **vuestro** servidor, sino del esclavo de **todos**, sin excepción alguna. No cabe escoger entre aquellos a los que se quiere servir. Todos tienen derecho a ello. Es evidente que no se trata de establecer una nueva jerarquía,

proponiendo una regla para “ascender”: para elevarse por encima de los demás, demuestra tu interés en servirles; ni tampoco: concededle los galones al que haya hecho más servicios. No, hay que renunciar por completo al principio del escalafón; esa cuestión ni siquiera puede plantearse en cristiano. No hay más que **una regla para todos: servir.**

Por consiguiente, se trata de **un principio profundamente revolucionario.** No se pone en discusión la diversidad de los servicios. Los servicios exigidos por la vida y la misión de las comunidades son diversos y, por la fuerza misma de las cosas, ciertos servicios tienen más relieve que otros y suponen cierta autoridad. Las iglesias primitivas, tal como podemos deducir de las cartas de san Pablo, reconocían cierta categoría de servicios: “primero, los apóstoles; luego, los profetas; en tercer lugar, los doctores” (1 Cor 12, 28). Pero todos tienen el mismo Señor y se da una igualdad fundamental entre los diversos servidores. Por otra parte, se afirma allí que cada uno de los cristianos ha recibido su propio don para ponerlo al servicio de los demás (1 Cor 12, 7-11; Rom 12, 3-8; Ef 4, 7; 1 Pe 4, 10) y tiene que estimar el don de los otros por encima del suyo (Flp 2, 3-4). Esto necesita por nuestra parte una atención constante para purificar en nosotros nuestra necesidad natural de afirmarnos o de que “nos reconozcan”, como suele decirse, y para discernir los dones de los demás y ayudarles a ejercerlos para bien de todos.

La razón de esta ley constitutiva de la comunidad es muy sencilla, a saber, que **“tampoco el hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos”.** ¡Pero, cuidado! **“Servir”** no es borrarse, no hacer nada, eludir las responsabilidades. Se trata de servir de verdad, y el servidor es un hombre que se deja ver, porque actúa. Cristo fue un hombre público. Del mismo modo, para nosotros la humildad no consiste en desaparecer, en perdernos en la masa, sino en ejercer humildemente nuestro servicio.

Esta palabra de Cristo proclamándose “servidor” cierra admirablemente la sección marcada por los tres anuncios de la pasión. Nos hace comprender que la pasión no tiene que ser interpretada de una manera dolorista. **El camino de la cruz no es “sufrir”, sino que es ante todo “servir”.** Se da un crescendo en todo el pasaje: la primera instrucción invitaba al discípulo a tomar su cruz, a arriesgar su vida por el evangelio; luego, el acento se pone en la vida entre hermanos, en el espíritu de servicio y la vida fraterna; ahora se pone de relieve el motivo de todo esto: hay que seguir al Cristo-servidor, que sirve hasta la entrega de su vida por la multitud.

Autoridad y servicio

La autoridad no se opone a cuanto acaba de decirse sobre el servicio. Cristo reivindicó la autoridad que tenía para perdonar los pecados, para enseñar, para expulsar a los vendedores del templo, etcétera. Pero la autoridad no es sinónimo de “dominio”. La autoridad, tal como aparece en el evangelio (en griego, **exousía**), es una cualificación dada por Dios para un servicio. Convendría no traducir esta palabra por “poder”, dado el distinto sentido que este término tiene para nuestros oídos en la actualidad. Es la misma idea que aparece en Mateo, en su denuncia de los títulos en el c. 23. No hay que hacerse llamar “doctor”; sin embargo, algunos entre los cristianos tienen que ejercer una función de enseñanza, aunque no tengan derecho al título de “doctor” que corresponde a esta función.

Y cuando Jesús denuncia de esta forma el ansia de poder, lo hace en contraste con un modelo de gobierno. Por tanto, debemos desconfiar de todos los modelos políticos, sean los que fueren, para definir la constitución de la iglesia. La iglesia no puede ser feudal, ni monárquica; pero tampoco puede ser democrática, ya que la democracia no suprime el ansia de poder. La democratización de la iglesia, ciertamente necesaria, no será, sin embargo, una

garantía de evangelismo, ya que el evangelio se sitúa en un nivel muy diferente.

3. Un ejemplo de verdadero discípulo: el ciego de Jericó (10, 46-52)

El episodio del ciego de Jericó constituye una nueva "placa giratoria" en el evangelio de Marcos. En este episodio encuentra su conclusión la sección que acaba y queda esbozada la sección siguiente.

Está presente el tema de la sección anterior: hay que "ver" para "seguir" a Jesús. El ciego desea ver y por ello invoca a Jesús con insistencia. La curación se realiza sin gesto alguno: la fe sola basta para ser salvado (10, 52). Entonces, el ciego curado "sigue a

Jesús por el camino", como no lo había hecho antes el ciego de Betsaida en el c. 8. "Sigue" a Jesús, como no lo había hecho el hombre rico. Y lo sigue "por el camino" que conduce a Jerusalén. Se presenta de este modo a Bartimeo como el modelo del discípulo, incapaz de seguir a Jesús por sí mismo, como tampoco lo fue Pedro al no comprender el anuncio primero de la pasión, ni Juan y Santiago cuando quisieron elevarse por encima de los demás. Pero Jesús cura e ilumina a sus discípulos, que entonces se hacen capaces de seguirle.

La sección siguiente queda preparada por el título que el ciego da a Jesús, esto es, el de "hijo de David". Efectivamente, la sección siguiente presentará el debate entre Jesús "hijo de David" y la "ciudad de David", Jerusalén, que no lo querrá acoger. Tal es el tema de los capítulos 11-13.

La historicidad de los evangelios

En esta guía de lectura nos hemos situado al nivel del texto de Marcos, poniendo entre paréntesis el acontecimiento. Lo hemos hecho adrede, convencidos de que teníamos que tomar en serio su libro como libro, esto es, como una obra que supone toda una actividad de reflexión y de escritura. Es imposible que un libro escrito 35 años después del acontecimiento "Jesús" pretenda ofrecer simplemente una fotografía de los hechos. Entretanto, ha transcurrido toda la historia de la iglesia primitiva, que ha conservado el recuerdo de los acontecimientos alimentándose de ellos, buscando su nueva actualidad en función de lo que ella iba viviendo. Y ha tenido lugar toda la actividad literaria de Marcos, que ha hecho una obra inteligente, destinada a unos lectores concretos.

Tenemos que evitar dos escollos:

1. Algunos dicen: los evangelistas están bien informados; por tanto, todo lo que escriben ocurrió tal como dicen. Es verdad, los evangelios se refieren a unos hechos, de los que no cabe discutir de una manera global que tuvieron lugar. Pero no se comprometen del mismo modo a propósito de los detalles que refieren y que muchas veces tienen una significación no histórica.

2. Otros (los malos historiadores) se imaginan que pueden reconstruir el acontecimiento empleando las reglas de la

*crítica histórica. El historiador intenta hacer una **reconstrucción histórica verificada**. No llega a reconstruir el acontecimiento como tal, sino sólo cierto encadenamiento de causas, según el punto de vista que adopte. Intenta obtener, a partir de los documentos de que dispone, cierta visión coherente del pasado desde una perspectiva limitada que le sirve de hilo conductor; por ejemplo, intenta ver cómo los hechos económicos han influido en la vida del grupo humano de que se ocupa. Llega, de esta forma, a cierto discurso sobre el acontecimiento, pero no al propio acontecimiento. Su discurso se ve limitado por el punto de vista particular que le permite analizar los documentos fragmentarios de que dispone.*

Resulta, por consiguiente, que es una tentativa inútil cualquier pretensión de escribir una "Vida de Jesús" que nos dispense de leer los propios evangelios. Semejantes empresas no llevan más que a una reconstrucción limitada, que pone entre paréntesis precisamente aquello por lo que han sido escritos los evangelios: llevar al lector a la fe y a la conversión. Desde un punto de vista pedagógico, puede ser útil tener cierta perspectiva histórica al leer los evangelios; puesto que no es eso lo que les interesa a los evangelistas, esa perspectiva nos permite como contraste captar mejor en dónde ponen ellos el acento. Y así podremos realizar una

lectura más atenta; pero los evangelios nos piden algo muy distinto que saber exactamente lo que ocurrió; **nos invitan a una relación personal con Jesús**. Conocer a Jesús no es solamente conocer la historia de Jesús.

No debemos olvidar que, si el Espíritu Santo hablaba en Jesús, ha hablado también por su iglesia, cuando ésta interpretaba sus palabras y sus gestos a la luz de los problemas que se le iban planteando. Es ésta una afirmación fundamental del cuarto evangelio: "Mucho podría decirnos aún, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa" (Jn 16, 12-13). **Nuestra religión no es ni la del libro, ni la del acontecimiento histórico, sino la del espíritu.**

¿Cómo comprendió Marcos su misión de evangelista? No se sintió obligado a referir la materialidad de las palabras y de los gestos de Jesús, lo mismo que los otros evangelistas; si así fuera, no habría entre ellos semejantes desacuerdos. Lo que hace en su libro es poner de relieve ciertos aspectos importantes de la persona y de la misión de Jesús, aprovechándose de la experiencia y de la reflexión de la iglesia y utilizando los medios pedagógicos apropiados.

Por ejemplo, la construcción geográfica del libro parece revelar una oposición a cierto judeo-cristianismo demasiado apegado a las prácticas del judaísmo y poco acogedor de los

cristianos procedentes del paganismo. O también, la teoría sistemática del secreto mesiánico no pretende reproducir una realidad histórica, aun cuando históricamente Jesús desconfió de cierto mesianismo de su época, como nos dice también Juan (6, 15): "Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo"; pero Marcos, por este procedimiento, subraya que antes de pascua era imposible conocer a Jesús, "Cristo, hijo de Dios", tal como es.

Los hechos obligan a admitir esa parte que les corresponde a los evangelistas en la redacción de los evangelios. Es absolutamente cierto que Jesús no pronunció de tres maneras distintas las palabras de la institución de la eucaristía. Sin embargo, Marcos, Lucas y Pablo nos dan tres versiones diferentes de ellas. Los cristianos se tomaron mucha mayor libertad ante las palabras de Jesús que la tradición rabínica ante las sentencias de los rabinos célebres. La tradición rabínica estaba fijada, pero la ductilidad que nos descubre el estudio crítico de los evangelios nos permite reconocer que esa flexibilidad no perjudica en lo más mínimo al cristiano que cree que **el Espíritu Santo estaba actuando en todo ese proceso**. Al contrario, la rigidez historicizante de ciertos ambientes cristianos parece traducir una falta de fe en el espíritu.

Las cuatro secciones precedentes eran una preparación para las dos secciones finales, que transcurren por completo en Jerusalén. Hasta ahora, Marcos nos ha mostrado a Jesús introduciendo a sus discípulos en la **comprensión** de su persona, de su obra y de su propia misión. Ahora se trata de la **realización** de esta obra que se desarrolla en dos tiempos: el conflicto con Jerusalén (11 a 13) y la pasión-resurrección (14 a 16).

1. El enfrentamiento de Jesús con Jerusalén

Los c. 11-13 presentan un drama que empezó a preverse hace ya tiempo. Ya en 3, 6, Marcos había manifestado el complot de los fariseos y de los herodianos a fin de acabar con Jesús. En 3, 22, algunos escribas, "bajados de Jerusalén", lo habían acusado de estar poseído por Beelzebul, y en 7, 1 Jesús se había opuesto, a propósito de las preguntas sobre pureza ritual, a "los fariseos y algunos escribas que habían venido de Jerusalén". La ciudad de David se presenta entonces como la fortaleza de la oposición, tal como se subraya expresamente en el tercer anuncio de la pasión.

"Iban de camino subiendo a Jerusalén, y Jesús marchaba delante de ellos; estaban sorprendidos y los que le seguían tenían miedo. Tomó otra vez a los doce y se puso a decirles lo que le iba a suceder: 'Mirad que subimos a Jerusalén, y el hijo del hombre será entregado...' " (10, 32-33).

El relato de este enfrentamiento está debidamente organizado gracias a numerosas observaciones de tiempo y de espacio. Es fácil distinguir en él tres jornadas, que suponen cada una de ellas una visita al templo y un regreso a Betania:

– **1.^a jornada:** procedente de Betania (11,1), Jesús entra en Jerusalén y después en el templo; tras haberlo inspeccionado, sale en seguida para volver a Betania.

– **2.^a jornada:** "al día siguiente", sale de Betania (11, 12). Van a Jerusalén, al templo (11, 15); "al atardecer", deja la ciudad (11, 19).

– **3.^a jornada:** "al pasar muy de mañana" (11, 20), "vuelven a Jerusalén", al templo (11, 27). Allí surgen numerosas controversias. Luego sale del templo (13, 1) y desde el monte de los olivos (13, 3) anuncia la destrucción del lugar santo. Finalmente, vuelve a Betania (14, 3).

También el espacio está organizado: por un lado, los alrededores de la ciudad (Betania, el monte de los olivos, "fuera de la ciudad"); por otro, la ciudad, esto es, esencialmente el templo, lugar del enfrentamiento.

Las dos primeras jornadas forman un todo aparte. La tercera jornada es la de las enseñanzas polémicas, la del enfrentamiento en palabras. Estudiaremos más especialmente las dos primeras jornadas:

- 11, 1-11: entrada en Jerusalén (1.^a jornada).
- 11, 12-14: maldición de la higuera
- 11, 15-19: expulsión de los vendedores
- 11, 20-25: explicación de la maldición de la higuera (avanzando hacia la 3.^a jornada).

2. La entrada en Jerusalén (11, 1-11)

El relato tradicional: el mesías entra en su ciudad

Leamos en primer lugar el texto dentro de la perspectiva de la iglesia primitiva cuando narra este hecho de la vida de Jesús: ¿qué significaba para ella? Nos lo ilustran las alusiones al Antiguo Testamento.

Está primeramente la mención del pollino sobre el que nadie había montado todavía (un pollino completamente nuevo, no uno de ocasión), que recuerda a **Zacarías**:

*¡Exulta sin medida, hija de Sión,
lanza gritos de gozo, hija de Jerusalén!
He aquí que viene a ti tu rey:
justo él y victorioso,
humilde y montado en un asno,
en un pollino, cría de asna (Zac 9, 9).*

Esta alusión se remonta a Marcos, que no cita directamente a Zacarías, pero el lector, informado por la tradición de la iglesia, sabe que el gesto de Jesús es el cumplimiento de aquella profecía. No se trata de una mera coincidencia, sino de una iniciativa de Jesús que envía personalmente a buscar el pollino; por tanto, es que desea entrar en Jerusalén con una ceremonia simbólica, calcada en la profecía de Zacarías.

Además, la aclamación de la gente que hay por allí está sacada del “gran hallel”, del **salmo 118**:

*“¡Bendito el que viene
en el nombre de Yavé!” (Sal 118, 26).*

Este salmo se había convertido en uno de los grandes textos mesiánicos de los cristianos, que lo aplicaban a Jesucristo. Esta cita se completa con la afirmación de que va a comenzar el reino de David, prometido a su descendiente, el mesías.

Finalmente, los vestidos extendidos por tierra para que Jesús pase sobre ellos recuerdan la entronización real de Jesús (2 Re 9, 13).

Las comunidades cristianas, que proclaman después de pascua que **Jesús es el mesías de Israel**, comprenden este relato como un signo: **Jesús ha demostrado con esta manifestación que venía a traer la salvación y la paz mesiánica a Jerusalén.**

El título de “señor” que se le atribuye a Jesús (11, 3) es una señal del terreno en que nació esta tradición. Marcos no designa nunca a Jesús con este título. Tampoco lo hacía el propio Jesús (a no ser en una ocasión de forma enigmática; cf. Mc 12, 37). Al contrario, los cristianos lo hacían espontáneamente y Lucas mantendrá este uso. Algunos creen que Jesús mismo empleó este título de señor cuando su entrada en Jerusalén, pero en un sentido débil, y lo traducen como “el señor (del pollino) —esto es, su propietario— tiene necesidad de él”. Incluso de este modo, Jesús habría afirmado su señorío sobre los seres, declarándose propietario de todo (en un sentido imaginado, ya que lo único que desea es utilizar el pollino y dejarlo a continuación). Según esta interpretación, la cosa iría ya demasiado lejos. Pero es más sencillo pensar que es aquí el narrador el que, después de pascua, sustituye espontáneamente el nombre de Jesús por el título de señor que le dan los cristianos. En esta escena, la comunidad cristiana reconoce a su señor que en su clarividencia lo ha previsto todo y ha organizado detalladamente su entrada en Jerusalén, como su rey humilde y pacífico.

El punto de vista de Marcos

Pero ¿en qué se convierte este relato con la utilización que hace Marcos de él? Puesto que resulta tan palpablemente mesiánico, ¿qué pasa con el “secreto mesiánico”? ¡Cuidado! Si semejante relato parece estar en contradicción con la teoría del

secreto mesiánico, quizá sea porque atribuimos a Marcos una teoría demasiado simplista. De hecho, Marcos ha transcrito ya aquel grito, repetido por dos veces, del ciego Bartimeo: "Jesús, hijo de David, ¡ten compasión de mí!" (10, 47-48). Y Jesús no le ha impuesto silencio. Ahora es todo un grupo de personas el que proclama eso mismo, sin el título, durante una manifestación de la que Jesús tiene la iniciativa.

Para comprenderlo, recordemos que fue también Jesús el que provocó la confesión de fe mesiánica de Pedro (8, 29), pero fue para corregir su ambigüedad con los anuncios de la pasión. Del mismo modo, la revelación del hijo de Dios a los tres testigos privilegiados de la transfiguración entraba en una catequisis sobre la necesidad previa de la pasión. Marcos no refiere más que una entrada de Jesús en Jerusalén, celebrado como el heredero del reino de David, pero hay que ver el contexto que se le da a este relato y a dónde conduce esta entrada.

Pues bien, el final del episodio es curioso: "*Entró en Jerusalén, en el templo, y después de observar todo a su alrededor, siendo ya tarde, salió con los doce para Betania*" (11, 11). Jesús entra en el templo, pero sin que ocurra nada especial, y sale en seguida de la ciudad. La manifestación mesiánica acaba pronto. Es extraño. Pero, antes de salir, Jesús da una mirada alrededor de aquellos lugares. **Esta mirada de Jesús** es un rasgo que se observa con frecuencia en Marcos. Puede ser una mirada sobre una persona en particular (el hombre rico: 10, 21), o una mirada circular, bien sea de afecto para quienes le escuchan (3, 34), bien de cólera contra quienes le espían (3, 5). Aquí no se trata de la mirada del turista que visita por primera vez el templo. Hay que ver más bien en ella la mirada del que prepara un golpe para el día siguiente, **la expulsión de los mercaderes**.

En Mateo y en Lucas, este acto de cólera de Jesús sigue inmediatamente a la entrada mesiánica en Jerusalén. Marcos lo deja para el día siguiente y lo inserta entre la maldición de la higuera estéril y la

comprobación de su realización. Habrá que escudriñar el sentido, según Marcos, de este acto y del contexto en que se refiere. Como veremos, hay en él una denuncia de la ambigüedad del título de hijo de David aplicado a Jesús. Esta denuncia llegará aún más lejos cuando Jesús, después de haber reducido al silencio a sus adversarios (12, 34), discute la opinión de los escribas que dicen que el mesías es hijo de David, siendo así que David, en el salmo 110, lo llama su señor (12, 35-37). Es evidente que, **para Marcos, el título de hijo de David no está a la altura del misterio de Jesús**, señor de David y de todos los hombres. Todo esto acaba con la última salida de Jesús del templo para anunciar su destrucción (13, 1-2). Es el fracaso de todas las pretensiones de ver restaurado el reino de David. Igualmente, el proceso de Jesús ante Pilato mostrará la insuficiencia del título de "rey de los judíos" aplicado a Jesús (15, 2, 9, 26): Jesús no ha recibido aquí abajo más diadema que una corona de espinas (15, 17-18).

El hecho histórico

Los intentos de reconstrucción comprobada de este acontecimiento chocan con nuestra ignorancia de cierto número de elementos. Habría que aclarar un detalle: ¿había un gentío enorme o simplemente un pequeño grupo de peregrinos galileos, llegados a Jerusalén junto con Jesús, que no dejaron sentir mucho su algazara? Otra cuestión: ¿en qué momento, en qué circunstancia tuvo esto lugar? Según Marcos y los sinópticos, fue en el momento de la pascua. Pero sabemos que esta presentación es convencional. Juan nos dice, por el contrario, que Jesús vino en varias ocasiones a Jerusalén. Había además otras peregrinaciones distintas de la de pascua: pentecostés, la fiesta de las tiendas en otoño, la fiesta de la dedicación del templo en invierno (Jn 10, 22). El historiador anglicano Burkitt enumera varios indicios en favor de la fiesta de la dedicación.

En efecto, sabemos por la tradición judía que aquel día se acudía al templo cantando salmos y que, al subir, se entonaba el gran hallel. No hay nada que se oponga a que Jesús hubiera querido hacer de una de sus entradas en Jerusalén un gesto significativo remitiendo a Zacarías 9, 9: si ha sido enviado para la salvación y la paz de Israel, es a la manera de un rey humilde, desarmado, que no cuenta más que con Dios para el éxito de su misión, tal como anunciaba el profeta. Pero este hecho ocurrió probablemente en medio de una serie de acontecimientos distinta de la que forma el contexto actual del relato de Marcos. Hemos perdido la serie de origen y Marcos no nos habla de ella; pero es su lectura del acontecimiento y la de los otros evangelios las que se nos ofrecen, no ya para enriquecer nuestra ciencia, sino para alimentar nuestra fe.¹⁸

3. La purificación del templo (11, 15-19)

La purificación del templo está enmarcada por los dos episodios de la maldición de la higuera que estudiaremos más adelante. *“Entrando en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y a los que compraban en el templo; volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas y no permitía que nadie transportase cosas por el templo”* (11, 15-16).

Todo esto tiene lugar, no ya en el lugar santo adonde sólo tenían acceso los sacerdotes, sino en los patios exteriores, más en concreto en el patio de los gentiles, que estaba separado del atrio reservado a los judíos por una barrera con una inscripción que puede verse en el museo de Estambul, donde se amenazaba de muerte a todo incircunciso que franqueara aquel límite (cf. Hech 21, 28). Pero en el patio de los gentiles podía entrar todo el mundo, cambiar dinero, comprar las cosas útiles para los peregrinos venidos de los cuatro rincones del orbe.

También se pasaba por allí para acortar camino, cuando se iba de un barrio a otro de la ciudad; las gentes pasaban llevando todas sus cosas, el artesano sus instrumentos, el labrador su cosecha...

Falsa seguridad de un culto mentiroso según Jeremías

¿Por qué no quiere eso Jesús? ¿Por qué echa a todo el mundo? Se ha dicho muchas veces que Jesús se oponía al tráfico de los objetos sagrados. En nuestro lenguaje, los “vendedores del templo” son los que venden cirios, medallas, etc. También se ha supuesto que no le gustaba el comercio como tal, el oficio de cambista o el de banquero... Pero no es eso lo que dice el texto. El texto se ilumina con la cita del **profeta Jeremías** (7, 11). Hay que situar este pasaje dentro de su contexto: **el pueblo busca su tranquilidad con el templo**. Puesto que allí se ofrecen sacrificios, puesto que se celebran grandes ceremonias, el pueblo se dice: “El Señor está con nosotros”. Pero Jeremías les responde: “Dios está con vosotros solamente si vivís con él, si respetáis su alianza, si queréis lo mismo que él quiere. No os fiéis de palabras engañosas: ¡Aquí está el santuario del Señor! ¡El santuario del Señor! ¡El santuario del Señor!” Pero si mejoráis realmente vuestra conducta y vuestras obras, si os preocupáis de veras de que se cumpla el derecho entre vosotros..., entonces sí que estaré yo con vosotros en este lugar...”.

El culto del templo es engañoso si sirve para tranquilizar a unos hombres que no están dispuestos a convertirse. Este es el sentido de la expresión “cueva de bandidos”; no acusa a los que están en el templo de ser unos ladrones, pero los compara con esos bandidos que buscan allí su refugio como en una cueva, para estar al abrigo del castigo merecido por su conducta. Jeremías les reprocha toda clase de faltas contra la alianza: “robar,

¹⁸ Véase A. Paul, L'entrée de Jésus à Jérusalem: *Assemblées du Seigneur* 19 (1971) 4-26.

matar, adulterar, jurar en falso, incensar a Baal y seguir a otros dioses que no conocíais; luego venís y os paráis ante mí en esta casa llamada por mi nombre y decís: '¡Estamos seguros!', para seguir haciendo todas esas abominaciones. ¿En cueva de bandidos se ha convertido a vuestros ojos esta casa que se llama por mi nombre?'. El texto de Jeremías denuncia el culto mentiroso, que da una falsa seguridad.

La parte del templo abierto a los paganos es también sagrada

Si se trataba, por parte de Jesús, de denunciar el comercio en el templo, no se ve por qué va a prohibir atravesar el templo llevando alguna carga. Por tanto, no es ésa la pista buena.

La idea a la que apunta el relato de Marcos se encuentra en el texto de Isaías (56, 7) que aquí se cita: "*Mi casa será llamada casa de oración para todas las gentes*". La escena tiene lugar en el patio de los paganos y Jesús reivindica un carácter sagrado para todo el templo, incluso para el patio de los gentiles. Por eso no permite que se ejerzan allí actividades profanas. Ya veis cómo Jesús no está ni mucho menos en favor de la "desacralización" del templo; todo lo contrario, quiere su "sacralización", su "deseccularización" incluso en el patio abierto a los paganos. Esto está perfectamente de acuerdo con toda la orientación general de Marcos, que tanto se preocupa de derribar fronteras y que choca por el contrario con las barreras del judaísmo.

Sentido de este gesto en la tradición primitiva

Esta interpretación de Marcos es diferente de la de Mateo y de Lucas, que no refieren las últimas palabras del texto de Isaías: "para todas las gentes". No es seguro, por tanto, que el relato tradicional que sirve de inspiración a Marcos haya insistido en **la apertura del templo a todas las naciones**. La

orientación primitiva del relato debe buscarse en otros textos, que anuncian **la purificación escatológica del templo con la venida de Dios**.

Uno de estos textos es bien conocido: "En seguida vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis... Purificará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata; y serán para Yavé los que presentan la oblación en justicia" (Mal 3, 1-5). Otro texto de Zacarías anuncia la venida del Señor al monte de los olivos y añade: "En aquellos días..., toda olla, en Jerusalén y Judá, estará consagrada a Yavé Sebaot; todos los que quieran sacrificar, vendrán a tomar de ellas, y en ellas cocerán; y **no habrá más comerciante en la casa de Yavé Sebaot el día aquel**" (Zac 14, 21). Como señala la nota de la *Biblia de Jerusalén*, "el autor... entrevé para los tiempos mesiánicos una sacralización de todas las cosas en la tierra de Israel". Tal es probablemente el sentido del gesto de Jesús y el que ha conservado la tradición primitiva: **Jesús quiere que el templo vuelva a la pureza de su destino sagrado**, expulsando las actividades profanas del lugar santo, **hasta tanto que la tierra entera sea consagrada a Dios como templo suyo**. En cuanto a Marcos, ha querido acentuar **el aspecto universalista del texto**, aprovechándose del final del texto de Is 56, 7 que no había conservado la tradición.

Aquí evidentemente Jesús manifiesta su autoridad sobre el templo. Demuestra quién es, afirmando su soberanía sobre la casa de Dios. La reacción de los sumos sacerdotes contrasta con la del pueblo, que se queda "asombrado de su doctrina", mientras que ellos andan buscando la forma de acabar con él (11, 18). Nos encontramos aquí con la misma oposición que entre 1, 22 y 3, 6.

4. La higuera seca (11, 12-14.20-26)

Veamos, en primer lugar, cómo comprende Marcos el gesto de la maldición de la higuera. Luego

podremos plantearnos el problema del origen de este relato.

Un enigma...

El aspecto extraño del gesto de Jesús no se le ha escapado a Marcos: *"Al día siguiente, cuando salieron de Betania, sintió hambre. Y viendo de lejos una higuera con hojas, fue a ver si encontraba algo en ella; acercándose a ella, no encontró más que hojas; es que no era tiempo de higos. Entonces dijo a la higuera: '¡Que nunca jamás coma nadie fruto de ti!' Y sus discípulos oyeron esto"* (11, 12-14). Marcos no tiene intención de disimular lo extraño del gesto. Si se tratase para Jesús de maldecir a una higuera por no haber podido saciar su hambre con sus higos, podría hablarse sin duda del acto de un demente. Por tanto, no es en ese nivel donde hay que buscar el sentido de este relato. El acto quiere ser extraño adrede, enigmático. Por eso Marcos añade, después de haber referido las palabras de Jesús: *"Y sus discípulos oyeron esto"* (11, 14). De momento, se trata solamente de registrar este dato. Para Marcos, este hecho tiene valor de signo; su sentido está en otra parte distinta de él mismo y el signo se propone como un enigma para la sagacidad de los discípulos.

...cuya clave se encuentra en el relato de la purificación del templo

La clave del enigma sólo se les dará después de la purificación del templo. Según Marcos, era menester que esta purificación tuviera lugar para que los discípulos pudieran comprender. Ni Mateo ni Lucas han recogido este aspecto enigmático del gesto de Jesús. Lucas ni siquiera lo narra; Mateo no inserta el episodio del templo en medio de la historia de la higuera y se abstiene de dos observaciones de Marcos: *"no era tiempo de higos"* y *"sus discípulos oyeron esto"*.

Veamos, pues, la lección que se saca al día siguiente: *"Al pasar muy de mañana, vieron la*

higuera, que estaba seca hasta la raíz. Pedro, recordándolo, le dice: 'Rabbí, mira, la higuera que maldijiste está seca'. Jesús le respondió: 'Tened fe en Dios'" (11, 20-22). Hemos quedado defraudados; esta lección no explica el comportamiento curioso de Jesús el día anterior y no da ninguna respuesta al enigma. Jesús dice: "No hay nada extraño en todo esto, ya que la fe es poderosa y la oración es una llamada de Dios. ¡Tened fe en Dios! Con la fe alcanzaréis cosas tan extraordinarias como ésta".

La lección recae sobre el poder de Dios como respuesta a la fe y a la oración. Mateo atribuye el poder a la fe misma: "Así se hará" (Mt 21, 21). Marcos, por su parte, subraya que es Dios el que hace actuar a su poder: "Lo obtendrá". Luego Jesús recuerda que la fe se ejerce en la oración, lo cual le da pie para otra enseñanza sobre la oración, que tiene que hacerse con espíritu de reconciliación. Parece, por consiguiente, como si se hubiera olvidado por completo del carácter extraño del acto realizado por Jesús al maldecir a la higuera. Esta exhortación no guarda ninguna relación con la actitud concreta de Jesús. Pide que se tenga fe en Dios; pero su gesto no se presenta como un acto de fe en el poder de Dios que sea necesario imitar, sino como un acto de cólera para castigar a un árbol que no respondía a lo que se esperaba de él. El único elemento en que se apoya la exhortación es que su palabra ha sido eficaz. Se puede concluir, por lo visto, que esta enseñanza fue añadida por la tradición al episodio de la higuera seca. Pero con eso no se encuentra la clave del enigma, que tiene que ser buscada más bien en la manera con que Marcos encuadra la actitud de Jesús respecto al templo dentro de las dos partes de la historia de la higuera.

El templo y la higuera

El simbolismo básico parte de la palabra "fruto". **Aquel árbol, que se revela incapaz de dar fruto, es símbolo del templo**, adonde Jesús ha venido a

buscar unos frutos que no ha podido encontrar. Más adelante, la parábola del hijo único enviado a buscar los frutos de la viña confirmará este simbolismo (12, 1-11). Marcos, fiel al género literario del enigma, no da explícitamente la solución; se contenta con redactar esta página de tal forma que el lector advertido pueda comprenderla. Este procedimiento enigmático nos parece extraño, pero es muy parecido al de las parábolas. Para comprenderlas, según Marcos, es necesario haber recibido la revelación del misterio del reino de Dios. Marcos continúa la tradición de los profetas que no se contentaban con predicar, sino que realizaban actos simbólicos. Por ejemplo, Jeremías va a casa del alfarero a comprar un jarro, vuelve al templo y rompe aquel jarro delante de todo el mundo (Jer 19). Es un símbolo de la destrucción del templo y de la ciudad. Jeremías, no solamente la anuncia, sino que la remeda como en un mimo, y su gesto es concebido como eficaz, al desencadenar la realización de sus amenazas.

El gesto de Jesús, según Marcos, es profético; no es la higuera lo que está en juego, sino el templo. Como responde a las esperanzas de Dios, será definitivamente incapaz de dar los frutos con que Dios contaba. Pronto dirá Jesús: *"No quedará piedra sobre piedra que no sea derruida"* (13, 2).

Esta lectura de la historia de la higuera supone una actitud de espíritu distinta de la nuestra: "tengo algo que decir: buscad vosotros a ver..."

¿Hecho histórico o parábola?

Desde el punto de vista histórico, algunos críticos se preguntan si la iglesia primitiva no habrá convertido en un relato simbólico lo que al principio era una parábola. Efectivamente, Lucas no nos habla de la maldición de la higuera, pero conoce la parábola de la higuera estéril: una higuera no da fruto en la estación oportuna; el encargado del huerto le da una oportunidad; queda la posibilidad de que se convierta; pero, si no da fruto en adelante, será cortada (Lc

13, 6-9). Bajo una forma más pesimista, **esta parábola se habría convertido en un relato sobre Jesús**. Y para comprender su gesto, se habría buscado **un ejemplo** en apoyo de la enseñanza de Jesús **sobre el poder de la fe y de la oración, o un enigma, un símbolo de la suerte que le esperaba al templo**. Marcos habría acumulado estas dos interpretaciones.

No se trata más que de una hipótesis. No se puede excluir que Jesús haya realizado actos simbólicos al estilo de los profetas. Si es éste el caso en el origen del relato que nos ocupa, queda en pie de todas formas el hecho de que este relato ha planteado algunos problemas a quienes lo referían; las lecturas diferentes que se pueden comprobar en los textos de Marcos, de Mateo y de Lucas son buena prueba de ello. Las parábolas, por otra parte, han planteado problemas análogos. Se han hecho difíciles de comprender en determinados ambientes y a veces se han leído como alegorías enigmáticas. Así lo demuestran las interpretaciones del sembrador y la cizaña, lo mismo que la discusión sobre el porqué de las parábolas según Mc 4, 10-12. No conviene olvidar que las palabras y los hechos de Jesús no se nos han conservado como "flores en un invernadero" (J. Dupont), sino a través de la memoria viva y la reflexión de los testigos, de las comunidades y finalmente de los evangelistas. Hay que acogerlas con toda esta riqueza, pero no hemos de extrañarnos de que la ascensión desde la tradición hasta el propio Jesús haya resultado difícil.

5. Controversia en Jerusalén (11, 27-12, 44)

La tercera jornada en el templo la ocupan por completo las controversias con la "intelligentsia" de Jerusalén, los representantes de las grandes familias sacerdotales (los "sumos sacerdotes"), los escribas (o doctores de la ley) y los ancianos (miembros

del consejo supremo de la nación), a quienes se juntan en varias ocasiones los herodianos y los saduceos (11, 27-12, 34). Luego, cuando “**nadie más se atrevía ya a hacerle preguntas**” (12, 34), Jesús vuelve a enseñar a la gente o a los discípulos (12, 35-44). El leccionario litúrgico dominical no conserva de este conjunto más que dos enseñanzas, la que denuncia a los escribas (12, 38-40) y la que declara el valor incomparable de las dos monedas echadas por una pobre viuda en el cepillo del templo (12, 41-44). Estas dos enseñanzas son perfectamente claras y no necesitan comentarios. Quizá podríamos simplemente preguntarnos quiénes son en la actualidad aquellos que buscan los saludos en público y los sitios honoríficos, o a quienes sus largas plegarias les dan un derecho sobre los bienes de los pobres, y se complacen en pasearse con largas vestiduras (o que han renunciado a esas vestimentas sin renunciar a los privilegios que ellas significaban...).¹⁹

Sin embargo, hay que subrayar la importancia de la **parábola de los viñadores homicidas** en la que, según Marcos, se reconocieron los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos (12, 1-12). La última observación del versículo 12 indica que para Marcos la parábola es transparente. Es una alegoría en la que están claros todos los detalles. La viña es Israel; las alusiones a Isaías son evidentes. Los viñadores son los responsables de Israel, y en este caso los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos. Los servidores son los profetas; algunos de ellos padecieron la muerte, prefigurando de este modo la suerte que se reservaba al hijo amado, al heredero, que es claramente Jesús. Entonces los responsables de Israel pueden leer su porvenir en el castigo de los viñadores. La viña será confiada a otros viñadores, pero Jesús añade, según Marcos (12, 10-11), una cita del salmo 118, el mismo que se citó hace poco para la entrada mesiánica en Jerusalén. Se trata en esta ocasión de otro pasaje del salmo en el que se habla de la piedra desechada por los albañiles, pero que se convirtió en piedra angu-

lar. Originalmente, esta imagen designaba a Israel, despreciado por sus enemigos, pero restaurado y glorificado por Dios. Los cristianos veían allí una imagen de la muerte y resurrección de Jesús, obra admirable del Señor. Y en este sentido es como cita Marcos este salmo.²⁰

Empieza ya aquí a levantarse el velo del secreto sobre la identidad de Jesús. Mientras que se demuestra ilusoria la esperanza en un restablecimiento del reino de David en torno a Jesús, el mismo Jesús deja entender que es el hijo de Dios. Es el propio hijo de Dios a quien los responsables de Israel van a dar muerte; pero Dios lo glorificará. Puede levantarse el secreto, una vez que ya no hay ningún equívoco sobre la manera como se va a llevar a cabo la misión de ese hijo de Dios.

6. La destrucción del templo y la venida del hijo del hombre: ¡Vigilad! (13, 1-37)

No vamos a considerar más que unos cuantos aspectos, que están especialmente claros en la versión de Marcos en todo el difícil discurso escatológico.

En primer lugar, Jesús deja definitivamente el templo y anuncia con claridad su destrucción definitiva. Según Marcos, no cabe ya esperar restauración alguna del reino de David ni del santuario que centralizaba el culto sacrificial de Israel, excluyendo del mismo a los paganos.

Por otra parte, “*mirad que no os engañe nadie*” (13, 5). Esto se dirige a los cuatro primeros discípu-

¹⁹ Véase M. Miguens, *Amour, Alpha et Oméga de l'existence* (Mc 12, 28-34): *Assemblées du Seigneur* 62 (1970) 53-62; P. Ternant, *La dévotion contrefaite et l'authentique générosité* (Mc 12, 38-44): *Ibid.*, 63 (1971) 53-63.

²⁰ Cf. X. Léon-Dufour, *La parábola de los viñadores homicidas*, en *Estudios de evangelio*, 297-345.

los, que tendrán que transmitir a todos los demás una consigna insistente: "*Estad atentos y vigilad...; lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡Velad!*" (13, 35-37). Hay que desconfiar por tanto de los falsos mesías (13, 6, 21-23), que prometen esperanzas vanas. Por el contrario, hay que saber que la predicción del evangelio por el mundo entero tendrá que ir acompañada de oposiciones, de conflictos, de persecuciones (13, 9-13). La llegada del hijo del hombre es tan segura como ese verano que se anuncia en los nuevos brotes de la higuera (13, 28). Pero el día y la hora son un secreto que sólo conoce el Padre. Todo el discurso tiende a la consigna final: "*Estad atentos y vigilad, porque ignoráis cuándo será el momento*" (13, 33).

Este discurso tiene que relacionarse con la escena de Getsemaní en la que se verá a Jesús pidiendo-

les a Pedro, Santiago y Juan que permanezcan despiertos. Por tres veces los encontrará dormidos, inconscientes de la gravedad de la hora, la de la tentación, la del peligro en que puede fracasar su fe por causa de la pasión que va a comenzar. Aquí, el riesgo para los cristianos consiste en dejarse engañar por los falsos cristos, mientras que el verdadero les advierte claramente las condiciones difíciles del combate de la fe: "*El que perseverare hasta el fin, ése se salvará*" (13, 13).²¹

²¹ Véase L. Hartman, *La Parousie du Fils de l'Homme* (Mc 13, 24-32): *Assemblées du Seigneur* 64 (1969) 47-57; L. Lovestan, *Le portier veille la nuit* (Mc 13, 33-37): *Ibid.*, 5 (1969) 44-53.



a) La cima del libro

Los c. 14 a 16 constituyen la cima del libro.

1. Desde el punto de vista del drama que se desarrolla, es lo que cabía esperar, si de verdad se han leído con atención los capítulos precedentes. La pasión se había anunciado ya en 3, 6 y fue éste el tema de toda la sección cuarta (8, 27-10, 52). En 8, 34, exhortó a los discípulos, que somos todos nosotros, a que siguiéramos a Jesús por el camino que nos conduce adonde nos encontramos actualmente. En esta sección, **se va a levantar el secreto** que rodea a la respuesta sobre la cuestión central del libro: **Jesús es el Cristo, el hijo de Dios**. El secreto quedará de manifiesto con la declaración solemne de Jesús ante el sanedrín (14, 60-62) y con el testimonio de un pagano, el centurión, que reconoce al pie de la cruz: *“Verdaderamente, este hombre era hijo de Dios”* (15, 39).

2. Desde el punto de vista del espacio, el drama se desarrolla en Jerusalén, pero es para preparar una nueva partida para el evangelio, desde Galilea. Esa partida será anunciada por Jesús en 14, 28: *“Después de mi resurrección, iré delante de vosotros a Galilea”*. Y las mujeres que regresaban del sepulcro se lo recordaron a los discípulos: *“Id a*

decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea” (16, 7). **Es en Jerusalén donde Jesús es manifestado como Cristo hijo de Dios**. Allí es donde radica todo el contenido del evangelio. Pero es **de Galilea de donde ha de partir la predicación del evangelio**. El punto de vista de Marcos es inverso al de Lucas, para el que todo tiene que partir de Jerusalén.

3. Desde el punto de vista de los personajes, vamos a asistir al **aislamiento completo de Jesús**. Sus discípulos lo abandonarán en el momento de su arresto, cuando sea “entregado en manos de los hombres”. Marcos señala sin embargo dos intentos fallidos de seguir a Jesús: el del joven anónimo que es detenido, pero que logra escapar desnudo (14, 51-52), y el de Pedro que llegará hasta el interior del palacio del sumo sacerdote (14, 54), pero para acabar renegando de Jesús. Por consiguiente, hay un abandono trágico de Jesús por parte de sus discípulos.

Esta soledad va quedar compensada en parte por la compañía de *las mujeres*, personajes nuevos, de los que nunca se había hablado hasta ahora y que aparecen después de la muerte de Jesús (15, 40). Son ellas las que aseguran el vínculo entre la muerte

de Jesús y la afirmación de su resurrección. *En Marcos, la continuidad del drama queda asegurada* por las personas que asisten a él. El primer acto de Jesús, incluso antes de presentarse ante el público, fue el de rodearse de cuatro discípulos, que fueron los testigos de su actividad a lo largo de todo el libro. Ahora que esos discípulos han flaqueado, vienen otros creyentes a asegurar la continuidad del

testimonio: son las mujeres,¹ testigos de la muerte y luego de la sepultura de Jesús (15, 47), y finalmente de la situación del sepulcro en la mañana de Pascua (16, 1).

Vemos cómo resulta imposible separar en Marcos el relato de la pasión y el de la resurrección; el relato se va encadenando desde el principio hasta el fin.

b) Caracteres del relato

Puede ser ahora interesante intentar una caracterización de la forma de relatar de Marcos, tan distinta de la de los otros evangelistas.

1. Impresiona, en primer lugar, **el aspecto dramático, denso, de su relato**. Se va desarrollando de una manera implacable. Es breve, objetivo: esto es lo que ocurrió. No se tiene la impresión de que el narrador se conmueva ni de que intente conmover al lector; no hay en él ningún *pathos*. Los sentimientos de Jesús no salen a relucir más que en la escena de Getsemaní: "*Mi alma está triste hasta el punto de morir*" (14, 34), y en el grito de la cruz: "*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*" En ambas ocasiones se trata de la cita de un salmo.

2. Es impresionante la **abundancia de referencias a la escritura**. Esto sirve para sustituir a la llamada a la imaginación y al sentimiento de nuestros relatos habituales (leed un relato de la pasión, en cualquier *Vida de Jesús*, sin hablar de las repre-

sentaciones teatrales de la pasión). Esto resulta especialmente claro en el c. 15, pero ya se puede apreciar antes con facilidad: el anuncio de la negación de Pedro se apoya en Zacarías (13, 7), la de la traición de Judas en el salmo 41, 10. Estas citas o estas alusiones al Antiguo Testamento no son obra de Marcos, sino que se remontan a sus fuentes, lo cual es muy significativo. En la forma más antigua a la que tenemos acceso, **el relato de la pasión no va destinado a conmover, sino que quiere hacer reflexionar**, permitir al lector que encuentre el sentido de lo que está ocurriendo. Y esto no puede hacerse más que buscando en el Antiguo Testamento el testimonio de los designios de Dios. Es preciso dominar el escándalo de la pasión —un mesías crucificado— interrogando a la palabra de Dios. No hay otro camino posible. Esto es para nosotros una lección oportuna, ya que nos mostramos mucho más inclinados a buscar sobre todo explicaciones psicológicas o históricas del drama: ¿por qué motivos lo condenaron?; ¿qué es lo que pudo impulsar a Judas a traicionarlo?; ¿por qué que-

ría librarlo Pilato?, etc. En la actualidad, son muchos los historiadores que proponen su interpretación de los hechos. Se explica, por ejemplo, cómo pudieron unos sanedritas de buena fe condenar a Jesús, porque estaban demasiado bien instalados en su sistema de pensamiento religioso. Pero no era eso lo que interesaba a los primeros cristianos. Lo que les importaba era **comprender cómo el escándalo de un mesías crucificado podía entrar en los planes de Dios**. Y para ello no cabía más remedio que hacer una cosa: buscar en la escritura cuáles son los pensamientos de Dios.

Se da una especie de malentendido entre nosotros y ellos, una especie de muralla entre nuestra mentalidad y la suya. Lo que nos interesa es el proceder humano de los que están implicados en ese drama, su sinceridad, su responsabilidad. Por eso interpretamos equivocadamente ciertas palabras. Cuando se dice de Judas: *“¡Ay de aquel por quien el hijo del hombre es entregado! ¡Más le valdría a ese hombre no haber nacido!”* (14, 21), nosotros vemos allí inmediatamente una condenación; pero es un error, ya que no se trata efectivamente de una sentencia que Jesús pronuncia como juez, sino de una queja: *“¡Ay del que ha hecho esto! Si no hubiera nacido, no habría tenido que cometer ese crimen!”*.

Así, pues, el texto no habla del destino eterno de las personas (como pensaba erróneamente la edad media, que convirtió a Judas en el tipo mismo del réprobo), sino de ese único problema: **cómo puede un crucificado ser el mesías**. Pues bien, esto se comprende mejor si se tiene en cuenta que en la escritura los designios de Dios se han logrado siempre a través del fracaso.

En efecto, es interesante observar cómo todos los textos citados hacen referencia a personas que han

fracasado. Se trata de **los salmos de los justos perseguidos**. Se quejan de que, a pesar de su conducta honrada, hayan sido rechazados y hayan fracasado. Apelan entonces a la justicia de Dios: *“¡Apresúrate a restablecer la justicia!”*. Así es como se cita el salmo 41: *“Me entregará uno de vosotros, que come conmigo..., uno de los doce que moja conmigo en el plato”* (Mc 14, 18-20; cf. Sal 41, 10). Aquí Jesús no hace ningún signo para designar al traidor, sino que se dirige a todos los discípulos: *“Entre los que estáis comiendo conmigo, hay uno que me va a entregar”*. En la crucifixión, todo el relato alude al salmo 22 (sufrimientos y esperanzas del justo perseguido), mientras que el vinagre se refiere al salmo 69 (15, 36). Por tanto, si en la biblia existe la tradición de que el éxito de Dios pasa a través del fracaso de los hombres de Dios, se puede comprender que este crucificado sea el Cristo.

3. En el relato de Marcos, encontramos otro principio de inteligencia del drama: **la conciencia que tiene Jesús de lo que está a punto de cumplirse**. Jesús domina los acontecimientos; sabe lo que hay al final de todos ellos. Pues bien, resulta bastante curioso que esta indicación de Marcos aparezca sobre todo en los pasajes que los críticos consideran como añadidos por Marcos al relato fuente del que depende. Según la opinión de los críticos, Marcos habría utilizado un relato primitivo lleno de alusiones a la escritura, más corto que nuestros relatos actuales, que iba desde el arresto hasta la muerte de Jesús. Y es precisamente en los episodios añadidos a ese relato —la unción de Betania, los preparativos de la cena pascual, la cena y la agonía de Getsemaní— donde Jesús se manifiesta sobre todo como el dueño de los acontecimientos.

c) El relato de la pasión y de la resurrección

A la luz de estos tres grandes principios, podemos intentar una lectura rápida de los episodios esenciales del relato de la pasión-resurrección.

1. Desde el complot hasta el arresto: Jesús ante su muerte (14, 1-42)

El relato comienza dos días antes de la pascua que celebraba la liberación de la esclavitud de Egipto en tiempos de Moisés y reavivaba la esperanza de la liberación definitiva por obra del mesías. Para Marcos, esta pascua es la de la muerte de Jesús, el mesías crucificado.

Dos pequeños relatos nos muestran a los adversarios preparando su golpe: los sumos sacerdotes y los escribas buscan la manera de detener a Jesús “pacíficamente”, sin provocar la agitación del pueblo (14, 1-2), y la propuesta de Judas llega oportunamente (14, 10-11). Estos dos relatos sirven para enmarcar a un tercero en donde Jesús aparece en medio de sus amigos (14, 3-9).

La unción en Betania (14, 3-9)

En el relato de la unción en Betania, conviene observar cómo Jesús comprende el gesto de aquella mujer de una manera distinta de como ella misma lo realiza. Hay un conflicto entre tres interpretaciones del gesto: la de los discípulos que no ven más que un despilfarro; la de la mujer que toma un frasco de alabastro con perfume puro de nardo, de mucho precio (13, 3) —una señal de enorme respeto para con Jesús—, significando con ello que reconoce a Jesús como mesías al derramar sobre su cabeza el

óleo de la unción real; y, finalmente, la interpretación que propone el mismo Jesús: “*se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura*” (14, 8). Mientras que la mujer piensa en su dignidad real, Jesús piensa en su muerte; por lo que atañe a los discípulos, ellos no acaban de comprender, no son capaces de captar lo que es el evangelio: el anuncio del Cristo (= rey) crucificado y resucitado. La mujer, sin saberlo, ha hecho un gesto simbólico; por eso su memoria quedará inmortalizada en el anuncio del evangelio.

Los preparativos de la cena y el anuncio de las defecciones (14, 12-31)

En los **preparativos del banquete pascual**, se subraya la iniciativa de Jesús. Cuando los discípulos le preguntan dónde hay que celebrar la fiesta, se dan cuenta de que Jesús se les ha adelantado. Les anuncia que se encontrarán con “*un hombre llevando un cántaro de agua*” (14, 13). Es un gesto poco habitual; ordinariamente, son las mujeres las que realizan este trabajo. Se trata, pues, de una señal de reconocimiento, convenida de antemano con Jesús. “*El maestro dice: ¿dónde está mi sala?*”. Aquí, como en los preparativos para la entrada en Jerusalén, Jesús afirma su señorío sobre lo que pertenece a los demás. Así, pues, los discípulos encontrarán una “*sala grande, ya dispuesta y preparada*”. No son los discípulos, sino el propio Jesús el que ha preparado su pascua.

Efectivamente, “*al atardecer, llega él con los doce*” (14, 17). Hasta ahora, Marcos decía: los discípulos; ahora concreta: los doce, esto es, los compañeros que eligió Jesús con la idea de enviarles a predicar el evangelio como lo hacía él mismo (3, 13-15; 6, 7). Esta última comida es un acto que com-

promete el porvenir. Jesús manifiesta en él la plena conciencia que tiene de lo que va a suceder y de lo que allí se realiza de una forma irreversible.

Jesús anuncia la traición de uno de los doce (14, 18-21). Ya hemos visto que no designa al traidor y que se queja de que hubiera llegado hasta allá. Pero también hay que advertir que para subrayar el horror de este acto cita el salmo 41, 10. Esta referencia a la escritura se ve apoyada por la declaración: *“El hijo del hombre se va, como está escrito de él”*. Jesús obedece a los designios de Dios que se realizan a través de sus sufrimientos.

Después de la cena, en el camino hacia Getsemaní, **Jesús anunciará las negaciones de Pedro** y la dispersión de los discípulos (14, 26-31). De nuevo la escritura es su luz. Cita a Zacarías 13, 7: una vez herido el pastor, todo el rebaño se dispersará. Pero no podemos detenernos en esta imagen; Jesús se había presentado como el pastor que agrupaba al rebaño (6, 34) y ordenaba a sus discípulos que prosiguieran con esa tarea (6, 39-40); después de su muerte, una vez resucitado, volverá a agrupar a sus discípulos a su alrededor, en Galilea, para una nueva misión de evangelio (14, 26; vuélvase a leer 1, 14-15).

Estas dos revelaciones sobre la traición y las defecciones de los discípulos ponen de relieve el gesto de Jesús al que sirven de marco: la cena.

La cena (14, 22-25)

Durante el banquete (14, 22-25), Jesús realiza los dos gestos rituales tan conocidos por los judíos para sus comidas festivas: el que preside, toma el pan, dirige a Dios una oración de bendición y distribuye un trozo a cada uno de los comensales; al comerlo, todos reconocen en él un don de Dios. Al final de la comida, hace lo mismo con la copa de vino. Un gesto de reconocimiento de que todo es regalo de Dios.

Jesús realiza estos dos gestos, pero dándoles un sentido nuevo al relacionarlos con su muerte cerca-

na. Cuando dice: *“Este es mi cuerpo... Esta es mi sangre de la alianza, que va a ser derramada por muchos”*, **revela que conoce el sentido de su muerte** e instruye sobre este punto a sus discípulos. En arameo, la palabra **“cuerpo”** es una manera de señalar a la persona: **“esto soy yo mismo (que me entrego)”**; la mención de la **sangre** añade la idea de sacrificio: **“yo ofrezco mi vida en sacrificio”**. En el mundo griego, se comprenderá esto como una imagen de la inmolación en la que la sangre queda separada del cuerpo; quizá Marcos lo comprendía ya así. Marcos no menciona, como Lucas, la orden de repetición de este acto: *“haced esto en memoria mía”*. Sus lectores no pueden menos de pensar en la eucaristía, pero Marcos no parece querer en primer lugar señalar su origen en la última cena de Jesús. Lo que hace más bien es subrayar que Jesús hizo la ofrenda de su sacrificio, que él era dueño de su propia muerte, ya que reveló su sentido: una muerte *“por muchos”*, por la muchedumbre, un sacrificio de alianza. Sacrificio ofrecido, pero también sacrificio aceptado; en efecto, Jesús conoce su eficacia; en él **quedará definitivamente sellada la alianza entre Dios y los hombres**.

Por eso esta comida, la última que celebra con sus discípulos, anuncia y prefigura el banquete en el que se festejará la llegada del reino de Dios; el vino de su sangre derramada exige y promete el vino del banquete mesiánico en el reino.

La “hora” de Jesús. Getsemaní (14, 34-42)

¡Qué contraste cuando comparamos todo esto con la actitud y la plegaria de Jesús en Getsemaní! Hasta ahora, con su serenidad, Jesús manifestaba su certeza de que estaba cumpliendo los designios de Dios, mientras que en estos momentos conoce el *“pavor y la angustia”*.

El *“pavor”* no tiene que confundirse con el miedo. Marcos utiliza esta palabra en diversas situaciones,

que tienen todas ellas en común el mismo carácter: se está frente a un acontecimiento que uno es incapaz de dominar; no se ve cómo es posible darle algún sentido. El hombre no puede integrarlo en su universo familiar; se ve desconcertado por una manifestación de lo sobrenatural que lo priva de todas sus seguridades habituales. En esta ocasión, Jesús se siente desamparado ante la muerte que llega. El terreno vacila bajo sus pies; no tiene ya ningún gusto de vivir. Y lo mismo que aquellos salmistas cuyo tormento conoce ahora tan de cerca, se pone a rezar. Su plegaria solitaria, postrado en tierra, nos expresa muy bien lo que le asusta: "esta hora, este cáliz", la hora en que se ve rechazado por todos, el cáliz tan amargo del abandono, de las bur-las, de la muerte. Pero estas dos expresiones indican más todavía que se trata de **la hora marcada por un designio incomprensible de Dios**, el cáliz de los sufrimientos que Dios quiere que beba, pero que puede desechar. Jesús acude a Dios en nombre de los vínculos únicos que le unen con él y que le permiten llamarle con el nombre que en arameo reservan los hijos a su propio padre: *Abba*. Y apela a Dios en nombre de la omnipotencia de ese padre: "*Todo es posible para tí*".

Pero cuando comprende cuál es esa voluntad de su padre, se abandona a ella con toda confianza. Así es como encuentra un sentido aquel acontecimiento absurdo: "*No sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú*".

Como contrapunto, el sueño de los discípulos opone su inconsciencia a la clarividencia de Jesús. Pero ellos no pueden quedarse al nivel de lo que acontece. "*Estad atentos y vigilad* —les decía Jesús al final del discurso del c. 13—, *porque ignoráis cuándo será el momento... Velad, por tanto, ya que no sabéis cuándo regresará el dueño de la casa... No sea que llegue de improviso y os encuentre dormidos. Lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡Velad!*" (13, 33-37). Hemos llegado a uno de esos "momentos", a la "hora" de los designios de Dios; "velad" y "orad", ya que es la hora de la tentación y

los discípulos corren el peligro de caer, de fallar en su fe. El hombre se siente como dividido entre dos fuerzas opuestas: Dios ha puesto en él un espíritu vuelto hacia el bien, pero al mismo tiempo el hombre es "carne", fundamentalmente débil y sometido al poder del pecado. La hora de Jesús es, para los discípulos, la de la prueba decisiva que ellos no pueden afrontar sin la fuerza de Dios. Pero durante esa "hora", ellos se ponen a dormir y dejan a Jesús solo en su plegaria.

2. Del arresto a la muerte de Jesús (14, 43-15, 41)

El arresto de Jesús (14, 43-52)

El relato de Marcos es seco: una especie de informe oficial de los hechos, sin emoción alguna. Cuando habla Jesús, es para protestar contra aquella agresión, pero sobre todo para manifestar que también entonces se están realizando los designios de Dios: "*Es para que se cumplan las escrituras*".

A partir de su arresto, **Jesús entra en la soledad**; sus discípulos lo abandonan y se salvan. Un joven, que seguramente estaba durmiendo, vestido de una simple pieza de tela, quiere seguir a Jesús. Pero también él tiene que huir, desnudo. Se ha querido ver a veces en este episodio narrado únicamente por Marcos un recuerdo autobiográfico de su propio autor. Es imposible saberlo; el interés del relato, en todo caso, consiste en otro punto: subraya la imposibilidad de acompañar a Jesús, entregado en manos de sus enemigos. Más trágico todavía, el intento de Pedro acabará con una triple negación.

Proceso ante el sanedrín y negaciones de Pedro (14, 53-15, 1)

Cuando Jesús llega ante el sanedrín, el proceso está ya juzgado de antemano; se trata ahora de

encontrar el motivo jurídico para su muerte. Y no es posible encontrarlo en los falsos testimonios que se contradicen entre sí. Se lo proporcionará la misma respuesta de Jesús.

Ya hemos insistido en la importancia de esta toma de actitud de Jesús (p. 21). Por primera vez, en Marcos, **Jesús manifiesta con claridad que es el Cristo, el hijo de Dios. Y se atribuye las prerrogativas del hijo del hombre** en el que Daniel veía a un ser celestial que venía con las nubes (es decir, el símbolo de la presencia y del poder de Dios) para recibir una realeza universal. Jesús hace alusión entonces al salmo 110; en semejante contexto, el trono real reservado al mesías y que Jesús se atribuye no puede ser simplemente terreno. A los que pretenden juzgarlo, Jesús se revela como el juez supremo a quien Dios investirá de su poder y de su gloria. En este sentido enérgico de participación en el poder mismo de Dios, su Padre, él es el Cristo, el hijo de Dios. De ahí la acusación de blasfemo.

Y entretanto Pedro está renegando de su maestro. Pedro es aquí el discípulo que se niega a tomar su cruz y a arriesgar su vida en el seguimiento de su maestro (8, 34-38). En la situación de persecución en que escribe Marcos, este contraste entre la declaración de Jesús y la negación de Pedro era un recuerdo saludable para los cristianos; la fe en Jesús no puede vivirse sin pruebas, sin que el creyente se vea asociado, de una manera o de otra, al proceso de Cristo, del hijo de Dios crucificado.

El proceso ante Pilato (15, 2-20)

En el proceso judío había una cosa que le interesaba a Marcos: la afirmación por parte de Jesús de su cualidad de Cristo y de hijo de Dios. En el proceso romano, lo centra todo en **la afirmación de la realeza de Jesús**. En torno a ese título gira todo el proceso del que Marcos no pretende darnos un informe detallado. A la pregunta un tanto brusca de Pilato: “¿Eres tú el rey de los judíos?”, Jesús responde de

manera ambigua: “*Tú lo dices*”, que quizá puede interpretarse como: “Eres tú, no yo, el que así lo dice”. Destinado a ser predicado a todas las naciones, el evangelio no podía presentar, sin matizarlo debidamente, este título que podía ser mal comprendido por los paganos.

También aquí explota la paradoja: aquel a quien Pilato y la sentencia oficial (15, 12 y 26) designan como el rey de los judíos es entregado al tribunal romano por los sumos sacerdotes que incluso consiguen que la gente se vuelva contra él.

Este mismo contraste se manifiesta en la escena de los ultrajes (15, 16-20). Jesús recibe un manto de púrpura, una corona —pero de espinas— y unos homenajes de rodillas, pero van acompañados de golpes y de esputos. Jesús no ha sido nunca reconocido como rey más que en plan de burla. Su entrada como rey con aquel aparato real que anunciaba Zacarías (11, 1-10) no ha llevado más que a la contestación y a la repulsa. Y finalmente, prefirieron a Barrabás, probablemente un guerrillero, un rebelde contra Roma, por encima de Jesús.

La crucifixión (15, 21-41)

Marcos no conserva del “camino de la cruz” más que los elementos que le parecen significativos.

El episodio de Simón de Cirene obligado a llevar la cruz quizá se ha conservado para sugerir que el discípulo tiene que participar de la pasión de Jesús (cf. 8, 34), pero también para arraigar el relato en la historia; en efecto, se presenta a Simón como “el padre de Alejandro y de Rufo”, personajes conocidos seguramente por Marcos y sus lectores (Rom 16, 13 habla de cierto Rufo).

El drama se desarrolla cronológicamente: la hora tercia (15, 25), la sexta (15, 33) y la nona (15, 34). Esta duración, marcada por **las tres horas de la plegaria judía y luego cristiana**, representa no sólo la de los acontecimientos, sino sobre todo la de la meditación de la comunidad en la que estos hechos

recibieron su forma primitiva. En todo caso, fueron meditados a la luz de la escritura.

La tercera hora es la de la crucifixión. Solía dársele a los condenados un vaso de vino aromatizado, que hiciera de estupefaciente. Mateo verá allí una alusión al salmo 69, 22 (Mt 27, 34). Los soldados se distribuían las vestiduras echándolas a suerte; los cristianos verán allí otra alusión al salmo 22, 10 (alusión que explicitará Juan 19, 24). La crucifixión entre dos bandidos hace pensar en Isaías 53, 12, pero también es una nueva ilustración de la paradoja del proceso romano: aquel “rey de los judíos” con sus dos asistentes al trono es un rey de burla.

Las injurias de los transeúntes, de los sumos sacerdotes y de los mismos bandidos expresan el escándalo de la cruz. Esta escena deja **al creyente sin más recurso que los misteriosos designios de Dios**, que aparece gracias a las alusiones a las burlas padecidas, debido a su fidelidad a Dios, por el justo del salmo 22, 8.

La hora sexta, la del mediodía, es la de las tinieblas. Pero para el creyente esas tinieblas son luz. Parece aludirse aquí a un texto del profeta Amós:

“Sucederá aquel día
—oráculo del Señor Yavé—
que en pleno día yo haré ponerse el sol
y cubriré la tierra de tinieblas en la luz del día.
Trocaré en duelo vuestras fiestas...;
lo haré como duelo de hijo único”

(Am 8, 9-10).

Se ilumina el drama de la cruz: el hijo de Dios exorciza para siempre todas las imágenes que el hombre podría tener la tentación de hacerse de él.

La hora nona es la del grito de Jesús, su única palabra después de su respuesta evasiva a Pilato. Si Jesús tenía realmente conciencia de lo que se realizaba en su muerte, ¿cómo comprender su llamada: “*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*” (15, 34). Pongámonos en la perspectiva del lector, que ya ha visto las alusiones al salmo 22 que corren a través de todo el relato de la crucifixión (15.15.24, 29). Aquí es evidente que Jesús cita el

comienzo de dicho salmo y el lector sabe que el salmo entero es la clave que permite comprender el sentido de la crucifixión. El lector sabe, por consiguiente, que Jesús vive estos instantes en la perspectiva indicada para la oración del justo que sufre, en donde los malos tratos sufridos son la condición de un renacimiento, del éxito de los designios de Dios (véase el final del salmo, versículos 23-31). Pero el abandono de Jesús tiene que tomarse en serio, no ya según nuestra perspectiva moderna en la que se trataría de un grito de desesperación, sino según la perspectiva bíblica en donde el abandono **es la ocasión de un resurgir de la fe**: no tengo ya ninguna esperanza, mi única esperanza es Dios, que me abandona. Sólo tú puedes explicarme por qué me encuentro en esta situación; por tanto, insistiré ante ti hasta que me lo expliques, y me pongo en tus manos para todo cuanto siga ocurriendo. Tampoco el grito de Job era un grito de desesperación; si insistía ante el cielo con sus preguntas, era porque esperaba de sólo Dios la respuesta. Pone a Dios en la obligación de responderle, pero no ahora; hasta la muerte seguirá reclamando justicia (Job 19, 25-27). Es un grito loco, una esperanza inimaginable para su tiempo. Pero gracias a esa fe que va hasta el cabo de sí misma es como la revelación da un paso hacia adelante.

Después de la muerte de Jesús, hay dos observaciones que iluminan más aún su sentido.

La primera se refiere al **velo del santuario que se rasgó** de arriba abajo (15, 38). Tanto si se trata del velo que cerraba el edificio del templo, como de aquel otro velo interior que ocultaba al santo de los santos, el hecho que se nos refiere debe comprenderse como una anticipación de la destrucción del templo anunciada por Jesús. La muerte del rey de los judíos señala el final de los privilegios del templo de Jerusalén y del culto que allí se desarrolla.

La otra indicación pone en escena a un pagano, al centurión que manda el piquete encargado de ejecutar la sentencia de Pilato (15, 39). La manera como ha muerto Jesús le lleva a decir: “*Verdadera-*

mente, este hombre era hijo de Dios". Se puede dudar del alcance que él le daba a esta expresión. Pero en el contexto de Marcos se da allí una anticipación de la confesión de fe cristiana que habrá de difundirse entre los paganos.

En este momento de la narración, es cuando aparecen unos nuevos personajes, las mujeres que han subido desde Galilea a Jerusalén con Jesús (15, 40-41), y que son ahora los testigos a distancia de su muerte. Se nombran personalmente a tres, que van a desempeñar un papel en los dos episodios siguientes.

3. De la muerte de Jesús a la mañana del domingo (15, 42-16, 8)

La sepultura (15, 42-47)

Dos de esas mujeres, María de Magdala y María, madre de Joset, son citadas como testigos del lugar en que fue depositado el cuerpo de Jesús, gracias a José de Arimatea. Este es un miembro distinguido del sanedrín, un creyente que aguarda el reino de Dios. No es lo que diríamos un discípulo (compárese con Mt 27, 57). Su posición le permite el atrevimiento de pedirle a Pilato el cuerpo de Jesús para darle una sepultura conveniente antes de que comience el sábado, al atardecer de aquel mismo día. Están ausentes los discípulos y las mujeres que conocen a Jesús no toman ninguna parte activa en la sepultura; se contentan con mirar.

Las mujeres en el sepulcro de Jesús (16, 1-8)²²

Pero esas mujeres pasan a la acción al acabar el descanso sabático. el sábado por la tarde, compran-

²² Véase J. Delorme, Les femmes au tombeau: *Assemblées du Seigneur* 21 (1969) 58-67; *Id.*, Résurrection et tombeau de Jésus, en la obra colectiva La résurrection du Christ et l'exégèse moderne. Cerf, Paris 1969, 105-151.

do aromas con el propósito de unguir el cuerpo de Jesús. Y el domingo, al salir del sol, se dirigen hacia el sepulcro.

El relato merece nuestra atención; se trata de un proyecto humano, cuidadosamente planeado, pero que fracasa. Proyecto humano, en el sentido más noble de la palabra: las mujeres demuestran sentir un cariño profundo hacia Jesús. Hacen todo lo que pueden por realizar lo que les dicta ese cariño. Han preparado muy bien su proyecto; han pensado en todo. El lector se extraña entonces de que se pongan a preguntar por el camino: "*¿Quién nos retirará la piedra de la entrada del sepulcro?*". ¿Cómo no se les ha ocurrido llevar con ellas a algún hombre? El relato no tiene interés en ello, lo cual demuestra que no se instala en la lógica de un desarrollo histórico, sino en otra lógica distinta. ¿Qué es lo que le interesa al narrador? Desea poner de relieve la sorpresa de las mujeres: "*¿Quién nos retirará la piedra de la entrada del sepulcro?*". El lector cobra interés, y se le anuncia que el sepulcro ha sido abierto: "*La piedra está ya corrida, y eso que era muy grande*"; se ha necesitado una fuerza excepcional para poder moverla.

Elas van entonces de sorpresa en sorpresa: "*Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se asustaron*". Ya hemos visto el sentido de este "susto" cuando la escena de Getsemaní: el hombre se siente despavorido ante la presencia de lo sobrenatural. "*Pero él les dice: 'No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado?; ha resucitado, no está aquí'*".

El proyecto que tenían se ha visto desbordado por el acontecimiento. Han pensado en todo, menos en lo que ha ocurrido. Se han quedado paradas en la hora de la muerte de Jesús; pero él ha resucitado. Ya no tienen nada que hacer allí. **La acción de Dios desconcierta al hombre**; les ha superado el acontecimiento y se han asustado porque su lógica humana ha caído en la trampa.

Pero el mensaje del ángel, en el versículo 7, les

orienta hacia otra parte. Si Jesús ha resucitado, no ha sido por el gusto de asustarlas. Queda algo que hacer, y eso se llevará a cabo en Galilea. Ellas creen que todo se ha acabado, pero **“continúa el asunto Jesús”**. Una vez resucitado, Jesús va a agrupar de nuevo a sus discípulos en Galilea para una nueva misión. El fin del relato es sorprendente: *“Ellas salieron huyendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas, y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo”* (16, 8). Parece como si se hubiera roto el hilo del relato: el mensaje que se les ha encargado para los discípulos queda sin transmitir. Esto se complica por el hecho de que el texto de Marcos se detiene aquí. Lo restante (16, 9-20) no ha salido de su pluma y falta en varios manuscritos; se remonta al siglo II y ha sido añadido para corregir la curiosa impresión del relato sin concluir que ha dejado el versículo 8. Nunca se sabrá si Marcos había previsto o escrito una continuación que falta por alguna razón desconocida o si consideró acaso que su libro estaba acabado con el sepulcro vacío y el mensaje de la resurrección. Hemos de tomar en serio esta última posibilidad. Efectivamente, en su libro no es necesario que las mujeres hayan dado a los discípulos el encargo que se les había dado para ellos, ya que Jesús se lo había dicho durante la última cena (14, 28). Las mujeres no tenían que hacer otra cosa más que recordarles lo que ya debían saber. Entonces, **el silencio de las mujeres** tendría una doble función en el texto. Por una parte, demuestra hasta qué punto han quedado desconcertadas las mujeres; han perdido la cabeza. Esta reacción entra perfectamente en la lógica de todo el relato, que acusa su perturbación y el carácter divino del acontecimiento. Dios ha hecho algo que ellas no esperaban. Sus pensamientos humanos han fallado. Por otra parte, su silencio hace que la reagrupación de los discípulos en Galilea y la nueva misión evangélica después de la resurrección no se deban a las mujeres, sino a la iniciativa del resucitado: *“Después de mi resurrección, iré delante de vosotros a Galilea”* (14, 28).

Por consiguiente, es poco oportuno hablar de

misoginia a propósito del relato que hace Marcos de las mujeres en el sepulcro. Su presencia en el calvario y durante la sepultura pone de relieve la ausencia de los discípulos. Estos han huido ante el peligro, mientras que las mujeres, en las que no ponen ninguna atención los actores de la crucifixión y de la sepultura, estaban allí y el relato supone su testimonio. En cuanto a su desconcierto ante la manifestación y el mensaje del ángel, sirve para subrayar **la trascendencia de la acción de Dios**, tanto en el acto de la resurrección de Jesús como en el origen del mensaje pascual. Ni el uno ni el otro han sido obra del hombre. La turbación de María de Magdala, de la otra María y de Salomé no debe cargarse en cuenta simplemente a la fragilidad femenina. Lo mismo que la falta de inteligencia y la huida de los discípulos, demuestra cómo **el hombre ha quedado superado por lo que Dios hace y revela a través de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús**. Deberíamos acordarnos de ello cuando intentamos aprisionar a Dios en nuestros proyectos o en nuestros ideales humanos. El evangelio de Marcos resulta difícil para nosotros, a los que nos gustan las preparaciones subjetivas, los signos humanos de la acción de Dios en nosotros. Por el contrario, Marcos es el hombre del escándalo de la fe. Cuando guiados por él rehacemos el itinerario de nuestra propia fe, nos vemos llevados a preguntarnos si hemos comprendido debidamente el mensaje. El retrato que Marcos hace de los hombres no es halagüeño: el proyecto de las mujeres fracasa, los proyectos de los discípulos no llevan a ninguna parte. Pero esta visión es profundamente optimista, ya que nos lleva a ponernos en manos de Dios para el futuro de los acontecimientos: **es Dios mismo el que nos lanza al porvenir.**²³

²³ *Sobre la resurrección en general, véase J. Delorme, La résurrection de Jésus dans le langage du Nouveau Testament, en la obra colectiva Le langage de la foi dans l'Écriture et dans le monde actuel. Cerf, Paris 1972, 101-195; X. Léon-Dufour, Resurrección de Jesús y mensaje pascual. Sígueme, Salamanca² 1974.*

El final actual del libro (16, 9-20)

Se remonta al siglo II y se presenta como un resumen de las apariciones de Jesús resucitado. Para ello, acude a las tradiciones que conocemos por otra parte gracias a los evangelios de Lucas y de Juan. Hay que señalar la denuncia de la falta de fe con que tropiezan los sucesivos testigos del resucitado (16, 11.13.14). Los once han pasado de la duda a la fe bajo la fuerza de la manifestación del propio Jesús. Por otro lado, el texto insiste en la misión de llevar el evangelio al mundo entero (16, 15.18), relacionando estrechamente el testimonio de la palabra y de las obras o signos que la acompa-

ñan. Finalmente, la eficacia de la palabra y de los signos se atribuye a la acción del Señor Jesús, elevado hasta Dios y partícipe de su realeza (su trono) universal. El resucitado no abandona el mundo de los hombres, sino que, manifestándose a los discípulos, se adueña de su palabra y por ello su acción se extiende "a todo lugar". Habría mucho que decir a este propósito de la actualidad de la resurrección de Jesús y de la manera con que la fuerza divina que en ella se revela logra manifestarse a través del testimonio de los creyentes.²⁴

²⁴ P. Ternant, *La prédication universelle de l'évangile du Seigneur: Assemblées du Seigneur 28 (1969) 38-48.*

Actualidad del segundo evangelio

En el curso de nuestra lectura, hemos tenido en cuenta la actualidad del evangelio de Marcos para su época, para sus primeros destinatarios. También hemos señalado oportunamente las cuestiones o reflexiones provocadas por ese viejo libro releído en nuestros días. No podemos decir que nos resulte halagüeño. Más bien nos da un buen rapapolvos. La verdad es que, espontáneamente por lo menos, no nos sentimos inclinados a ponernos ante un retrato de Jesús tan desconcertante o a hablar de los designios de Dios de una forma tan paradójica. En reacción contra una manera de situar la religión en un mundo aparte, la buscamos en plena vida humana. Y nos sentimos felices de oír a Jesús declarando, según Marcos, que *“el sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado”* (2, 27). Pero Jesús dice también: *“Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”*, poniendo el acento en el final de la frase (12, 17). Y a Pedro, que compartía las esperanzas humanas bastante comunes de los hombres de su tiempo, le dice: *“¡Quítate de mi vista, Satanás!, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”* (8, 33).

Después de varios siglos de conflictos que han ido endureciendo los malentendidos entre la iglesia y el estado o el mundo, entre “los derechos del hombre” y “los derechos de Dios”, nos queda mucho por hacer para superar las falsas oposiciones y volver a descubrir la armonía entre la creación y la redención, entre la misión de la iglesia y el desarrollo humano. Pero un libro como el de Marcos es capaz de

prevenirnos: por encima de esas falsas oposiciones, hemos de esperar encontrar, no ya la calma sin relieve de un mar de aceite, sino nuevas tempestades en las que **para dominar el miedo sólo contamos con la fe.**

Se dirá quizá que Marcos escribía para unos cristianos enfrentados con la desconfianza e incluso con persecuciones violentas. Para nosotros, la coyuntura es muy distinta y el mundo está bien dispuesto para un evangelio debidamente comprendido. Pero ¿cuál es ese evangelio debidamente comprendido? El evangelio sigue exigiendo cambios de comportamiento, conversiones que atraen la incompreensión y el recelo para los que se deciden a ellas. Por otra parte, el cuestionamiento radical de la fe en la cultura moderna hace que no tengamos que esperar la oposición de los de fuera; está instalada en nosotros mismos, partidos como estamos entre la fe y la incredulidad. Tenemos que “vigilar” para abrazar los ideales que nos urgen y discernir lo mejor a la luz del evangelio. Para ello, nos es más necesario que nunca el manejo de los evangelios. Y entre los cuatro, el de Marcos, que guarda tan pocas consideraciones con nosotros, está muy indicado para sacudirnos del sueño.